



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO
FES IZTACALA**

**DESARROLLO DE LA IDENTIDAD PERSONAL Y SOCIAL
DEL ADOLESCENTE**

T E S I N A

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:

ANDRÉS AGUILAR LEÓN

ASESORES:

LIC. AMADO RAÚL RODRÍGUEZ TOVAR

LIC. ALEJANDRO GONZALEZ VILLEDA

LIC. CECILIA GUZMÁN RODRÍGUEZ



TLALNEPANTLA, EDO. DE MÉXICO
2004



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

	Páginas
Introducción	1
I. Encuadre evolutivo de la adolescencia: Interacción con iguales y desarrollo de la identidad personal y social	8
1.1 Ambiente socio-histórico-cultural y características del adolescente	9
1.2 Contextualización general de la adolescencia1	12
1.3 Transformaciones biológicas y psicológicas subyacentes al desarrollo de la identidad personal y social	18
1.4 Transformaciones sociales: significación y evolución del grupo en la Adolescencia	25
1.5 Efectos de la interacción con iguales en el desarrollo de la personalidad	32
1.6 La importancia de los amigos en la adolescencia	37
II. Desarrollo social y socialización: La entrada a la sociedad adulta	43
2.1 El adolescente y la cultura	49
2.2 La estructura de las clases y la socialización	57
2.3 La conducta social del adolescente en la sociedad adulta	60
2.4 Las percepciones de los adolescentes de la aceptación social	68
III. El adolescente y el mundo social: El ser y las relaciones con los demás	70
3.1 El conflicto intergeneracional	72
3.2 Actitudes sociales y relaciones familiares	77
3.3 Desarrollo vocacional y proyectos de vida	98
3.4 El adolescente y su actividad como ser social	106
Conclusiones	109
Referencias	115

INTRODUCCIÓN

El proceso de socialización se desarrolla a lo largo de toda la vida; por ello no es la intención hacer hincapié en que sea un hecho exclusivo y peculiar de la adolescencia. Sin embargo, interesa mucho destacar esta faceta para poder comprender al individuo.

Se suele considerar la socialización no como un proceso que se va verificando a lo largo del tiempo de acuerdo con unas modalidades características de cada fase, sino partiendo del hecho dado y conocido de que el hombre está socializado. El hombre vive en sociedad, por consiguiente es social.

La psicología en una de sus ramas estudia las formas de sociabilidad que se dan realmente al entrar el individuo en interacción con los demás: estudia el fenómeno de la sociabilidad en el seno de la familia y del hogar, entre amigos y compañeros, en comunidades más amplias como las que se produce en vecindad con otros, en la sociedad civil, en corporaciones y organismos de distinta naturaleza, dentro de las cuales la conducta social sufre variaciones por razón de las circunstancias, de las personas o de las finalidades perseguidas.

Por ello, consideraremos el desarrollo social como aquél que se refiere a las pautas de conducta, a los sentimientos, a las actitudes y a los conceptos que los adolescentes manifiestan en relación con los demás y a la manera en que estos diversos aspectos cambian con la edad. La conducta social es raras veces un asunto insensible y con frecuencia conlleva una carga de gran amor u odio, afecto u hostilidad, temor o ira. Toda conducta incluye un tono emocional, sin importar si la expresa un adulto o un adolescente y si se dirige al mundo social o físico.

Así, el desarrollo social incluye la noción de los conceptos de los adolescentes acerca de los demás, de manera que se aprecie claramente como los adolescentes perciben, recuerdan, piensan, interpretan y construyen las conductas de otras personas (y de sí mismos). Es decir, emplean sus funciones cognoscitivas para guiar su conducta en el mundo social. El adolescente ha de comportarse de varias formas en diferentes ocasiones. Su comportamiento variará con las reglas y convenciones que gobiernan las diferentes situaciones: entrevistas, fiestas, vida familiar, iglesia, etc., y también por su relación con

otras personas que se hallen presentes o con individuos específicos con que se encuentre, ya que el comportamiento que manifiesta depende de la personalidad de los demás así como de la suya propia (López, 1999).

La adolescencia es un fenómeno determinado en buena medida por la sociedad en que se produce, y que por ello puede adoptar diversas formas, según la interacción que se produzca entre los cambios físicos y psicológicos, por un lado, y las resistencias sociales por el otro.

El hecho es que se inician cambios físicos y psicológicos que proporcionan al joven las capacidades y las posibilidades que tienen los individuos maduros, pero lo que le falta es la experiencia y poder sacar partido de las posibilidades que sus nuevas capacidades le ofrecen. El sujeto se tiene que insertar en la sociedad adulta y hacerse un hueco en ella. Pero el que posea las capacidades del adulto no le garantiza un puesto igualitario en la sociedad de los mayores. Además, como esos puestos no están determinados de antemano y los hombres, como todos los mamíferos sociales, viven en una sociedad jerárquica, hay que lograr un lugar compitiendo con los otros.

El adolescente experimenta cambios físicos a los que tiene que habituarse, lo que resulta difícil por la rapidez con que se producen. Tienen que construir un autoconcepto y una identidad nuevos, que incluyan como se ven a sí mismos y cómo los ven los demás. Los jóvenes tienen que hacerse un espacio en la sociedad adulta, para lo que encuentran resistencias de los adultos, que pueden sentirse amenazados por ellos. En su búsqueda de independencia se cambian los lazos con la familia y muchas veces se produce un rechazo hacia los padres, pero los jóvenes siguen siendo muy dependientes, no solo material, sino también afectivamente.

La ruptura de la identificación con los padres se ve compensada por la admiración hacia las figuras alejadas que adquieren una dimensión simbólica, o incluso mediante la identificación con creencias o ideales de vida más abstractos. Pero esa modificación en los lazos familiares se ve facilitada por el establecimiento de nuevas relaciones afectivas con los amigos y la amistad adquiere una importancia que no tenía antes. También se produce el descubrimiento del amor y, eventualmente, de las relaciones sexuales. Como consecuencia de todo ello, y muy determinado por la respuesta social, a veces se producen desajustes y trastornos, que generalmente no son graves, pero pueden serlo en algunos casos y que se

manifiestan en el consumo de drogas, en la huída de la casa familiar, en embarazos no deseados o incluso en el suicidio y muerte en accidentes.

El carácter más determinante de la adolescencia y al que pueden reducirse los demás es la entrada y la inserción en el mundo de los adultos. El final del crecimiento físico es la condición biológica que hace esto posible y en ese sentido actúa como una precondition. Esa entrada en el mundo adulto está condicionada también por la adquisición de la capacidad reproductiva, lo cual muestra el entronque profundo con las determinaciones biológicas. Desde el punto de vista psicológico, los rasgos esenciales son que el niño deja de ser niño, porque ya ha crecido y tiene las características físicas de los adultos, y tiene que obtener un lugar en el mundo de éstos. Eso supone simultáneamente intentar ser como éstos y, al mismo tiempo, oponerse a ellos, tratando de ocupar su puesto. Recíprocamente, el adolescente encuentra una oposición de los adultos que le consideran todavía como inmaduro y falta de experiencia. Esta ambivalencia respecto al mundo de los adultos, al que se quiere pertenecer y que se niega al mismo tiempo, es un rasgo muy importante del comportamiento del adolescente.

Ahora, a diferencia de su niñez, se da cuenta de la existencia de la presión social y además empieza a considerarse como actor. Por un lado toma conciencia de la existencia de la sociedad y además comprende que tiene que actuar en esa función, y se pregunta qué hace allí y por qué le toca hacer ese papel en una obra que no ha elegido. Eso puede provocar inadaptaciones y rechazos pues los jóvenes tienen confianza en sus propias posibilidades pero no son muy sensibles a sus limitaciones, algo que comprenderán como efecto de las resistencias que van a encontrar (Delval, 1994).

La importancia del desarrollo social durante la adolescencia se ve reforzada por el hecho de que muchos de los problemas que confronta el adolescente, son sociales. El joven debe aprender a ajustarse a las normas sociales de su cultura y a enfrentarse a nuevas situaciones que son mucho más complejas a aquellas a las que se vio enfrentado desde su niñez. El ajuste es particularmente difícil en una civilización compleja en la que se espera que el individuo desempeñe diversos papeles sociales.

Se debe ser conciente de que los patrones de desarrollo son extremadamente complejos y que los patrones individuales son la regla. Mientras que la comparación del adolescente con sus iguales es importante, con frecuencia debemos hacer nuestra

evaluación final de la conducta, sobre la base de la actuación individual. El hecho de que el grupo de iguales aparentemente acepte a un individuo, no es ninguna garantía de que el individuo esté bien ajustado socialmente y, a la inversa, si un adolescente no parece actuar con el grupo de iguales, no podemos decir que esto sea evidencia de desajuste social (Powell, 1985).

El mundo del adolescente es un mundo que se transforma, un mundo tenso, rico, con innumerables posibilidades, pero también con innumerables problemas. No obstante, cada adolescente es un mundo. De hecho, una gran parte de la confusión actual en lo relativo a la adolescencia proviene de la difundida tendencia a suponer que todos los adolescentes tienen que enfrentar los mismos problemas y demandas y que reaccionan a ellos de manera semejante, pero esto no es así. Es indudable que la mayor parte de ellos comparten cierto número de experiencias y problemas comunes: 1) todos sufren los cambios físicos de la pubertad y del crecimiento ulterior a la adolescencia; 2) todos sienten la necesidad de establecer su propia identidad; 3) todos se enfrentan a la necesidad de abrirse camino en la vida como miembros independientes de la sociedad. Sin embargo, no todos se enfrentan a las mismas exigencias de su ambiente, y cada adolescente reacciona de manera distinta al experimentar diversos cambios que se le van presentando (Garaigordobil, 2000).

Aunque sabemos que la adolescencia no es necesariamente una etapa problemática o tormentosa, sin embargo siempre hay un mayor o menor grado de dificultades. La intensidad de estos problemas depende de la disponibilidad de apoyo emocional e instrumental de los otros, es decir, de la familia, de los iguales o de los amigos.

La adolescencia es el momento en el que la persona consolida sus competencias específicas y su competencia o capacidad general frente al mundo, a la realidad, al entorno social, estableciendo su adaptación y ajustes, si no definitivos, sí los más duraderos a lo largo del ciclo vital. Por un parte, consume el proceso de internalización de pautas de cultura y perfecciona el de adquisición de habilidades técnicas, comunicativas y, en general, sociales. Por otra, desarrolla y asegura la propia autonomía frente al medio, la eficiencia de las acciones instrumentales encaminadas a un fin. Por ello mismo, un particular balanceo y sutil equilibrio, a veces desequilibrio de independencia y dependencia, seguridad e inseguridad en sí mismo, manifestados en relación tanto con la

familia, la autoridad o la generación de los adultos cuanto con los iguales y grupos de compañeros, caracteriza al adolescente (Fierro, 1985).

Esta etapa del desarrollo vital es crucial, ya que, en gran medida, se configuran los ideales de vida que después van a constituir la identidad personal adulta. Una gran parte de las bases sobre las que se edificará el futuro se asientan en esta etapa de transición y transformación. La adolescencia es el periodo de adquisición y consolidación de una identidad personal y social, entre otras cosas consistente en una conciencia moral autónoma, de reciprocidad, en la adopción de ciertos valores significativos y en la elaboración de un concepto de sí mismo al que acompaña una autoestima básica.

Fenómenos sociales, como el aplazamiento cada vez más dilatado del acceso al estatus adulto y circunstancias personales de la historia de la propia identidad pueden alargar considerablemente, mucho más allá de los años de maduración fisiológica, la ambigua situación de independencia-dependencia que caracteriza a la adolescencia psicosocial. “En la sociedad actual no es algo infrecuente que hasta aproximadamente los 28-30 años el individuo no pueda organizarse una vida propia independiente” (Garaigordobil, 2000).

El adolescente es un producto de su cultura. Así, sus acciones y pensamientos reflejan la cultura tal como él la ha experimentado directa o indirectamente, por ello su historia y la sociedad aparte de los aspectos de maduración física, moldean las percepciones del adolescente y determinan la naturaleza de los problemas a los que se enfrenta.

La adolescencia es una etapa activa de deconstrucción, construcción y reconstrucción; un período en que el pasado, el presente y el futuro se vuelven a entretejer y enhebrar con hilos de fantasías y deseos que no siguen necesariamente, los puntos de la cronología lineal. La fase adolescente de la vida no es mero espacio de tiempo que se interpone entre la infancia y la edad adulta, es un espacio pleno de historia y potencialidad (Erickson, 1993).

Los adolescentes de hoy y de mañana están luchando por definir nuevos tipos de conducta que sean aplicables a sus vidas. Por encima de todo desean lograr algún poder efectivo sobre el mundo en que viven y al mismo tiempo permanecer fieles a sus valores e ideales (Aberastury, 1988).

Una tarea central del adolescente radica en construir un sistema coherente de acción y pensamiento, en el cual proyectar toda su existencia. Se trata de elegir modos de pensar y actuar que cristalicen en una forma de vivir. Para ello los procesos cognitivos, los vínculos afectivos y la cultura posibilitan la construcción e internalización del conocimiento de uno mismo y del conocimiento social, y todo se consigue a través del lenguaje, la comunicación, la escuela, los medios de comunicación social y las relaciones con los demás agentes sociales.

Resulta de gran importancia estudiar las formas de sociabilidad que se dan realmente al entrar el individuo en interacción con los demás: estudiar el fenómeno de la sociabilidad en el seno de la familia y el hogar, entre amigos y compañeros, en comunidades más amplias como la que se produce en relación con otros, en la sociedad civil, en corporaciones y organismos de distinta naturaleza, dentro de las cuales la conducta social sufre variaciones por razón de las circunstancias, de las personas o de las finalidades perseguidas. Todo ello, con el interés de descubrir como se va produciendo el fenómeno de la socialización del individuo a través de los años.

En esta investigación se describen los distintos tipos de asociación que pone de manifiesto el adolescente, analizando los factores que determinan o modifican este proceso asociativo. Para ello se reconoce la importancia de los estímulos, el contexto y la actividad del sujeto, al igual que la interacción con las personas y el grupo social de la cual dependen los vínculos afectivos y sociales, además del propio desarrollo de los procesos superiores.

El objetivo es describir como se va produciendo el fenómeno de la socialización del adolescente a través de los años y su proceso de formación, a partir del análisis de sus características, su ambiente socio-histórico-cultural, de sus transformaciones biológicas y psicológicas, de su interacción y percepción social, y de sus actitudes e intereses sociales, a lo cual llegaremos de dos maneras: una, estudiando los distintos tipos de asociación que pone de manifiesto desde la infancia; y otra, analizando y poniendo a prueba los factores que determinan o modifican el proceso asociativo: factores de motivación, intelectuales, emocionales, intencionales, lúdicos, etc.

El propósito es referir que tan competentes son los jóvenes en el manejo de sus relaciones interpersonales con los demás, cual es la mejor manera de influir en ellos para

que satisfagan los requerimientos de la sociedad y que variaciones se pueden esperar en su comportamiento en situaciones sociales.

Para ello, se plantean tres capítulos en donde se abordan los siguientes temas:

1. Encuadre evolutivo de la adolescencia: desarrollo de la identidad personal y social.
2. Desarrollo social y socialización: la entrada a la sociedad adulta.
3. El adolescente y el mundo social: el ser y las relaciones con los demás.

RESUMEN

Una tarea central del adolescente radica en construir un sistema coherente de acción y pensamiento, en el cual proyectar toda su existencia. Se trata de elegir modos de pensar y actuar que cristalicen en una forma de vivir. Para ello los procesos cognitivos, los vínculos afectivos y la cultura posibilitan la construcción e internalización del conocimiento de uno mismo y del conocimiento social, y todo se consigue a través del lenguaje, la comunicación, la escuela, los medios de comunicación social y las relaciones con los demás agentes sociales.

Por ello, esta investigación describe claramente la influencia que tiene la sociedad, en la cual trata de integrarse el adolescente, en el sentido de guiar y limitar sus elecciones. Abordamos el desarrollo social desde un planteamiento que considera la conformación social del adolescente como un proceso de aprendizaje regulado desde el exterior y por las características propias del sujeto, considerando los efectos cualitativos de la interacción de ambos factores.

Como elementos de gran importancia en el desarrollo social del adolescente, en este escrito se analizan su ambiente socio-histórico-cultural, sus características, su transformación biológica, psicológica y social, el desarrollo de su identidad, la cultura, su socialización, la estructura de clases, la interacción con iguales, el grupo, su conducta social, su percepción de la aceptación social, el conflicto intergeneracional, sus actitudes sociales, las relaciones familiares, su desarrollo vocacional y proyectos de vida, y su actividad como ser social. Se da un panorama global de evolución, identidad, desarrollo social y socialización en el adolescente, considerando su inserción, adaptación y aceptación en el mundo social.

CAPÍTULO I

ENCUADRE EVOLUTIVO DE LA ADOLESCENCIA: INTERACCIÓN CON IGUALES Y DESARROLLO DE LA IDENTIDAD PERSONAL Y SOCIAL

En este apartado se analiza especialmente el papel que desempeña el grupo de iguales y la interacción amistosa en el comportamiento del adolescente. Sin embargo, para adquirir una comprensión de la influencia que ejerce el grupo resulta necesario contextualizar este especial período evolutivo, ya que la interacción entre iguales en esta etapa y su papel están estrechamente relacionados con factores culturales que determinan en gran medida las características del adolescente, así como sus sentimientos y sus reacciones frente a los cambios biológicos y psicológicos que se dan en esta etapa.

Por ello, y con la finalidad de contextualizar las conclusiones relativas a la importancia del grupo y al comportamiento social en la adolescencia, en primer lugar se clarifica la influencia de la cultura y de factores histórico-sociales en las características que presentan los adolescentes. Posteriormente se define y caracteriza la adolescencia en nuestro tiempo y en nuestra sociedad y se analizan las transformaciones biológicas y los cambios psicosexuales que se dan en esta etapa, así como las transformaciones psicológicas del adolescente que debe afrontar una reorganización de su personalidad estructurándose al final de este periodo la identidad personal adulta. El impacto emocional de estos cambios en interacción con factores culturales, históricos y sociales configura al adolescente y determina en cierta medida, las características de la interacción social en esta etapa, así como la influencia de ésta en el proceso de construcción de la personalidad. Un apartado especial se dedica a clarificar el papel de la interacción entre iguales y la interacción amistosa en ese proceso de desarrollo de la identidad.

1.1 AMBIENTE SOCIO-HISTORICO-CULTURAL Y CARACTERÍSTICAS DEL ADOLESCENTE

A partir de principio de siglo, la adolescencia fue motivo de continuos estudios que progresaron desde considerar solamente los problemas surgidos del despertar de la genitalidad hasta el estudio de las estructuras de pensamiento que ubican al joven en el mundo de valores del adulto. La psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, intentaron comprender y describir el significado de esta crisis de crecimiento que se acompañaba de tanto sufrimiento, de tanta contradicción y de tanta confusión. La sociología y la psicología social arrojaron luz sobre el problema y permitieron vislumbrar la solución de algunos de los problemas intrínsecos.

Los seres humanos responden a la proximidad o el advenimiento de la pubertad de una manera típicamente humana. Hay una reacción que se produce de forma reiterada, lo que resulta particularmente interesante debido a la tenaz resistencia al cambio que refleja. A todo lo largo de la historia de la humanidad se ha reconocido, en mayor o menor grado, la amenaza potencial que plantea a la sociedad esta etapa de transición. Tanto el niño en proceso de cambio como el mundo adulto se esfuerzan por someter una genitalidad emergente a las normas sociales y al orden moral vigentes, sean éstos los que fueren.

Aunque la mayoría de las culturas establecen ritos, la cultura occidental es una de las pocas que no cuenta con ritos específicos de inicio o transición alrededor del momento de la pubertad. Estudios correlacionales, han puesto de relieve que la existencia de estos ritos está relacionada con el tipo de educación que rige en esa cultura, evidenciándose que los pueblos que educan para la interdependencia social, para la identificación con grupos de parentesco amplios, como linajes y clanes, utilizan ritos de pasaje a la adultez como parte del proceso de socialización, mientras que aquellos que educan para la independencia, para la identificación sólo con la familia nuclear (padres-hijos), no utilizan ceremonias de ese tipo.

La cultura occidental no tiene ritos de transición para acompañar a la pubertad manteniendo, por otro lado, una fuerte disparidad entre la adultez biológica y la social. Los adolescentes son adultos biológicamente, pero no son reconocidos como adultos socialmente. La discrepancia entre ambas consideraciones resalta de modo singular en la

capacidad genital y en el ejercicio de la sexualidad. Potencialmente trabajador, el adolescente de nuestra sociedad habitualmente no trabaja, lo que, por otra parte, le impide alcanzar la independencia definitiva (Garaigordobil, 2000).

Las características de la adolescencia no sólo están mediadas por condicionantes de corte cultural también condicionantes históricos inciden fuertemente en la configuración psicosocial de la adolescencia. La adolescencia aparece, más que ningún otro período vital, condicionada por acontecimientos y procesos históricos; suelen ser los jóvenes los que padecen las consecuencias de hechos sociales gruesos como la guerra, el paro o la inmigración (Fierro, 1985).

La adolescencia como período y como proceso es un fenómeno esencialmente marcado por la cultura y por la historia. La mayor parte de las descripciones de la adolescencia valen sólo para los adolescentes de ese tiempo y de esa sociedad. La adolescencia, más que otros períodos del ciclo vital, es un fenómeno evolutivo socialmente situado y cultural e históricamente determinado. Las descripciones de la personalidad de los adolescentes están sujetas a importantes restricciones del aquí y del ahora, ya que mientras que algunos estudios transculturales muestran una relativa universalidad de ciertos fenómenos evolutivos en la adolescencia, otros evidencian resultados contradictorios.

Así, la actitud social reivindicatoria es una característica del adolescente que está estrechamente relacionada con variables culturales, ya que en parte la adolescencia es lo que la cultura la hace ser, porque tanto la familia como la sociedad intervienen en la crisis de la adolescencia. Diversas variables (tecnificación, complejización del mundo del adulto, paro, crisis de valores, prolongación de los estudios) influyen en las actuales manifestaciones de los jóvenes. A mayor conocimiento, ausencia de recursos propios y freno a su participación en actividades y responsabilidades sociales, mayor inquietud, sentimiento de fracaso, inestabilidad y concomitantemente mayor oposición al mundo del adulto. Si bien esta actitud social reivindicatoria tiene una vertiente positiva, movilizadora de cambios sociales, ya el adolescente cuestiona valores sociales, relacionados con lo intelectual (por qué y para qué estudio), afectivo-emocionales (familia, amistad, leyes, política) y éticos (religión), en ocasiones llega a desarrollar conductas antisociales (testarudez, obstinación, brusquedad, desprecio por las normas, críticas e insubordinación).

Dentro de las variables que influyen en las características y comportamientos del

adolescente se han destacado variables como la cultura (la prolongación de los estudios en algunas culturas prolonga la etapa), el nivel socioeconómico (la temprana incorporación al mundo del trabajo estimula la madurez), las relaciones padres-hijo o la realidad del medio social que le circunda. La adolescencia en los países occidentales está provocada por una falta de continuidad entre el niño irresponsable y el padre responsable.

Si bien la pubertad, como conjunto de cambios físicos que capacitan para la reproducción, es fundamentalmente un hecho biológico y un fenómeno universal propio de nuestra especie, sin embargo la adolescencia es un hecho psicosociológico no necesariamente universal y cuyo patrón no es siempre igual en todas las culturas (Palacios, 1990).

Resulta claro que el orden social no confiere todas las ventajas ni impone las mismas pruebas a todos los varones y niñas en proceso de crecimiento hacia la edad adulta. Algunos niños son incitados a pasar a la adultez con tranquilidad y discreción, o bien, si es inevitable que incurran en ciertas travesuras juveniles, se espera que lo hagan con la mayor rapidez posible y luego se deslicen pacíficamente hacia una vida adulta convencional, con o sin virtud o responsabilidades éticas.

Ya sea que emprendan su transición a la edad adulta en el tiempo y el espacio reales o encerrados en un capullo doméstico, los varones y las niñas pubescentes son considerados neófitos. El neófito es una pizarra en blanco en la que se inscribe la sabiduría de la sociedad. Un neófito no tiene sexo; es anónimo como un trozo de madera, un montón de arcilla; es materia pura a la que la sociedad dará forma. En algunos casos los neófitos actúan como si fueran recién nacidos que no saben caminar ni comer. Simulan que se les deben volver a enseñar todos los gestos de la vida cotidiana. A medida que vuelven a aprender las formas de proceder en el mundo, se van haciendo adultos. Justo antes de convertirse en adultos, participan en una dramatización de la confrontación entre las generaciones. En el caso de los varones, el tema es una pelea o competencia que pone de relieve la discontinuidad entre la infancia y la adultez; en el caso de las niñas se trata de una confrontación con las fuerzas cósmicas. El novicio toma una nueva identidad y a menudo también un nuevo nombre. El niño muerto ha resucitado como adulto.

Todos los ritos de transición abarcan una doble serie de separaciones, con un cambio en el medio. Los ritos de la pubertad se inician con una separación de la infancia, la

que al mismo tiempo constituye una incorporación a un medio sagrado. El mundo sagrado es un reino transitorio, una frontera, es entrada y salida al mismo tiempo, es un capullo, un montículo de tierra, una puerta, un pasaje, un viaje entre la infancia y la adultez. En este reino sagrado, el individuo está suspendido, quizá por encima de la tierra o bajo el mar o en el mundo subterráneo, temporalmente aislado de las amarras de la vida cotidiana. Aquí se deja a un lado el pasado y comienza a prepararse el futuro (Garaigordobil, 2000).

Existe la pretensión de que la sociedad ha controlado los procesos naturales y de que los ritos han evitado que el mundo de la naturaleza usurpara el orden social. Se impone una apariencia de orden a los hechos desordenados, a la naturaleza indócil y a los deseos socialmente incompatibles. Las ceremonias del reingreso reafirman la autoridad de la tradición. El rito del reingreso enfatiza la obediencia a las formas prescriptas de realizar el acto sexual, de dar a luz y de educar a los niños. Se asignan al individuo roles domésticos, sociales y religiosos prefijados. Se concede permiso para participar activamente en los ritos que rodean al nacimiento, el matrimonio, la pubertad y el sepelio. Por lo tanto, al concluir las ceremonias de la pubertad, el orden queda reestablecido; un niño se ha convertido en protector y orientador. El mensaje es que, aunque se haya producido un drama de amenazadora intensidad emocional, nada nuevo sucederá.

Aunque pueda no recordar los hechos, la persona conservará para siempre un aura de la experiencia del hambre, el miedo, la aflicción y la soledad asociados a su separación del mundo de la infancia. El joven aprende que su familia ya no es su único refugio, su protección y su seguridad. Las ceremonias del reino sagrado son un medio cultural de desviar las energías emocionales, apartándolas del pasado infantil para poder emplearlas en forma de identificaciones emocionales y amarras dentro del grupo social más amplio.

1.2 CONTEXTUALIZACIÓN GENERAL DE LA ADOLESCENCIA

La adolescencia es un período de profundos cambios, marcado por la inestabilidad y aún por la provisionalidad. La relativa estabilidad conductual y psicológica de la persona se supone estar en esos años fraguándose y no formarse hasta el final de la adolescencia, justo para señalar entonces el comienzo de la edad adulta. La mayor parte de los autores sitúan el inicio de la adolescencia hacia los 11 años, ubicando entre los 11 - 13 años la

preadolescencia o adolescencia temprana, entre los 14- 16 la adolescencia media y entre 18- 20 años la adolescencia tardía. El comienzo de la etapa está marcado por cambios biológicos, por transformaciones fisiológicas y físicas; sin embargo, su final está indicado por cambios sociales y de criterio frente a la vida.

Una de las primeras cosas que tiene que conseguir el adolescente es asimilar los rápidos cambios físicos que está experimentando. Su cuerpo cambia, su voz cambia, aparecen los caracteres sexuales secundarios y todo ello hace que la imagen que tiene de sí mismo se modifique. Nuestra propia imagen corporal es algo importante en todas las edades, pero para el adolescente temprano puede llegar a ser algo crucial, por varias razones.

En primer lugar, los cambios no tienen lugar en todos los adolescentes a la vez, hay grandes diferencias individuales. Algunos crecen demasiado deprisa y son mucho más altos que sus compañeros; otros, en cambio, empiezan a crecer más tarde y siguen siendo niños frente a los compañeros de su misma edad, lo que les provoca el miedo de quedarse pequeños. En algunos estudios se ha encontrado que los que maduran lentamente suelen ser más inquietos y necesitan continuamente atraer la atención de los demás, como para mostrar que están ahí. En cambio, los que maduran pronto suelen sentirse más seguros y convertirse en los individuos dominantes de su grupo. El peso también es objeto de preocupación. Es muy frecuente que las chicas quieran perder peso, y eso puede conducir incluso a la anorexia, un trastorno que puede ser muy grave, mientras que bastantes varones, a los que el estirón les da un aspecto larguirucho y desgarbado, querrían aumentarlo.

En segundo lugar, el adolescente presta gran atención a la opinión de los otros y le importa mucho lo que piensen de él y cómo le vean, y además tiende a sentirse el centro de las miradas de todos, en esa manifestación de egocentrismo social. A muchos les preocupa el acné, que frecuentemente aparece en la cara y que se debe a un exceso de producción de grasa de las glándulas sebáceas, que irrita los tejidos circundantes. El crecimiento de los pechos en las chicas es también un motivo de preocupación, tanto si es lento, como si es rápido, por esa tendencia a no alejarse de la media. En nuestra cultura se exageran estas inquietudes, por la importancia que se atribuye a la imagen corporal y a ser atractivo/a, sobre lo que se insiste continuamente en los medios de comunicación.

En la adolescencia se observan, entonces, importantes cambios en el concepto de sí mismo. El autoconcepto es el conjunto de representaciones que el individuo elabora sobre sí mismo, y que incluyen aspectos corporales, psicológicos, sociales y morales. Los niños tienen también un autoconcepto pero mucho más simple y muy referido a rasgos externos y materiales. Como respuesta a la pregunta ¿quién soy? suelen contestar haciendo referencia a rasgos físicos, a la actividad que realizan o a los objetos que poseen. Un chico de nueve o diez años puede aludir a que es un niño, que estudia el quinto año, que vive en la calle X, que tiene dos hermanos, que le gusta jugar al fútbol y ver la televisión, que tiene una bicicleta y unos patines, que le divierte jugar con una consola. En cambio, a partir de los doce años las descripciones pasan a referirse a aspectos más psicológicos y a las relaciones con los otros. Un chico puede describirse diciendo que es una persona, que tiene bastantes amigos, que le gusta salir a pasear con ellos, que le gusta una chica, que a veces no sabe realmente lo que quiere, que le gustaría hacer las cosas mejor, que tiene la sensación de ser dos personas distintas, una cuando esta con sus amigos y otra con su familia, que a veces siente que no es lo suficientemente sincero.

El autoconcepto de los adolescentes es mucho más complejo y es el producto resultante de las aspiraciones propias y de la imagen que devuelven los demás. Esa imagen reflejada es esencial, pero no siempre exacta y pueden llegar a producirse deformaciones tremendas. Todos queremos ser los mejores, al menos en un ámbito, y tenemos miedo a no destacar y a que los otros no nos aprecien. Los adolescentes experimentan grandes oscilaciones, que van de sentirse excepcional, a situarse muy por debajo de los compañeros. Es una etapa de tanteos hasta encontrar el justo lugar, en la que existe un gran miedo al ridículo. Esa «audiencia imaginaria» atormenta al adolescente y le hace sentirse escrutado por los demás.

Cada uno de nosotros va construyendo una noción de identidad personal que implica una unidad y continuidad del yo frente a los cambios del ambiente y del crecimiento individual. Esa identidad es el resultado de la integración de los distintos aspectos del yo, entre los cuales puede incluirse el autoconcepto.

La adolescencia es el momento en el que la persona consolida sus competencias específicas y su competencia o capacidad general frente al mundo, a la realidad, al entorno social, estableciendo su adaptación y ajustes, si no definitivos, sí los más duraderos a lo

largo del ciclo vital. Por una parte, consume el proceso de internalización de pautas de cultura y perfecciona el de adquisición de habilidades técnicas, comunicativas y, en general, sociales. Por otra, desarrolla y asegura la propia autonomía frente al medio, la eficiencia de las acciones instrumentales encaminadas a un fin. Por ello mismo, un particular balanceo y sutil equilibrio, a veces desequilibrio, de independencia y dependencia, de autonomía y heteronomía, seguridad e inseguridad en sí mismo, manifestados en relación tanto con la familia, la autoridad o la generación de los adultos cuanto con los iguales y grupo de compañeros, caracteriza al adolescente (Fierro, 1985). La internalización de las reglas culturales es parte del proceso de socialización. Se refiere a la adquisición de un sistema conductual de reglas prescritas por la sociedad.

Por razón de que gran parte de la conducta humana es aprendida, el proceso de internalización, así como el contenido de lo que se internaliza es aprendido. El proceso abarca la selección del contenido apropiado y el establecimiento de un sistema de respuesta que pueda ser recordado o provocado por estímulos similares a aquellos seleccionados en la experiencia anterior. En la internalización, el niño debe aprender que siempre que se encuentre en una situación estímulo específica, un sistema de respuesta específico ha de ser asociado con ella. Porque tal conducta adquirida se halla inicialmente más allá de la comprensión del niño, un control externo ha de ser ejercido al comienzo por el progenitor o por otro agente de la sociedad. El medio por el cual se alcanza la internalización puede dejarse al niño individual y a sus padres. El patrón de aprendizaje del niño y su emoción acerca del resultado final son de poco interés para el orden social; la conformidad con la regla es de interés primordial.

Si bien los seres humanos pueden lograr generalmente la transformación del control externo al interno, surge un problema en algunos individuos por el efecto del proceso sobre sus refuerzos para obtener la satisfacción y sobre el uso de su potencial para vivir en sociedad. En algunos casos, los controles internos tienen tanta influencia que el estilo de vida de un individuo es perjudicado.

En realidad, el proceso de transformación debe ser de interés para la sociedad, ya que una conformidad resentida y de mala gana afectará a la larga a la sociedad adversamente. De aquí que sea muy importante el uso general de algún sistema benigno de internalización por parte de los padres y del sistema educacional.

Para que la internalización sea efectiva para la sociedad y satisfactoria para el individuo, parece que el proceso debe contener un mínimo de insatisfacción o de dolor; esto es, un proceso que produce mucha incomodidad, insatisfacción y resentimiento parecería interferir con la disposición a obedecer el código internalizado, una vez que es eliminada la amenaza del control externo. Un código introducido en un sistema de placer y recompensa puede esperarse que continúe por más largo tiempo como código estimado valioso después de ser eliminado del control externo que un código internalizado dentro de condiciones de insatisfacción y emoción negativa. Una conciencia no puede ser traída a la existencia por el miedo, ya que el individuo se conforma dentro de tales condiciones solamente el tiempo que persiste el tiempo de la amenaza. Si se han hecho cumplir los códigos culturales en condiciones que engendran hostilidad y negativismo, el rechazo de los códigos ocurrirá cuando ya no se encuentre presente un agente coercitivo.

Esta etapa del desarrollo vital es crucial, ya que en ella en gran medida, se configuran los ideales de vida que después van a constituir la identidad personal adulta. Una gran parte de las bases sobre las que se edificará el futuro se asientan en esta etapa de transición y transformación. La adolescencia es el periodo de adquisición y consolidación de una identidad personal y social, entre otras cosas consistente en una conciencia moral autónoma, de reciprocidad, en la adopción de ciertos valores significativos y en la elaboración de un concepto de sí mismo al que acompaña una autoestima básica. La adolescencia es también una edad de adquisición de independencia, de desprendimiento respecto a la familia y de establecimiento de nuevos lazos de grupo, de amistad y de relación sexual.

La adolescencia es un periodo de transición entre la infancia y la adultez, y especialmente en las culturas occidentales es una etapa conflictiva de la vida, ya que el adolescente se encuentra, por un lado, ante una crisis interior y, por otro, ante un medio social en el que adaptarse y que en ocasiones tampoco favorece esta adaptación. El adolescente es un individuo biológicamente adulto a quien sociológicamente no se le considera adulto. Este aplazamiento de la adultez social, que caracteriza a la adolescencia, está alargándose en nuestros días. El adolescente debe abandonar su identidad infantil y progresivamente construir una nueva identidad adulta. En este momento surgen muchos y nuevos interrogantes que sustituyen al hasta entonces mundo tranquilo de la infancia. El

joven deberá enfrentarse a la pérdida de aspectos infantiles queridos para él e incorporar otros modos de ser, otros hábitos.

El mundo del adolescente es un mundo que se transforma, un mundo tenso, rico, con innumerables posibilidades, pero también con innumerables problemas. No obstante, cada adolescente es un mundo. De hecho, una gran parte de la confusión actual en lo relativo a la adolescencia proviene de la difundida tendencia a suponer que todos los adolescentes tienen que enfrentar los mismos problemas y demandas y que reaccionan a ellos de manera semejante, pero esto no es así. Es indudable que la mayor parte de ellos comparten cierto número de experiencias y problemas comunes: 1) todos sufren los cambios fisiológicos y físicos de la pubertad y del crecimiento ulterior a la adolescencia; 2) todos sienten la necesidad de establecer su propia identidad; 3) todos se enfrentan a la necesidad de abrirse camino en la vida como miembros independientes de la sociedad. Sin embargo, no todos se enfrentan a las mismas exigencias de su ambiente, y cada adolescente reacciona de manera distinta al experimentar los diversos cambios que se le van presentando.

Aunque sabemos que la adolescencia no es necesariamente una etapa problemática o tormentosa, sin embargo siempre hay un mayor o menor grado de dificultades. La intensidad de estos problemas depende de la disponibilidad de apoyo emocional e instrumental de los otros, es decir, de la familia, de los iguales o de los amigos. El adolescente que recibe apoyo emocional e instrumental en su contexto de relaciones es decir, con sus figuras familiares, de sus iguales y de otras entidades sociales, estará mejor equipado para afrontar y resolver la problemática de esta etapa. En aras de clarificar la adolescencia normal Aberastury y Knobel (1988) subrayan, entre otras las siguientes características de esta etapa: 1) búsqueda de sí mismo y de la identidad; 2) tendencia grupal; 3) necesidad de intelectualizar y fantasear; 4) desubicación temporal; 5) evolución sexual: autoerotismo, heterosexualidad; 6) actitud social reivindicatoria tendencias antisociales; 7) contradicciones sucesivas; 8) separación progresiva de los padres, y 9) fluctuaciones constantes del humor y de ánimo.

En la adolescencia la emancipación con respecto a la familia, como elemento del proceso de adquisición de autonomía personal e independencia social, es quizá el rasgo de comportamiento social más destacado de la nueva situación del adolescente. Sin embargo,

la nueva red de relaciones con la sociedad y con la subcultura de los coetáneos no está exenta de problemas.

Fenómenos sociales, como el aplazamiento cada vez más dilatado del acceso al estatus de adulto (en forma de puesto estable de trabajo), y circunstancias personales en la historia de la propia identidad (moratoria difusión de identidad) pueden alargar considerablemente, mucho más allá de los años de maduración fisiológica, la ambigua situación de independencia-dependencia que caracteriza a la adolescencia psicosocial.

1.3 TRANSFORMACIONES BIOLÓGICAS Y PSICOLÓGICAS SUBYACENTES AL DESARROLLO DE LA IDENTIDAD PERSONAL Y SOCIAL

Los adolescentes, al pasar espontáneamente de un estilo a otro, expresan constantes cambios en su imagen corporal y en su imagen personal, aparte de que esas modas sirven socialmente para establecer una identidad de grupo en nuestra sociedad. Los problemas tienen su base en el conjunto de transformaciones sociales, físicas, psíquicas que le caracterizan. Todas ellas se presentan claramente interdependientes.

1. Transformaciones biológicas y cambios psicosexuales

La adolescencia en lo fisiológico es un mundo que se transforma, y estos cambios van a tener gran repercusión en la esfera afectivo-emocional. Es una revolución fisiológica en la que se producen importantes cambios hormonales (aumenta la secreción de hormonas que estimulan las glándulas sexuales) que a su vez inciden en cambios físicos, somáticos, es decir, en modificaciones corporales. Entre las transformaciones corporales, morfológicas o físicas que se producen en el adolescente pueden destacarse: 1) un rápido crecimiento físico (aumento de peso, longitud, anchura) que desorganiza el esquema corporal; 2) aparición de las características sexuales secundarias (vello, pecho, cambios en la voz), y 3) la maduración de las características sexuales primarias, es decir, la maduración del aparato reproductor. Se marcan claras diferencias de sexo, emergiendo el despertar sexual, que aporta una peculiar manera de sentir el propio cuerpo.

Las transformaciones corporales suelen ser causa de preocupación para los adolescentes, una fuente de incertidumbre sobre el futuro de su desarrollo corporal. Estos cambios les despiertan ansiedades de diversa índole: sentimientos de desarmonía, de extrañeza, de despersonalización. El aspecto físico preocupa en esta etapa, siendo el físico y la apariencia factores que desempeñan un papel muy importante en la autoevaluación del adolescente.

El individuo se ve obligado a reajustar la imagen que tiene de sí mismo y de los demás. Se enfrenta, casi repentinamente a su propio cuerpo, que ha crecido vertiginosamente presentándosele como algo extraño; y ello, en un mundo de objetos que también ha adquirido un carácter nuevo. El problema surge al tomar el joven o la joven conciencia de la inadecuación entre sus aspiraciones y la realidad. Le preocupan sus diferencias. Estas pueden presentarse como algo fatal e inevitable o como algo transitorio. En la duda está a veces la inquietud (Secadas, 1984).

Pasando al aspecto de la maduración sexual, la aparición de más indegentes necesidades que no domina, choca con su anterior organización personal y con las normas sociales de carácter restrictivo. El conflicto entre sus impulsos y las normas vigentes, incluso de tipo moral o religioso, es motivo constante de ansiedad en el joven.

El desarrollo sexual de un individuo se inicia desde los primeros momentos de la vida, y la sexualidad del adolescente y del adulto estará condicionada por la vivencia que se haya tenido de la sexualidad infantil. Sin embargo, al traspasar la pubertad los impulsos sexuales cobran amplias posibilidades de expresión y actuación. Emerge la excitación sexual, el deseo de contacto sexual y sus dudas sobre la identidad sexual. La sexualidad es algo fisiológico y anatómico, pero también algo emocional, ya que tiene un impacto importante en el ámbito de los sentimientos pudiendo generar sentimientos de satisfacción o insatisfacción de seguridad o de miedo.

En esta etapa aparecen necesidades, deseos de interacción sexual que dan lugar a los primeros contactos genitales exploratorios y preparatorios de las futuras relaciones genitales que suelen darse, tendencialmente, en las etapas finales de este periodo (17-19) (Aberastury y Knobel, 1988)

Esta emergencia de la sexualidad despierta temores de diversa índole tales como: dudas sobre la identidad sexual (homosexualidad-heterosexualidad), temores frente al otro

sexo (turbación, miedo, preocupación, inseguridad...), temores de embarazo, temores de enfermedades venéreas, etc.

2. Transformaciones psicológicas: crisis y reconstrucción de la identidad personal

El elemento considerado más característico del desarrollo de la personalidad en los años adolescentes es el de la identidad personal. Para Erikson (1980) la adolescencia constituye el momento clave y también crítico de formación de la identidad, definiendo el concepto «identidad» como diferenciación personal inconfundible, autodefinición de la persona ante otras personas, ante la sociedad, la realidad y los valores. Como subraya Fierro (1985), la identidad es de naturaleza psicosocial y contiene elementos cognitivos, ya que el individuo se juzga a sí mismo en función de cómo advierte que le juzgan los demás, en comparación con ellos mismos. Es una etapa de búsqueda y de consecución de la identidad del individuo. Para algunos autores la tarea de la adolescencia es la individuación, entendida como la delimitación de las fronteras que le separan a uno de los demás, la ruptura de los lazos con los objetos de la infancia y la toma de distancia frente a los padres.

La adolescencia es una etapa de transición entre la infancia y la adultez en la que se produce una desestructuración de la identidad, una crisis. El descubrimiento progresivo de la identidad personal y la afirmación de la misma serán la meta de esta etapa, en la que finalmente se establece la identidad adulta. El adolescente se pregunta ¿quién soy yo?, ¿qué quiero hacer?, ¿hacia dónde voy? Se enfrenta, por un lado, con su inestabilidad interior y, por otro, con diversas demandas que le llegan del mundo exterior: sociales (amistades), intelectuales (estudio) y vocacionales (elección del futuro).

Esta etapa está caracterizada por una crisis interior debida a las pérdidas que debe enfrentar el adolescente. Para Aberastury y Knobel (1988) el adolescente realiza tres duelos fundamentales: 1) el duelo por el cuerpo infantil perdido; 2) el duelo por el rol y la identidad infantil que le obliga a la renuncia de la dependencia y a la aceptación de responsabilidades que muchas veces desconoce, y 3) el duelo por los padres de la infancia a los que persistentemente trata de retener en su personalidad buscando el refugio y la protección que ellos significan. Estos duelos, verdaderas pérdidas de personalidad, llevan al adolescente a la inestabilidad que lo define, producto de la propia situación evolutiva.

Asimismo, en la adolescencia se produce una crisis con la realidad externa, ya que debe enfrentar un mundo de adultos que a la vez es deseado y temido. La inestabilidad de la personalidad del adolescente es fruto de estas tensiones consigo mismo y con el exterior.

En el contexto de la crisis de identidad que se observa en la adolescencia se produce una desidealización de los padres, se buscan nuevas formas de vida rechazando lo familiar y mostrando oposición a la autoridad (padres, profesores). No obstante, estudios que han analizado los factores asociados a la rebelión adolescente (Noller y Callan, 1991) han puesto de relieve una mayor probabilidad de que ésta ocurra cuando la estructura autoritaria de la familia es patriarcal y desigual, la disciplina es severa o inconsistente y el matrimonio es infeliz, lo que da lugar a una falta de respeto hacia los padres y, por tanto, a la rebelión.

El adolescente busca una nueva identidad, y es normal que en este proceso de búsqueda de sí mismo y de su identidad sienta ansiedad y confusión, quiera alejarse del hogar y se revele contra la autoridad, se muestre contradictorio en sus sucesivos comportamientos (comportamientos infantiles coexisten con comportamientos más maduros), se debata en deseos contradictorios (dependencia-independencia) y estados de ánimo intensos y lábiles.

La crisis de identidad no hay que verla como algo negativo. Aunque es un período de tensión interior que se pone de relieve en la conducta del adolescente, éste es un período de búsqueda de la identidad personal, la cual sufre un proceso de reorganización en el transcurso de esta etapa.

En el proceso de construcción de la identidad, el adolescente de 15 años: 1) toma creciente conciencia y perceptividad de su propio yo. Muestra preocupación analítica de sus pensamientos y sentimientos y también de los demás, observa detalles, desea información sobre su forma de ser, desea estar solo y polemiza en el intercambio con los adultos; 2) desea ser independiente, rechaza el hogar, busca a los amigos y pandillas de su edad, su tiempo libre tiene gran importancia porque en él desarrolla su yo; 3) sus emociones son fluctuantes, aunque no tanto como a los 13 años, se aísla, necesita cariño pero no lo demuestra, la crítica le desmoraliza y muestra poca preocupación por lo escolar. Podría definirse como un Yo en busca de intimidad.

Unos años más tarde, el adolescente de 17 años se muestra como un preadulto, observándose que su deseo de independencia, es menos impulsivo y más real, razona más

en su comunicación con los adultos, con mayor adaptación escolar y familiar, los grupos y equipos le atraen fuertemente, la amistad es un concepto más firme y está más valorizada, busca modelos de identificación y su aspiración es el éxito social. En lo que se refiere a la confianza y a la seguridad personal, el ejercicio de la independencia aumenta la confianza en sí mismo, sabe dominar mejor sus emociones, siendo menos lábil emocionalmente, y acepta mejor la crítica, con un sentido más realista de la vida, comprendiendo que parcialmente las cosas dependen de uno mismo.

Al finalizar la adolescencia, se produce una nueva relación consigo mismo (identidad corporal e identidad psicológica), con sus padres y con el mundo. Para llegar a ser adulto se requieren diversos factores tales como madurez física, independencia económica de la familia, madurez sexual, elección vocacional, relaciones viables con compañeros, adquisición del sentido de la propia identidad, configuración de un código ético-moral..., pero, como ya he señalado previamente, en ocasiones factores socioeconómicos pueden provocar que el final de la adolescencia no se culmine con la adquisición de la independencia.

Aspectos intelectuales

El adolescente utiliza la lógica proposicional, domina la abstracción y razona al modo hipotético-deductivo. Su instalación en el ámbito de lo hipotético hace que, a diferencia del niño, viva en gran medida de cara al futuro, mirando a lo posible más que a lo real.

La construcción teórica del adolescente muestra, al mismo tiempo, que el se ha hecho capaz de realizar el pensamiento reflexivo y que su pensamiento le permite escapar del presente concreto hacía el ámbito de lo abstracto y lo posible. Esto no quiere decir que las estructuras formales se organicen primero por sí mismas y luego sean aplicadas como instrumentos adaptativos allí donde resulten individual o socialmente útiles. Los dos procesos pertenecen a la misma realidad. La lógica no está aislada de la vida.

Este nuevo instrumento de pensamiento formal, abriendo al adolescente el dominio del pensamiento puro, va a permitirle introducirse en la vía de todas las especulaciones: filosófica, política, social, científica, estética, etc., y veremos que no deja de hacerlo. Se va

a hacer singularmente libre respecto a la realidad y sobre todo al mundo adulto, cuyo acceso le abre. Por la inteligencia el adolescente, es igual al adulto, residiendo la única diferencia en su falta de experiencia. Es igual y se considera como tal: juzga, critica, objeta, redacta planes de forma de la sociedad; es sobre un pie de igualdad que se coloca de ahora en adelante para discutir con el adulto, lo cual por lo demás, le gusta por encima de todo, a condición de que lo tomen en serio y que se le trate precisamente como igual.

El despertar del pensamiento abstracto va pues, a la vez, a subrayar, a acentuar las contradicciones y la ambigüedad inherentes a la posición de adolescente (es y se siente intelectualmente un adulto como es y se siente biológicamente maduro) y a atenuarlas en la medida en que la inteligencia permite ahora al joven sujeto acceder a las ideas, a las ideologías y a los ideales de la sociedad que le rodea: en la medida también en que sus próximos quieran facilitarle este acceso considerando con benevolencia, animándole y no regañándole, este joven pensamiento que, muchas veces, se embriaga de su propio juego, se encanta de su propio espectáculo.

Hay que darse cuenta de que es esta transformación de la inteligencia que da su estructura y su fisonomía a la crisis juvenil. Ante el tumulto de sus sentimientos los desbordamientos de su conducta, las contradicciones de sus actitudes y de sus reacciones, que le inquietan tanto como desconciertan a su alrededor, ante lo que considera como la incomprensión o la injusticia, o la estupidez de los adultos, el adolescente no permanece pasivo: se interroga, reflexiona sobre sí mismo y sobre los otros, construye planes para el futuro, teorías destinadas a transformar esta sociedad en la cual está llamado a insertarse.

El adolescente no se contenta ya con vivir sus relaciones interpersonales, ni con resolver sencillamente sus dificultades de inmediato. Las reflexiona tanto en el sentido propio como en el figurado. Ya que es capaz de pensar en lo abstracto, puede pensarse a sí mismo. Dicho de otra forma, la aparición del pensamiento formal da cuenta de este acontecimiento primordial que es el despertar de la vida interior, en el sentido de la introspección, del ahondamiento, de la meditación. Gracias a ella se articula, en el plano de la conciencia, esta búsqueda de la identidad que persigue a través de toda la adolescencia.

Seguramente, la riqueza de la vida interior depende de la sensibilidad, de la afectividad, de las experiencias de cada uno, en cierta medida también de la cultura y del medio, y no solamente de la inteligencia: si es inexistente en los débiles mentales (cuya

inteligencia no alcanza nunca el nivel de las operaciones formales), puede ser muy pobre en seres normales, que no viven más que fuera sin hacerse preguntas; o también en todos los que, por razones de orden neurótico, temen profundizarse y huyen de sí mismos. No es menos verdad, que la vida interior no se hace posible más que con la llegada de la inteligencia abstracta. Y como esta llegada coincide en el tiempo con la aparición de la pubertad que viene a desorganizar profundamente toda la vida afectiva del ser joven, es natural que prolongada, ampliada por la reflexión y la imaginación, la crisis puberal se eleve a las proporciones de una crisis espiritual. La mayoría de los jóvenes se plantearán o dudarán de los grandes problemas de la existencia: el amor, la religión, la moral, la política, el arte, la muerte, el transcurso del tiempo, el pasado y el porvenir. Será casi siempre con la intransigencia que caracteriza al adolescente y en términos enfáticos, solemnes y absolutos, cuyo contraste con la juventud y la inexperiencia del sujeto. Injustamente, ya que detrás de estas afirmaciones extremas hay que reconocer el empuje, las aspiraciones, los temores, las recaídas de una personalidad que se despierta y que se busca.

El vuelo del pensamiento coincide con una renovación de la imaginación, alimentada por la efervescencia de la afectividad y por una vida sentimental intensa. Esta coincidencia explica en parte la fragilidad de la adaptación a lo real del adolescente. La realidad párale está llena de dificultades, en ella se siente incomprendido mantenido en un estado de dependencia insoportable que termina con sus tentativas de emancipación y de afirmación de sí mismo y le remite sin cesar a su propia debilidad. Nada de extraño entonces que trate de sobrecompensar en lo imaginario sus sentimientos de inseguridad y de inferioridad.

Al adquirir una aptitud cada vez mayor para pensar, se despierta en él un creciente interés por la actualidad y asuntos mundiales. Toma paso a paso conciencia de que, en breve plazo, no sólo deberá conocer el mundo sino actuar en el como persona independiente. La llegada al pensamiento formal tiene una vertiente interna; es el despertar a la vida interior, a la meditación; de este modo, la inteligencia juega un papel instrumental muy importante en la búsqueda del yo. Sin embargo, la riqueza de la vida interior no depende sólo de aquélla sino de otras muchas variables: cultura, sensibilidad, experiencias individuales, etc.

Como la aparición de tal pensamiento coincide con una profunda desorganización

de la vida del joven, la crisis se multiplicará tomando planos máximamente abstractos: el amor, la religión, la muerte, etc. Y planteados con intransigencia, con énfasis: necesita entrar con pie firme en el mundo adulto. El adolescente pasa por una fase en la cual atribuye un poder ilimitado a sus propios pensamientos, de modo que el sueño de un futuro glorioso o de transformar el mundo por medio de las ideas parecería ser no sólo fantasía, sino también una acción efectiva que en sí misma modifica el mundo empírico. Evidentemente, esta es una forma de egocentrismo cognoscitivo originado como consecuencia de la evolución mental (Secadas, 1984).

1.4 TRANSFORMACIONES SOCIALES: SIGNIFICACIÓN Y EVOLUCIÓN DEL GRUPO EN LA ADOLESCENCIA

El grupo representa el artefacto y los miembros individuales con sus motivos y conductas humanas, sus compositores y creadores. El incremento en el tamaño del grupo sólo agrega problemas de logística y comunicación. No agrega nada más de importancia básica. Sin embargo, al haber hecho hincapié en esta verdad, se debe observar que ahora el ser humano es configurado e influenciado por su entorno y como miembro de un grupo no actúa por su cuenta. Recibe tanta influencia del consenso del grupo como de su propia percepción. Puede incluso decirse que el consenso del grupo se convierte en la percepción individual y que la persona ya no tiene libertad para comprobar la realidad. Pero, aunque éstos parezcan elementos paradójicos, el individuo todavía actúa como un individuo a la luz de lo que el consenso del grupo le ha enseñado. Su psicología individual es operativa incluso cuando responde a la influencia de su grupo, pero está encadenado por su punto de vista y los refuerzos de su cultura.

Aunque puede que el grupo no sea nada más que los esfuerzos combinados y las relaciones de quienes lo componen, esa conjunción produce una situación que se convierte en algo más que la mera suma de la idiosincrasia personal de cada miembro. A veces un grupo parece tener una vida propia y el miembro del grupo de iguales adolescentes parece, al menos superficialmente, una persona distinta en su asociación con el grupo que cuando se encuentra lejos de éste.

En esencia, se observa en la conducta del grupo un efecto de interacción entre las

personalidades de sus miembros, puesto que la mayoría de los grupos tienen un propósito implícito, cuando no explícito; el grupo le proporciona una dirección y un enfoque a la conducta que despierta y auspicia. Las personas no son en verdad diferentes en una situación de grupo, tan sólo se desenvuelven en una atmósfera tolerante (o restrictiva) que estimula o inhibe aspectos de la personalidad y actitudes que ya están presentes. Sin ninguna duda, el grupo estimula a sus miembros, les brinda oportunidad social y a menudo, una base en la que pueden representar sus agresiones y probar sus conceptos de sí mismos. Pero el grupo no tiene el mismo efecto sobre todos sus miembros. Nada en el grupo oculta sus diferencias individuales. Por la misma razón no se puede generalizar de un grupo de adolescente a otro con confianza absoluta, ya que los grupos difieren entre ellos mismos tanto como los individuos que lo componen. Sin embargo, es posible predecir con cierta exactitud la conducta futura de un grupo si se sabe lo suficiente sobre sus actividades pasadas. Lo que un grupo ha hecho es un poderoso factor determinante de lo que hará.

El término grupo se encuentra innegablemente unido al de adolescencia, ya que la grupalidad es una de las manifestaciones por excelencia de la adolescencia. La trascendencia de la presencia del fenómeno grupal en este momento del desarrollo evolutivo responde a la búsqueda que el adolescente hace de una nueva identidad en un período de importantes cambios en los llamados «núcleos de pertenencia», principalmente la familia. El vínculo grupal le va a proporcionar al joven una seguridad, un reconocimiento social, un marco afectivo y un medio de acción; en definitiva, un espacio vital e imaginario, todo ello fuera del dominio adulto. Este espacio vivencial en que se convierte el grupo servirá de escenario psicosocial en el cual ritualizar y dramatizar el tránsito adolescente a través de unas propias manifestaciones socioculturales (vestimenta, ideología, territorialidad) canalizadoras de procesos intra psíquicos que aparecen en la adolescencia. Esta necesidad psicológica de agrupación puede llegar a tomar tintes patológicos cuando el grupo se usa como vehículo de manifestación agresiva contra el entorno más inmediato (delincuencia) (Rodríguez, 1994).

En su búsqueda de identidad el adolescente recurre a la uniformidad del grupo en el que desea encontrar seguridad y estima. En esta etapa va surgiendo el espíritu de grupo, los miembros aceptan los dictados del grupo (modas, vestimentas, costumbres, lenguaje), se oponen a las figuras paternas, transfiriendo la dependencia que se mantenía en la familia al

grupo. El grupo constituye la transición necesaria en el mundo externo para lograr la individuación adulta. En opinión de Rodríguez (1994) toda esta dinámica se desencadena a raíz de la búsqueda por parte del adolescente de una nueva identidad (sexual, social y psicológica), lo que le llevará a impugnar los antiguos patrones y normas preestablecidos (brecha generacional) y desear desarrollar un campo de acción y de manifestación realmente propio (cultura adolescente), lo que vendrá a significar un impacto sociocultural renovador inherente a toda nueva generación. La vivencia común grupal va a proporcionar un excelente marco donde poder ritualizar la separación y superación del primitivo esquema familiar. El territorio grupal aparece como sustitutorio del espacio familiar, la casa paterna deja paso al banco del parque, al bar, a los conciertos, a la asociación juvenil del barrio, respondiendo a la necesidad del joven de proveerse de unos propios espacios de libertad que le aseguren una autonomía fuera del control y del dominio del adulto.

En la adolescencia, la orientación social primaria hacia los padres cambia hacia una orientación en la que los iguales ejercen una influencia considerable. Durante este tiempo, las actitudes de los adolescentes con respecto a los padres se tornan menos favorables, al tiempo que aumenta la disposición a participar en conductas negativas. Los adolescentes tienden a conformarse con los valores parentales en las áreas que consideran de importancia, como planes educativos, mientras que los iguales ejercen su influencia en las áreas más triviales, como en las cuestiones de la moda. Sin embargo, los adolescentes tienen una influencia bastante poderosa sobre las decisiones que conciernen al esparcimiento y al consumo de drogas (Hopkins, 1986).

Respecto a la polémica de lo que aporta la familia versus el grupo de iguales al proceso de socialización. Handel (1990) destaca cuatro conclusiones: 1) las rutinas culturales son aprendidas en la larga interacción padres-hijos, antes de que el niño se integre y participe en los llamados grupos de iguales; 2) Estas rutinas culturales se hacen latentes durante los primeros meses, antes de que el niño tenga capacidad para entender o hacer uso del lenguaje. Referente a los valores y fines de la vida, la influencia de los padres y los amigos tiende a robustecerse y a complementarse recíprocamente, por lo menos cuando los compañeros proceden de la misma clase y grupo social que la propia familia. Las contradicciones entre los valores del grupo y los de la familia suelen afectar, en muchos casos, a aspectos de menor importancia (modos de vestir, aficiones, gustos personales...),

no tanto a los valores más decisivos.

La salida del adolescente de la órbita paterna coincide con su ingreso en otra órbita de influencia: la del grupo y de los compañeros. La “desatelación” familiar se produce simultáneamente a una “resatelación” grupal. El grupo de compañeros y también la amistad más íntima con alguien del mismo o de otro sexo constituyen una experiencia adolescente decisiva (Fierro, 1985). El joven buscará experimentar en el grupo y con sus iguales una serie de pseudorritos que le otorguen un sentimiento de pertenencia en función de una ética y una estética específica en un marco de redes comunicacionales (configuración de la cultura adolescente). A través de la confraternización y el igualitarismo, la agrupación adolescente puede hacer frente a las exigencias provenientes de los sistemas jerarquizados y estructurados representados principalmente por la familia y la escuela, los cuales esperan del joven continencia sexual (control de las relaciones heterosexuales), obediencia y aprendizaje de un rol social y profesional (período de larga instrucción), de los cuales se desprenderán los conflictos básicos a los cuales el joven debe hacer frente instrucción en la sexualidad, asunción de un rol socioprofesional y adquisición de los valores del grupo de pertenencia y los saberes transmitidos a través de la instrucción (Rodríguez, 1994).

La pertenencia a un grupo impone a sus miembros marcas corporales, vestimentas, etc. La amplitud de estilos es grande, pero todos ellos tienen el mismo sentido el de integrar a la persona en una arquitectura de conjunto, subordinándola a esa sociedad secreta que es el grupo de afinidad que ha escogido. En esta etapa la apariencia es importante, existiendo un gran culto a lo corporal. Los símbolos y las imágenes son los pilares sobre los que se construye el mundo de la apariencia, pero existen otras formas de manifestación de pertenencia, como la música o el baile. Los valores que transmiten los grupos juveniles a través de sus canciones o de sus imágenes ponen de relieve las preocupaciones propias de la edad, como el amor, la religión, las relaciones familiares, la política, las drogas, el militarismo, el racismo, etc.

Se tiene que observar desde el principio que, de manera general, la fórmula del grupo parece convenir menos a la naturaleza femenina que al temperamento masculino. Un grupo puramente femenino se fracciona rápidamente en pequeños clanes, rivales o no, incluso si exteriormente da la impresión de cohesión. El espíritu del equipo y de

camaradería son más naturales para el chico y para el hombre; no quiere decir que la mujer sea incapaz de ello, pero parece preferir relaciones más individualizadas de dos o de tres. El grupo significa acción y la adolescente se realiza mejor en la contemplación de sí misma, en el ensueño, en las confidencias.

El grupo va a permitir al adolescente afirmarse con toda seguridad. En medio de jóvenes que sienten y piensan como él, sabe que puede deponer las armas, expresarse libremente, sin el temor de no ser comprendido o de tropezar con esta sonrisa irónica y superior del adulto que le aniquila. Aquí se le toma en serio y encuentra un ideal y unos valores a la medida de sus aspiraciones. Por diferentes y opuestas que puedan ser las metas perseguidas, existen valores comunes a todos los grupos, comprendida la banda delincuente: valor, lealtad hacia los compañeros, olvido de sí mismo, fidelidad a la palabra dada, etc. En el fondo, para lo mejor y lo peor, es a una perpetua superación de sí mismo que el grupo incita al adolescente; responde así a esta necesidad tan típica del joven de retroceder cada vez más lejos los límites de sus posibilidades, de vencer sin cesar nuevos obstáculos para probarse y mostrar al mundo que es digno de ser considerado como un hombre. De ahí proviene su gusto por el riesgo y su loca temeridad. Entre ellos, los adolescentes tienen la impresión de comportarse y vivir como adultos, de ser adultos; apoyándose los unos a los otros, todos iguales, todos semejantes, se sienten fuertes e independientes; no hay nada que no puedan hacer en grupo, mientras que solos se sienten desgraciados frente al mundo adulto.

Pero, la participación real en las actividades de un grupo no quiere decir que un adolescente pertenezca a él o sea aceptado por el grupo. Uno puede ser participante sin ser psicológicamente miembro. El ser en verdad miembro de un grupo representa una senda de dos direcciones que implica, por un lado, la aceptación de los miembros y, por el otro un sentido emocional de pertenencia. Ser un participante sin ser aceptado puede causar tensión emocional para el adolescente que desea en verdad pertenecer, puede además provocar en él diversos tipos de conducta defensiva o propiciatoria que lo hace parecer muy distinto a sí mismo. Los adultos son engañados a veces por la participación de un adolescente en un grupo al creer que éste es en verdad miembro del grupo.

Los resultados de las investigaciones sobre la estructura social de los grupos en la adolescencia son consistentes con el enfoque interpersonal del desarrollo social. Una

descripción de los estadios del desarrollo de la estructura de los grupos, ha sido sistematizada y describe la evolución del grupo a lo largo de la adolescencia caracterizando cinco etapas: 1) pandilla unisexuada que prolonga a la pandilla de preadolescentes formada por ambos sexos; 2) aun manteniéndose las pandillas aisladas por sexos, comienza alguna interacción entre ellas. Las pandillas unisexuales interactúan de grupo a grupo; 3) transición del grupo unisexuado al mixto: los miembros líderes de cada grupo forman ya una piña mixta. Los miembros de las pandillas unisexuales con estatus superior forman pandillas heterosexuales; 4) etapa de la “piña mixta” plenamente desarrollada. Pandillas heterosexuales en íntima asociación; 5) cierta desintegración del grupo, que se transforma en un conjunto de parejas asociadas entre sí (Garaigordobil, 2000). Para Fierro (1985) el carácter uni o bisexual de los grupos y de su evolución seguramente se halla determinado por la cultura y la historia.

Los grupos de adolescentes pueden ser efímeros o pueden tener una larga vida con gran vitalidad y continuidad de programa y actividad. Puede haber un sentimiento interno considerable de nosotros y de unión de grupo o puede que se carezca de estas cualidades y parezca existir tan sólo para fomentar los esfuerzos individuales de los miembros.

Los agrupamientos de los individuos pueden clasificarse como pares, grupos primarios ampliados y grupos secundarios. Los pares (que abarcan agrupamientos íntimos como el de madre e hijo, marido y mujer, una pareja de novios o dos amigos cercanos) pueden categorizarse como unisexuales o heterosexuales, ya sea si los miembros del par son de uno o de ambos sexos. El grupo primario, el más típico de todos los agrupamientos de adolescentes, se caracteriza por una asociación cara a cara, números reducidos, propósito no especializado, intimidad comparativa y permanencia relativa. Entre los ejemplos se cuenta el hogar, el grupo de juego espontáneo y el antiguo grupo de barrio.

El grupo primario ampliado es un grupo organizado íntimo cara a cara, limitado en cierto grado por un propósito especial y por el hecho de la organización. Los grupos secundarios son aquellos que carecen de la intimidad y asociación y por lo normal de la mayoría de las otras características de los grupos primario y primario ampliado. Entre los ejemplos se encuentran las comunidades, corporaciones, etc.

Esta clasificación implica que cualquier individuo es simultáneamente miembro de muchos grupos diferentes con diversos grados de importancia para él y que en cada uno de

ellos puede desempeñar muchos papeles distintos. Pero para el adolescente, los grupos en verdad importantes, psicológicamente, son los primeros tres, los grupos de asociación personal más íntima y cara a cara que forman una parte funcional integral de su vida cotidiana.

Gran parte de la vida social del adolescente se organiza alrededor de pequeños grupos informales. Éstos son el campo de pruebas para la percepción creciente que tiene el adolescente sobre su papel social y la exploración de las técnicas para desempeñar ese papel. El grupo informal desempeña una parte mucho más importante en la vida del adolescente que los grupos de organización formal y se le puede concebir como un área central de experiencia en el proceso de la mayoría de edad. La observación de los grupos informales de adolescentes lleva a la conclusión de que aunque el grupo es más o menos efímero, está centrado en torno a ciertas características comunes que poseen sus miembros. La pertenencia suele ser exclusiva en el sentido de que a algunos jóvenes se les excluye o se les hace sentir incómodos cuando participan en las actividades del grupo. Podría lograrse la comprensión de la conducta adolescente mediante el análisis de los tipos de actividades y actitudes que tienen importancia en la formación y perpetuación de tales grupos, con referencia particular a las cosas que contrastan a un grupo con otro y de las similitudes que los vinculan a todos como parte de la sociedad más extensa de coetáneos adolescentes.

Deberá recordarse que cualquier grupo ha de funcionar en un ambiente y que éste tiene mucho que ver con la configuración y dirección de la naturaleza del grupo y con el establecimiento de su orientación y limitaciones.

La manera como el grupo se forma o como se seleccionan sus miembros es el factor determinante de grado de su unión. Cuando los mismos muchachos ejercitan la iniciativa y la responsabilidad principales para determinar quién y cuántos deberán pertenecer a un grupo particular, el grupo suele ser relativamente pequeño y muy unido. El tamaño del grupo, por tanto, es el resultado del proceso de selección de miembros más que el índice de amistad. La unión del grupo depende de la interacción de los miembros cuando se dedican a una tarea común. En este sentido, al líder se le concibe mejor como miembro implicado del grupo cuya labor es la de mantener a éste en movimiento, mientras que al mismo tiempo pertenece como miembro que trabaja e interactúa. Sin embargo, la conducta de la gente está en función de sus personalidades y sistemas de necesidades, y en algunos grupos, los

tipos básicos de la personalidad requieren de enfoques más autoritarios para mantener la unión.

El grupo puede ser así a la vez una solución momentánea, para los conflictos del adolescente y una preparación notable para la condición de hombre, en la medida en que no se desvíe hacia actividades antisociales, en la medida también en que su empresa no llegue hasta impedir toda afirmación personal (Garaigordobil, 2000).

1.5 EFECTOS DE LA INTERACCIÓN CON IGUALES EN EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

Una síntesis de los diversos estudios que han analizado las contribuciones de la interacción entre iguales al desarrollo (Garaigordobil, 1993) pone de relieve que la interacción con iguales tiene importantes beneficios para el desarrollo personal y social.

Los estudios de enfoque cognitivo evolutivo concluyen que la interacción entre iguales promueve: 1) la emergencia de conflictos, que provocan reestructuraciones internas y concomitantemente favorecen el desarrollo cognitivo; 2) el proceso de adopción de perspectivas a partir del cual se construye el conocimiento de sí mismo y el de los demás (desarrollo moral); 3) situaciones para intercambiar y negociar, fundamentales para el aprendizaje de estrategias de interacción social, y 4) la cooperación y, por tanto, la autonomía moral.

La psicología soviética (Vygotski, 1979) con su doble formulación, por un lado el origen social de los procesos psicológicos superiores y por otro su teoría de la actividad, proporciona las bases de una conceptualización respecto al papel del grupo de iguales en el desarrollo, observando que: 1) la comunicación en una situación cooperativa entre compañeros actúa como contexto intermedio en la interiorización de los procesos superiores. El lenguaje es el nudo central del proceso de interiorización, cuya motivación consiste en la necesidad de comunicación a los compañeros de la propia representación, que da lugar a la propia revisión del propio punto de vista con relación a otras perspectivas comunicadas por los otros; 2) la posición dentro del grupo de iguales es una importante motivación para la actividad escolar e influye de forma decisiva en la autovaloración y en la adaptación al sistema educativo, y 3) consecuencia de ambas funciones, la interacción

entre compañeros estimula el desarrollo de la capacidad de autorregulación de la conducta.

En la actualidad, no se duda que la interacción entre los iguales juega un papel de primer orden en el desarrollo integral y en la consecución de las metas educativas. Durante las últimas décadas se han llevado a cabo numerosas investigaciones cuyos resultados coinciden en señalar que las relaciones con los iguales inciden de forma decisiva sobre aspectos tales como el proceso de socialización en general, la adquisición de competencias y destrezas sociales, el control de los impulsos agresivos, el grado de adaptación a las normas establecidas, la superación del egocentrismo la relativización progresiva del punto de vista propio, el nivel de aspiración e incluso el rendimiento escolar.

Desde la perspectiva etológica se ha postulado que la interacción entre iguales como complemento a la interacción con adultos tiene un papel decisivo en la adaptación socioemocional, ya que estimula el desarrollo de competencias sociales y ayuda a la socialización de la agresividad.

Por otro lado, un grupo de estudios basados en las teorías del aprendizaje ha concluido que: 1) el refuerzo y los modelos proporcionados por los iguales resultan de gran eficacia para la adquisición y mantenimiento tanto de conductas deseables (autocontrol, altruismo) como indeseables (agresividad); 2) los iguales proporcionan la principal fuente informativa para comprobar por comparación la propia eficacia, y 3) el entrenamiento en las habilidades sociales en el grupo escolar puede incidir de forma muy positiva en distintas variables educativas, académicas y de desarrollo personal-social (Michelson, 1987).

Y desde el enfoque sociogrupal se concluye que el grupo de iguales desempeña un papel en la transmisión de normas culturales, aunque también permite oponerse a la autoridad cuando ésta es injusta (no obstante, en diferentes culturas esta función es relativa).

La interacción con los compañeros en la adolescencia, desempeña funciones parecidas a las de la niñez, pero de manera quizá más decisiva. El grupo pasa ahora a constituir la institución socializadora por antonomasia, la fuente principal de donde el adolescente recaba su estatus y su autoconcepto, con funciones en nuestra cultura semejantes a las que la familia extensa o clan desempeña en otras sociedades. Las relaciones con los iguales del mismo o distinto sexo sirven de prototipos de las futuras relaciones entre adultos. El adolescente necesita compartir sus sentimientos, dudas, temores

y proyectos con otras personas, y difícilmente puede hacerlo con los padres, que no le comprenden, aunque pongan mucho esfuerzo en ello (Fierro, 1985). Compartirá, pues, con los compañeros y éstos le ayudarán decisivamente a configurar su propia identidad.

El adolescente se encuentra en el proceso de romper los lazos familiares y para eso necesita desesperadamente del apoyo, la aprobación y la seguridad que le proporciona el grupo de iguales. Los de su generación serán modelos, espejos, auxiliares y contrastes en su aventura de independencia, de cristalización de una identidad propia. En esta búsqueda de independencia, el adolescente, sin embargo, va a desarrollar un intenso conformismo respecto al grupo en forma de un acatamiento prácticamente sin límites de los gustos, modas y estilos vigentes en el mismo. El adolescente experimenta una enorme necesidad de reconocimiento por parte de otros, necesidad que no se confunde con el puro y simple narcisismo. Es la posición y el reconocimiento dentro del grupo de compañeros lo que principalmente asegura un concepto de sí.

Las asociaciones juveniles ofrecen al adolescente un marco muy apropiado para el nacimiento y el cultivo de la amistad, teniendo un gran valor formativo. Le ofrecen la posibilidad de adquirir confianza en sí mismo, desenvolverse sin la tutela paterna, descubrir la naturaleza, descubrir la sociabilidad y las premisas necesarias para una buena relación entre los sexos, desarrollar el afán de aventura y el deseo de independencia y la posibilidad de comprender y ser comprendido (Riesgo y Pablo, 1983).

Las relaciones juveniles permiten un alejamiento parcial de los padres y una primera conquista de la independencia, teniendo una función en la integración a la sociedad. La interacción en el grupo de iguales estimula el sentimiento de estar integrado en el mundo y en la sociedad. Respecto al aprendizaje de las relaciones con el otro, la amistad juvenil permite que se tome conciencia de la realidad del otro, se formen actitudes sociales y se tenga experiencia de las relaciones interpersonales. Si las amistades infantiles constituyen un aprendizaje de las relaciones interpersonales, el pertenecer a una pandilla puede aparecer como un aprendizaje de la vida en sociedad (Riesgo y Pablo, 1983).

La formación de grupos espontáneos en esta etapa permite al adolescente elaborar ideas y experiencias vividas, la discusión de ideologías y puntos de vista, la actividad, el desarrollo de la amistad y el enamoramiento con sus primeras satisfacciones y desilusiones. Busca incluirse en el grupo como modo de incluirse en la sociedad, y la pertenencia al

grupo durará hasta la formación de la pareja. El grupo tiene un papel importante en la socialización, y el adolescente espera poder conquistar en este contexto la autonomía. Sin embargo, a la vez que llega a ser independiente abandona el grupo, ya que la noción de autonomía y la de grupo se oponen. Estos grupos suelen ser de naturaleza pasajera, siendo normal que el adolescente salga de él para comprometerse en relaciones personales, principalmente en relaciones con el otro sexo (Horrocks, 1990).

A partir de las investigaciones realizadas a tal efecto, se ha evidenciado que los adolescentes van adquiriendo cada vez más independencia a medida que aumenta la edad y, en cierto modo, llegan a conformarse menos con los padres y con los iguales según se van haciendo mayores. Parece que los adolescentes tienden a conformarse menos ante conductas antisociales que ante conductas prosociales o neutras, y el conformismo con las conductas antisociales alcanza su punto culminante en la etapa media de la adolescencia, aproximadamente a los 15 años (Hopkins, 1986).

La importancia del grupo de iguales en la socialización del individuo ha sido estudiada por sociólogos y psicólogos durante la primera mitad de nuestro siglo, apareciendo a partir de los años sesenta estudios más cualitativos que comparan la importancia del grupo de iguales, como contexto socializador, con el grupo familiar. El conjunto de todos estos estudios pone de relieve que en el grupo de iguales se opera un insustituible aprendizaje social. Para González Almagro (1994) la función socializadora del grupo de iguales puede resumirse en tres puntos:

- Ayuda a transformar la estructura emocional jerárquica de los adultos, proporcionando un espacio de mayor libertad, favoreciendo así la autonomía del pensamiento mediante la discusión y la crítica. Todo lo cual produce un efecto liberador de las perspectivas anteriores al agudizar el juicio personal, desvalorizando en cierto sentido el ambiente familiar.
- Convierte las reglas y principios heterónomos en convicciones propias, interiorizando los conocimientos, normas y valores, rol sexual, por medio de una adaptación al propio grupo. Éste proporciona al sujeto una nueva fuente de aprobación y aceptación no adulta. La aprobación y/o rechazo del grupo va a influir en el concepto de sí mismo.
- Amplía los modelos de identificación que ofrecen los medios de comunicación de

masas. El grupo de iguales presta una función selectiva y orientadora en relación con la exposición del niño ante estos medios. Estos son valorados, según su contribución a la vida social del grupo. La afición a ciertos medios, programas o personajes depende en gran medida de las corrientes de opinión del grupo, que suponen un instrumento de prestigio.

En el contexto de la socialización, el grupo de iguales adquiere gran importancia, ya que es un medio adecuado para: 1) definir la propia identidad, intereses y habilidades; 2) construir su propia reputación; 3) desarrollar un equilibrio entre individualidad y conformidad; 4) dar y recibir apoyo emocional e instrumental, y 5) construir y mantener la amistad, participar y entretenerse. Sin embargo, y pese a estas adaptativas influencias de la interacción entre iguales, a la hora de estudiar el fenómeno grupal en la adolescencia, además de las asociaciones juveniles y los grupos espontáneos que fomentan un positivo desarrollo del adolescente, existen otros grupos adolescentes cuya acción se orienta hacia la vivencia colectiva de ataque al entorno social. Como subraya Rodríguez (1994), éstos grupos se caracterizan por presentar un proceso socializador patológico: conducta agresiva, alejamiento de las estructuras sociales, marginalidad, etc., que los convierte a los ojos de la sociedad en un peligro que hay que controlar y eliminar. Respecto a esta utilización del grupo como vehículo de ataque se pueden diferenciar dos formas diferentes: el vandalismo y la delincuencia.

Dentro de la categoría de vandalismo pueden incluirse dos movimientos los skins y los hooligans. Ambos tienen en común la afirmación por el fútbol, el marcado sentimiento nacionalista y la violencia como forma de expresión. Los hooligans muestran conductas vandálicas y agresivas hacia aquellos que no forman parte del grupo, acentuándose el rechazo hacia los extranjeros. La experiencia compartida genera un sentimiento común, un Yo colectivo que sirve de argamasa a una muchedumbre comprometida consigo misma y poseedora de un propio impulso interno: vencer al enemigo común (los aficionados del equipo contrario, la sociedad). Los skins visten paramilitarmente, y el sentimiento de pertenencia grupal implica una serie de valores como: el compañerismo, ser auténtico, hacerte respetar aunque sea a través de la imposición coercitiva y saber aguantar la compostura aunque se beba mucha cerveza. La atracción que ejerce este tipo de grupos sobre los adolescentes radica en la imagen que transmiten de dureza y de poder.

La banda juvenil delincuente posee unos rasgos propios diferenciadores. No son grupos organizados de tipo criminal, aunque cometen acciones delictivas. Por banda se entiende un grupo primario más o menos espontáneo que llega a ciertas formas de organización y a una solidaridad real como consecuencia de su reacción ante el medio ambiente. Son jóvenes que experimentan una insatisfacción ante la realidad actual y el futuro que se les presenta. Las bandas suelen estar formadas generalmente por jóvenes que han fracasado en la escuela, que no sienten satisfacción de estar en el hogar, que se sienten socialmente inseguros y abandonados. La banda se convierte en una especie de hogar, la otra familia, en donde el joven intenta compensar todas sus frustraciones y en donde encuentra unas directrices que le orienten su acción (Rodríguez, 1994). El objeto principal de ataque para estos grupos es la propia sociedad. El hecho de crecer en un ambiente vivido como hostil genera una apatía e indiferencia que desemboca en una negación de cualquier valor ético, religioso y social. En el grupo se crea un nuevo sistema de valores donde robar, atentar contra la propiedad o contra la integridad física de la persona está bien visto y es aplaudido.

1.6 LA IMPORTANCIA DE LOS AMIGOS EN LA ADOLESCENCIA

¿Qué es la amistad? Las amistades son apegos específicos, como los existentes entre madre-hijo o marido-mujer, que se dan entre dos personas. Implican mantener contacto con la otra persona, así como compartir conocimientos, inquietudes, intereses y afectos del otro. Es un acto voluntario que puede acabarse por abandono de uno de los implicados y que requiere una reafirmación continua, un proceso en el que ambas partes deben participar. Para López (1985) la amistad es una relación diádica recíproca, voluntaria, que se mantiene en el tiempo y que conlleva afecto, interés y sensibilidad por lo que le sucede a otra persona; supone interacciones intensas e íntimas, basadas más en sistemas de comunicación personal que en los roles sociales.

Los amigos ocupan un sitio especial en las relaciones de los adolescentes con sus compañeros. Con los amigos, las relaciones por lo general son más íntimas, honestas y abiertas e implican sentimientos más intensos. Con ellos muestran menos actitudes defensivas y menos necesidad de representar papeles tímidos para obtener una mayor

popularidad y aceptación. En este tipo de relaciones hay confianza, no hay necesidad de fingir, de estar en guardia, temiendo ser traicionados en lo que se refiere a los secretos compartidos.

Desde ahora deben quedar muy claras algunas de las funciones que desempeñan los amigos durante la adolescencia. Los amigos pueden ser una ayuda muy importante en el momento en que se tiene que establecer la propia identidad. La estabilidad de la amistad es probablemente un caso específico de la tendencia más general hacia la estabilidad de elección que se da según se va avanzando en edad.

Los adolescentes desean que sus amigos sean leales, dignos de confianza y constituyan una fuente de apoyo en cualquier crisis emocional. En el mejor de los casos los amigos pueden ayudar a los jóvenes a aprender a manejar sus propios sentimientos complejos, así como los de los demás. Pueden servir como una forma de terapia al permitir que se expresen libremente de los que de otra manera no serían sino sentimientos reprimidos de enfado y ansiedad.

Por desgracia, el desarrollo de las amistades, entre los adolescentes, no siempre resulta sencillo. Debido a que son muy intensas, las amistades entre adolescentes pueden fracasar con mucho mayor facilidad que las de los adultos. Los jóvenes con más problemas personales pueden tener necesidad de un gran número de amigos íntimos, así como una menor habilidad para conservarlos y evitar herir sus sentimientos, crear sospechas o hacer recriminaciones. Aunque por lo general aquellos tienden a ser semejantes en cuanto a sus antecedentes sociales, personalidad, intereses y objetivos, no es raro, por ningún motivo, que haya una atracción de polos opuestos, generalmente porque el adolescente encuentra en el amigo cierta cualidad que él desearía tener y con la cual no cuenta.

Al entrar en el periodo intermedio de la adolescencia, los amigos suelen valorarse más íntimos, más interdependientes desde el punto de vista emocional y se concentran más en las personalidades específicas de los participantes que en los primeros años.

Durante este periodo, la oportunidad de compartir sentimientos y pensamientos puede ayudar a facilitar la transición gradual hacia las relaciones heterosexuales y hacia el desarrollo del sentido de la identidad del papel sexual propio. Es también entonces cuando las amistades entre adolescentes son más vulnerables y tienden a romperse, precisamente por su gran intensidad. Comparativamente, hacia finales de la adolescencia aun las

amistades más sólidas tienden a ser más tranquilas, más homogéneas, menos exclusivas y más tolerantes.

Dentro de estas tendencias generales también pueden existir diferencias sexuales en las amistades del adolescente. Por ejemplo, las de las muchachas suelen ser un tanto más profundas, más abiertas, más interdependientes emocionalmente y más preocupadas por el apoyo y estímulo mutuos. Por su parte, los muchachos parecen desear tener un compañero con quien compartir un interés común, por lo cual resulta más probable que externamente sean más competitivos y tiendan a ofrecer menos demostraciones físicas de afecto, al menos en parte, debido a los tabúes sociales contra dichas expresiones entre los hombres en nuestra sociedad (Conger, 1980).

Tener amigos es un logro social significativo, un indicador de competencia social. No tener amigos lleva a los niños con frecuencia a las consultas de psicólogos. Sin embargo, poco se conoce de la formación de la amistad en los niños, de las vicisitudes de la amistad con la edad y de las características de los niños que tienen muchos amigos comparados con las de los que no los tienen. El abanico de estudios que han abordado el papel de la amistad en el desarrollo socioemocional permite sintetizar las siguientes funciones (Garaigordobil, 1993):

Los amigos proporcionan oportunidades para el aprendizaje de capacidades sociales

En la interacción con amigos, se amplían las técnicas destinadas a establecer y efectuar interacciones y relaciones sociales. Estas destrezas incluyen la disposición para comunicarse con éxito, la cual precisa de la aptitud para imaginarse a uno mismo en el papel de otra persona. Como observa Rubin (1981), estas interacciones pueden contribuir en gran medida al aprendizaje de muchas destrezas sociales incluyendo técnicas de estimulación de interacción en otros, de habilidad en el trato social y en la postura frente a los conflictos.

Durante los años de la adolescencia, los amigos son de vital importancia, a medida que los jóvenes inician la tarea de separarse de su familia, buscar sus propias identidades y, mientras llegan a esas metas, encontrar espíritus afines con las cuales puedan emprender el

viaje. Los amigos se dan mutuamente el apoyo emocional que necesitan los adolescentes, pero con frecuencia ya no acepten de sus padres. Según un punto de vista sociológico, las amistades de la adolescencia se forman cuando la falta de una gran comprensión de los límites para consigo mismo, permite volverse profundamente emocional y expresar el sentido más profundo del yo a otras personas que, teniendo las mismas vulnerabilidades, no se pueden considerar como agentes de un mundo hostil.

En muchos casos, estas amistades forjadas por necesidad mutua duran toda la vida. Las cualidades que los adolescentes buscan en un amigo son muy similares a las que se buscan en etapas posteriores de la vida. Así pues, las amistades de los adolescentes se pueden considerar como la piedra angular de los patrones de la amistad adulta.

Las relaciones de amistad facilitan comparaciones de índole social que conducen a la autoevaluación necesaria en la formación de la identidad

Las relaciones con los coetáneos ofrecen también un contexto en donde compararse con los demás. En opinión de Rubin (1981), los amigos proporcionan seguridad, medidas con las que compararse a uno mismo, compañeros de actividades que no las puede emprender uno solo, guías de lugares que no son familiares y aprendices que confirman el propio sentimiento de competencia y saber en vías de desarrollo. La comparación social es necesaria para que las personas lleguen a desarrollar un sentimiento válido de su propia identidad.

Como los compañeros desempeñan un papel muy importante en la vida de la mayor parte de los adolescentes, es probable que la aceptación social sea una preocupación imperiosa para casi todos ellos. Pocos adolescentes son inmunes a los efectos de la negligencia o del rechazo social. Solo unos cuantos individualistas persistentes, confiados en su propia identidad, pueden no necesitar, ni buscar, la aprobación de sus compañeros. No obstante, la mayoría de los jóvenes todavía juzgan su valor, en gran parte, en términos de la manera como otros reaccionan ante ellos y siguen dependiendo de la aprobación y aclamación de los demás.

Desafortunadamente, los adolescentes impopulares tienden a estar atrapados en un círculo vicioso. Si ya tienen dificultades emocionales, preocupaciones por su propia

personalidad y no tienen un concepto seguro de sí mismos, probablemente se enfrentarán al rechazo o indiferencia de sus compañeros, los cuales, a su vez, debilitan aún más la confianza que sienten por sí mismos, aumentando su sensación de aislamiento social. Sin considerar otros factores, es deseable que el adolescente sea aceptado socialmente por sus compañeros, en especial si dicha aceptación se basa en la ayuda mutua y en los intereses compartidos.

Las relaciones con los amigos permiten cubrir específicas necesidades afectivas

Los amigos cubren algunas necesidades en la vida de los niños (afecto, intimidad, confianza, realzar la valía del otro), mientras que la aceptación del grupo de compañeros sirve a otras necesidades (proveer el sentimiento de inclusión o pertenencia al grupo).

Distintos autores subrayan que la ausencia de amigos puede ser un riesgo para posteriores dificultades en el desarrollo social y emocional, habiéndose encontrado una relevante asociación entre amistad en la infancia y en la adolescencia y desarrollo cognitivo y de la personalidad. La amistad es indispensable en la vida del adolescente, pues sin ella quedarían sin desarrollar multitud de valores de orden intelectual, afectivo e incluso físico que la enriquecen grandemente (Riesgo y Pablo, 1983). La amistad alcanza la plenitud en la adolescencia, cuando el joven ha descubierto su propia identidad y con ella una serie de valores que lo empujan a hacer a los demás participar de sus vivencias. No sólo recibe, sino que también da, se da a sí mismo. Progresivamente languidece la pandilla preadolescente y se selecciona a los amigos confidentes. El adolescente busca en un amigo apoyo frente a la incomprensión de los padres y profesores, ya que comparte con él similares problemas. La amistad es un medio esencial para organizar un concepto de sí mismo más maduro.

Las amistades juveniles han sido exaltadas por los poetas, descritas por los novelistas y analizadas por los psicólogos. Si tales amistades son objeto de idealización se debe, en parte, a que son efímeras y también a que son ricas en contenidos complejos. Defensa del pasado, pero también tensión hacia el porvenir, hechas de narcisismo y de agradecimiento al otro. Estas amistades juegan un doble papel en el desarrollo de la personalidad, reforzando el yo, y en el proceso de socialización descubriendo el adolescente una relación posible con la alteridad. Es la primera vez que se establece una relación no

biológica y no institucional con el otro. El desarrollo de la empatía favorece la aparición de la amistad y la amistad estimula al tiempo la empatía.

En esta etapa se descubren la amistad y el amor teniendo ambos aspectos gran importancia. El adolescente desea encontrar la persona que le ayude, que le comprenda, que le ame. Busca un amigo para confiarle afectos, esperanzas y planes para apoyarse en él y contar con él. Es también la edad de los amoríos, de torrentes afectivos, sentimientos cambiantes que poco a poco se van apaciguando.

Una gran parte de la interacción social amistosa se produce con las personas del mismo sexo, y respecto al establecimiento de amistades y a las razones de elección de amigos, diversos estudios con adolescentes subrayan razones como: afinidad, interés común, similitud de actitudes, accesibilidad íntima y sinceridad recíproca.

A lo largo de los años adolescentes se estabilizan las relaciones de amistad. En la adolescencia temprana (11-13) la amistad descansa en la actividad común más que en la interacción misma. Al principio de la adolescencia, las amistades giran en torno a actividades e intereses compartidos más que al grado de compromiso psicológico. Durante la adolescencia media (14-16) se acentúa la seguridad, y lo que el adolescente necesita es un amigo fiel, digno de confianza. En esta etapa, llegan a adquirir más importancia las emociones compartidas, representadas por la sensibilidad, la empatía y por otros factores psicológicos. Durante esta etapa, el poseer una buena imagen y unas características de personalidad atractivas son ventajas para ser un miembro popular dentro del grupo de iguales. Para los chicos el poder realizar proezas atléticas constituye un complemento adicional. En la adolescencia tardía, desde los 17 años, se da paso a una experiencia más relajada de la amistad, se teme menos la pérdida o el abandono del amigo, quizá porque para entonces se han iniciado ya importantes relaciones heterosexuales. Con el paso del tiempo, las relaciones de amistad se hacen más pacíficas, menos tensas y conflictivas, no tan cargadas de celos. Al final de la adolescencia, se establece una forma de amistad relativamente más segura comienza a mitigarse el interés por las amistades con miembros del mismo sexo y en general, se produce un cambio hacia intereses más heterosexuales, incluyendo las amistades íntimas (Fierro, 1985; Hopkins, 1986).

CAPÍTULO II

DESARROLLO SOCIAL Y SOCIALIZACIÓN: LA ENTRADA A LA SOCIEDAD ADULTA

Entrar en el mundo de los adultos (deseado y temido) significa para el adolescente la pérdida definitiva de su condición de niño. Es un momento crucial en la vida del hombre y constituye la etapa decisiva de un proceso de desprendimiento que comenzó con el nacimiento.

Los cambios psicológicos que se producen en este periodo y que son el correlato de cambios corporales, llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo. Ello solo es posible si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo del niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia.

Cuando el adolescente se incluye en el mundo con este cuerpo ya maduro, la imagen que tiene de su cuerpo ha cambiado, también su identidad, y necesita entonces adquirir una ideología que la permita su adaptación al mundo y su acción para cambiarlo (Aberasturi y Knobel, 1988).

El proceso de socialización empieza muy temprano en la niñez cuando el niño aprende a conformarse a ciertas normas estructuradas por el grupo social familiar al que pertenece. Al continuar su desarrollo también aprende a conformarse a otras normas de grupo, a las reglas generales y a las regulaciones de la sociedad. Aprende a comunicarse con otros y la importancia de la cooperación con otros para lograr las diferentes metas. Sus acciones se dirigen hacia los patrones de conducta que le ganaran la aprobación social y aprende a evitar situaciones que puedan ser desaprobadas socialmente.

Al acercarse el niño a la adolescencia, siente la necesidad de liberarse lo más posible de las ligas familiares y a asociarse con individuos o grupos de su misma edad, y

durante esta etapa, generalmente con miembros de su mismo sexo. El grupo de iguales empieza ahora a establecer normas y ofrece al joven gran parte del sostén que éste deriva de su familia. Al entrar a la adolescencia, estos amigos desempeñan un papel de gran importancia en la formación de sus patrones de conducta social y en sus actitudes sociales. La manera en que lo trata el grupo y sus percepciones acerca de la manera que los miembros del grupo piensan que debería de comportarse para ser aceptado por ellos, son factores importantes en la formación de sus patrones de conducta social.

La importancia del desarrollo social durante la adolescencia se ve reforzada por el hecho de que muchos de los problemas que confronta el adolescente, son sociales. El joven debe aprender a ajustarse a las normas sociales de su cultura y a enfrentarse a nuevas situaciones que son mucho más complejas a aquellas a las que se vio enfrentado en su niñez. El retraso de la madurez social en relación con la madurez física es la causa principal de las dificultades del adolescente para enfrentarse con éxito a los problemas de su edad. El ajuste es particularmente difícil en una civilización compleja en la que se espera que el individuo desempeñe diversos papeles sociales.

El grado hasta el cual el período de la juventud actúa como un subsistema de la sociedad, es una influencia potencial socializante que puede estar en conflicto en puntos importantes con la sociedad adulta. También la importancia y la autosuficiencia de la sociedad de los adolescentes aumentarán. Cuando esto ocurra, muchos campos necesitarán ser mejor estudiados ya que los jóvenes buscarán nuevas metas e inventarán nuevas técnicas para lograrlas.

Debemos ser concientes, de que los patrones de desarrollo son extremadamente complejos y que los patrones individuales son la regla. Mientras que la comparación del adolescente con sus iguales es importante, con frecuencia debemos hacer nuestra evaluación final de la conducta, sobre la base de la actuación individual. El hecho de que el grupo de iguales aparentemente acepte a un cierto individuo, no es ninguna garantía de que el individuo esté bien ajustado socialmente y, a la inversa, si un adolescente no parece interactuar con el grupo de iguales, no podemos decir que esto sea evidencia de desajuste social.

La inserción en la sociedad adulta es el carácter definitorio más esencial de la adolescencia y la tarea principal que los adolescentes tienen que afrontar. Por ello su

importancia no puede infravalorarse.

Una tarea central del adolescente radica en construir un sistema coherente de acción y pensamiento, en el cual proyectar toda su existencia. Se trata, en último término, de elegir modos de pensar y actuar que cristalicen en una forma de vivir. Si en el plano racional el camino hacia la madurez supone el abandono parcial de objetivos ideales y el peso creciente de elementos realistas, en el área de lo moral el ideal se va concretando en la construcción de un código personal de convicciones formando la conciencia personal, en un intento de fundir armónicamente las estructuras intelectuales y afectivas en el flujo real de la conducta responsable (Powell, 1985).

Pero ¿cómo dotarse de tal sistema coherente de normas? ¿de qué modelos aprender a comportarse?

Hasta los 11 años, los padres han sido ese punto de referencia, consecuencia lógica de la función de cobijo que ha ejercido la familia. El padre deja de ser su ideal imitable para el muchacho al cruzar la pubertad. La chica es más variable en la fidelidad al modelo materno. Otros parientes o conocidos pueden suceder a los paradigmas paternos. El acceso a diversos ámbitos sociales (el grupo, la escuela, etc.) da la ocasión para asumir modelos distantes de la familia. Así lo expresa esta significativa descripción que hemos recogido.

Todos los de la clase admirábamos a un profesor. No se puede decir que fuera blando con nosotros. Por el contrario, nos reprendía, era exigente y hasta algo distante. Pero nos parecía el modelo que debíamos imitar. Era moderno, independiente, sensible, elegante. Sobre todo envidiábamos su actitud libre emancipada, nada parecida a la de otros. Lo imitábamos, y aceptábamos, incluso que nos regañara, con tal que nos prestara atención.

Mediada la adolescencia los ideales, sobre todo de quienes siguen los estudios medios, son eclécticos, tomados de personajes heterogéneos, y a menudo compuestos de retazos tomados de aquí y allá, de la vida real, de la historia o de la ficción. A los 14 años; persigue la certidumbre de que es él quien elige una conducta y por motivos convincentes, sean más o menos racionales. El grupo de amigos será un marco de referencia bastante generalizado y con gran influencia en la vida del adolescente. Con frecuencia, la opinión del grupo puede plantearse como contrapuesta a la familiar, lo cual generará serios conflictos. No obstante, el grupo social medio de adolescentes no abandona las prohibiciones básicas que los padres les han impuesto de niños.

También los héroes, artistas y personajes de moda van aportando elementos configuradores de ese ideal, no sin mediar la actividad individual que recompone y da coherencia a la amalgama de datos propuestos. Ejercen especial fascinación las grandes empresas, los ideales magníficos, los proyectos grandiosos. Pero esta búsqueda anhelante de ideales y modelos a que ajustar la conducta no excluye un acentuado sentido crítico: la personalización de la vida moral supone no cumplir las normas de forma mimética sino a través del tamiz de la comprensión y fundamentación racionales. La moralidad, en fase de interiorización, no está ya regida por normas impuestas y se aparta en forma progresiva de los comportamientos masivos y convencionales. Esta es la dirección que ha de tomar la educación del sentido moral: desarrollar la conciencia del sujeto como único determinante decisorio de la conducta. De la autoridad se puede huir, pero no se puede huir de la conciencia que se siente implicada en el cumplimiento de las normas morales. Por otra parte, los patrones colectivos de conducta pueden relajarse arrastrando al sujeto a comportamientos masivos e irresponsables. Cuanto menos afecto suscitan las normas colectivas tanto más se necesita apelar a las convicciones personales y a la responsabilidad del sujeto (Secadas, 1985).

En muchas sociedades tradicionales todos los cambios de estatus social dentro de la comunidad van acompañados de rituales, a veces muy complejos, que resaltan simbólicamente ese tránsito, tanto para el que cambia como para el resto de la comunidad. El nacimiento, la primera dentición, la adolescencia y la entrada en la sociedad adulta, el matrimonio, el acceso a un estatus determinado o la muerte, van acompañados de ritos que refuerzan el sentimiento de unión entre los miembros del grupo y la conciencia social. Esas sociedades se suelen caracterizar porque la vida social está muy reglamentada, las costumbres -que se remontan a épocas lejanas- se cumplen rigurosamente y el no cumplirlas es reprobado o sancionado fuertemente. Eso hace que las normas sociales determinen el curso de la vida de cada individuo de una manera bastante precisa, y se deja poco espacio para la ambigüedad, para elegir por sí mismo. Al mismo tiempo el sentimiento de participación y de vinculación del individuo con la comunidad es muy intenso y el individuo es menos individuo que en las sociedades occidentales.

Uno de los tránsitos fundamentales es la incorporación a la sociedad de los adultos, y hay que distinguir la pubertad física de la pubertad social, que es lo que podemos

denominar adolescencia. Es ésta, y no los cambios físicos, la que se señala mediante los ritos de paso, que suelen incluir ofrendas, aislamiento y mutilaciones o marcas corporales que ponen de manifiesto hacia el exterior el nuevo estatus. Aunque las variaciones entre unas culturas y otras son grandes, sin embargo, se tiende a marcar siempre en esos ritos de paso el corte con la vida anterior, el dejar de ser niño o niña, para convertirse en adulto.

La inserción en el mundo de los adultos no es simplemente algo que el adolescente viva, sino también la perciben los adultos. Pero para ambos en nuestras sociedades se produce una situación de ambivalencia. La familia percibe los cambios que se producen en el joven, pero se le trata de una manera ambigua, ya que por una parte se le exige más que a los niños y se le pide que contraiga más responsabilidades, pero por otra se le sigue considerando inmaduro e inexperto. La posición social es muy poco clara, porque ahora los niños y adolescentes tienen acceso más temprano a muchas cosas, entre ellas consumir y disponer de dinero, pero al mismo tiempo la adolescencia se prolonga ya que los jóvenes continúan estudiando durante muchos más años y actualmente acceden mucho más tarde al trabajo y además el desempleo juvenil es especialmente alto. Desde el punto de vista del adolescente también se producen muchas ambivalencias y frecuentemente tratan de comportarse como adultos en cuestiones en las que no lo son, sin lograr ver sus limitaciones.

Al no estar bien regulado el paso a la vida adulta, los mayores mantienen una resistencia real a la incorporación de los jóvenes. La sociedad está determinada por las generaciones anteriores, que son las que han establecido las instituciones, las que controlan el poder político, la actividad económica y las que han fijado lo que se enseña en la escuela. Pero al mismo tiempo, no todas las generaciones son idénticas porque éstas dependen no sólo de la clase social, sino también del momento histórico, cosa que ha sido señalada por los psicólogos.

De hecho existe una prolongación de la adolescencia cada vez mayor intentando mantener a los jóvenes fuera del aparato productivo al no existir necesidades perentorias de mano de obra y por otras causas que son muy complejas entre las que podría contarse también las dificultades de la formación, la mayor acumulación de conocimientos que se ha producido y que se supone que el joven tiene que conocer. Pero podemos pensar que el factor determinante es la no necesidad del trabajo de los jóvenes. Así pues, el joven tiene

que arrancar a los adultos una parte de su poder que éstos no van a ceder de buen grado. Es interesante examinar aquí las diferencias en el empleo entre los jóvenes y los adultos y cómo aquellos deben luchar por conseguir un trabajo. Pero el fenómeno existe siempre, y el nivel de empleo de los jóvenes que buscan su primer trabajo es siempre mucho menor que el de los adultos. Se produce aquí un círculo vicioso desesperante para el joven, y es que no tiene experiencia de trabajo porque no ha trabajado y eso dificulta que obtenga un puesto, pero al no obtenerlo no puede lograr esa experiencia que se le está exigiendo.

Puede decirse, que los adultos ven con preocupación la llegada de individuos nuevos en un plano de igualdad, y tienen miedo de verse relegados por ellos. Esto provoca un rechazo por parte de los adultos que procuran mantener a los nuevos en una situación de subordinación. Pero éstos quieren conseguir un lugar semejante al de los adultos para lo cual rechazan y ponen en duda el liderazgo y el mundo de los adultos, incluso la organización social en su conjunto. Se establecen formas de asociación entre los nuevos que tienen que constituir su identidad en la pugna con los adultos intentando negarlos, y al mismo tiempo pareciéndose a ellos.

Por eso la adolescencia es una etapa de inconformismo a la que frecuentemente sucede una etapa de integración, cuando ya se ha conseguido el lugar al que se aspiraba, olvidando las ansias renovadoras que se tenían anteriormente. Pero esto constituye un factor importante de la dinámica del cambio social, produciéndose ciertas modificaciones, pero lo suficientemente ligeras como para no poner en peligro la estructura social. Finalmente, los nuevos individuos se van a hacer muy parecidos a los anteriores y van a olvidar buena parte de sus deseos de cambio. Esto lo hemos vivido de una manera particularmente clara en nuestra sociedad, tras una situación de estancamiento artificial producida durante muchos años por la forma de gobierno. Los que habían sido jóvenes opositores al sistema, han ido escalando posiciones en la esfera social y olvidando sus objetivos iniciales intentando adaptarlos a lo que llaman una posición realista que es el mantenimiento de lo que existe y provocándose nuevamente una ruptura con los elementos más jóvenes.

Los jóvenes tienden también a rechazar a la familia; pueden ver a sus padres como anticuados y viejos. La idealización de los padres que existe en la infancia, y que resulta beneficiosa para el niño, es sustituida por una visión mucho más crítica en un movimiento

pendular. Por una parte se ve a los padres de una manera más realista, al haberse aumentado el conocimiento social y disponerse de muchos más referentes. Pero además la crítica se exagera, para poder lograr un distanciamiento, que con el tiempo irá desapareciendo cuando llega el momento en que las relaciones pueden establecerse en un plano de mayor igualdad. Por ello la adolescencia es un período difícil, no sólo para los jóvenes, sino también para los padres, que tienen que resistir las oposiciones y los desplantes, desde su punto de vista gratuitos, de sus hijos. Sin embargo, pese a su aparente oposición e independencia, los adolescentes necesitan mucho el apoyo y la comprensión de la familia, que tienen que producirse de una manera sutil, pues de otro modo daría lugar a un rechazo mayor. Las buenas relaciones con la familia pueden contribuir mucho a que la transición adolescente se haga con una mayor suavidad. Posiblemente el tipo de apego que se estableció en la infancia y la mayor confianza en uno mismo y en los afectos que logran los que han tenido un apego seguro, tengan una influencia en como supere la adolescencia (Delval, 1994).

Cuando la adolescencia ha concluido, el carácter del joven adulto guarda las marcas de las luchas interiores que ha experimentado. El joven en proceso de cambio no ha sido un recapitulador pasivo de la primera infancia, sino un activo revisor. Sus estrategias, sus pérdidas, sus derrotas, sus triunfos y sus nuevas soluciones dejan sus huellas en la estructura adulta.

2.1 EL ADOLESCENTE Y LA CULTURA

En muchas ocasiones, en vez de considerar principalmente al adolescente en términos de sus propios atributos inherentes, se prefiere buscar en la cultura actual una explicación para la conducta y las actitudes del joven. Entonces se intentan relacionar esto con los aspectos inherentes de un ser adolescente, pero el enfoque se hace en general desde el exterior. Por supuesto, a la larga, la atención se debe enfocar hacia el adolescente mismo. Para obtener una comprensión significativa del impacto que tiene la sociedad sobre el adolescente, es necesario conocer algo de la naturaleza del joven como persona, a fin de juzgar lo que puedan ser los resultados conductuales de las influencias de la cultura. Si no se puede entender al adolescente fuera de la cultura en la que vive, tampoco podrá

entenderse el impacto de la cultura sin un estudio previo de las bases psicológicas de la conducta juvenil. Es necesario considerar el probable impacto de la cultura sobre el funcionamiento de un ser humano durante sus años de adolescencia.

El adolescente es un producto de su cultura. Así sus acciones y pensamientos reflejan la cultura tal y como él la ha experimentado, directa o indirectamente. En consecuencia, se considera que la estructura cultural, aparte de los aspectos de maduración física, moldean las percepciones del adolescente y determinan la naturaleza de los problemas a los que se enfrenta. Una cultura puede producir muchos problemas, o puede ser particularmente facilitativa. Por esto es necesario entender la cultura a fin de comprender a sus productos. Una gran parte de la generalización sobre la adolescencia están vinculadas con la cultura: para analizar e interpretar a la adolescencia en una cultura, esas generalizaciones se deben apoyar en la cultura.

La sociedad y sus cambios históricos

Considérese las estructuras de cada cultura en especial la nuestra para ver si es posible identificar algunos aspectos que en potencia sean productores de problemas en lo que concierne a los adolescentes. Este examen no presupone que las áreas identificadas produzcan por necesidad problemas insalvables para los niños de una forma u otra; tan solo presentan situaciones culturales que son parte de la vida de los adolescentes, y que producen los problemas y las fuentes de estrés características del medio en que los jóvenes se desarrollan.

Para considerar la organización y la estructura de una cultura, son convenientes las categorías generales de conducta social, valores y actitudes morales, comunicación, economía, política y tecnología. Estos se consideran, en forma descriptiva, en términos de tendencias principales para buscar en especial los cambios más importantes en el desarrollo. Es de particular significación la percepción y evaluación que la cultura tenga de sí misma y de los conceptos de sus objetivos y sus probabilidades de consecución.

Los cambios tecnológicos y sociales no son los únicos que deben considerarse, como el ambiente donde se desarrolla un niño también depende de la historia, el impacto de

la cultura sobre los adolescentes debe evaluarse en comparación con las características de la época.

El adolescente es en esencia activista, y un activista con mucha energía física e impulso. Es un gran sostenedor de valores y es reacio a tolerar la desviación de esos valores en cualquier persona. Tiende a diferenciar en forma categórica lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido. Sus distinciones están muy bien marcadas, y no dejan un terreno medio. Por encima de todo es impaciente. Todo esto lo convierte en el revolucionario ideal. La perspectiva del martirio, o incluso de su realidad, le parece atractivo, y está dispuesto a defender causas que considere suyas y en las que se sienta personalmente involucrado. A esto se agrega el hecho de que él es una figura minoritaria y se considera a sí mismo como dominado por los adultos y apartado de las cosas y decisiones importantes de la vida. Por lo general su percepción es bastante acertada, no obstante, paradójicamente, el mundo adulto, al adoptar un culto hacia la juventud, coloca a los jóvenes en un pedestal y se denigra a sí mismo.

Los jóvenes pueden ser activistas y sumamente reactivos a su entorno; aunque los jóvenes son capaces de la acción positiva y de un ajuste, también son vulnerables a varias formas de conducta desviada. En la educación de los adolescentes es un problema canalizar en una forma aceptable las energías y actividades de los jóvenes en direcciones que tengan un mayor valor personal, percibido para ellos en el presente y en el futuro. Sin embargo, la canalización deberá ser de tal naturaleza que le produzca los beneficios máximos a la nación, así como a la sociedad en general. Los adultos cometen un error cuando olvidan en la crianza de los niños que los adolescentes de hoy serán los adultos que controlen el mundo. Si la educación del niño no se ha hecho bien, a la larga la sociedad sufrirá, si acaso puede sobrevivir de una forma civilizada. La responsabilidad de las personas encargadas de educar a la juventud salta a la vista. Es una labor que no puede ignorarse, ya que las consecuencias del fracaso conducirán al hombre del futuro por senderos errados e infelices (Horrocks, 1990).

La sociedad debe cuidar de sí misma, los jóvenes absorben los valores de la cultura y reflejan en su conducta las actitudes culturales. Los adolescentes son un prototipo del mundo adulto en el que viven.

El problema fundamental en el desarrollo del adolescente dentro de la cultura moderna consiste en que la misma cultura, en sus actitudes y conductas reales es, en sí misma adolescente. Por lo tanto, tenemos un caso en el cual los inmaduros guían a los inmaduros. En la civilización occidental, la actitud de juego del adolescente hacia la vida se ha convertido en un aspecto permanente de toda la cultura. La actitud de juego del adolescente se caracteriza por: a) falta de dignidad personal, b) falta de un sentido del decoro, c) falta de respeto por las opiniones de otros, d) concentración excesiva de sí mismo, e) debilitamiento de la habilidad de juicio y crítica, y f) una actitud poco seria hacia la vida. La confusión del juego y la seriedad es uno de los aspectos más importantes en los trastornos de nuestra época (Garaigordobil, 2000).

La adolescencia más que nada es un proceso social cuyo principal resultado es la formación de la identificación clara y estable de sí mismo, la tendencia de la cultura occidental es la antítesis de lo que le permitiría a un niño lograr una identificación de sí mismo y entenderse. La cultura hostil a la claridad y a la intensidad, impide la formación de cualquier fidelidad de la imagen de sí mismo. Los adultos poseen una hostilidad interna contra la juventud, que se refleja en su conducta. Los adolescentes que se enfrentan a la leve ambigüedad de la cultura y a la hostilidad adulta encubierta sólo pueden conformarse o rebelarse, pero cualquier camino conduce a los problemas emocionales, y ocasiona que la adolescencia sea más difícil, más peligrosa y más problemática para el adolescente así como para cualquier otra persona. Esta influencia hipotetizada de la cultura: “hace a la adolescencia más extraña. Muy pocos jóvenes se aventuran en realidad a experimentarla; meramente entran a la pubertad y simulan madurez”. La conclusión es que “la adolescencia como proceso de desarrollo, comienza a volverse anacrónica, y la cultura le niega al individuo en desarrollo la integración personal determinante de la madurez, que es el resultado del conflicto entre un ser humano en crecimiento y su sociedad.

En nuestra sociedad los valores se encuentran en transformación, algunos mejoran y otros empeoran. Esos valores en transformación de la sociedad constituyen la fuente de desajustes de inquietudes adolescentes. Se considera que tales cambios crean condiciones que pueden dar lugar no sólo al desajuste sino a la resistencia evidente y, en algunos períodos de la historia, a la rebelión abierta. El rápido cambio social, que conduce a una falta de convicciones acerca de los valores en la sociedad, ha dificultado el papel de los

padres. Entre los problemas a los que se enfrenta el adolescente actual, en su proceso de socialización, se cuentan los siguientes: a) dificultades para aceptar retos, b) devoción a las actividades que no requieren de un esfuerzo competitivo, c) retiradas regresivas dentro de sí mismo, y d) escape mediante drogas.

Las reacciones típicas durante la adolescencia son grandemente exacerbadas por la falta de estabilidad en los valores sociales. Se observan dos tipos de crisis: a) cuando los ideales convencionales familiares entran en conflicto con las exigencias del cambio, y b) cuando los ideales personales de reciente desarrollo entran en conflicto con las realidades de una sociedad competitiva. Los conflictos pueden ser tan graves que existe la posibilidad de desintegración psicótica, a no ser que se logre una adaptación gradual a la realidad social. Por ello existe la posibilidad de que el adolescente adopte un conjunto de ideales basados en la rebelión y en el rechazo.

Es importante examinar los papeles actuales y cambiantes de la escuela, la familia, y el lugar de trabajo en el desarrollo de los adolescentes para convertirse en adultos jóvenes. Debido a los cambios en esas instituciones, a los adolescentes se les aparta de la responsabilidad, se les mantiene en un status dependiente, y se les aleja del trabajo productivo: todo lo cual provoca que su transición a la vida adulta sea un proceso difícil y problemático. Es necesario que se les proporcione a los adolescentes una variedad de capacidades, de modo que puedan hacer la transición a la edad adulta en forma más efectiva. Es recomendable que la escuela sólo se limite a la enseñanza de habilidades intelectuales, bajo la premisa de que las demás habilidades pueden aprenderse con mayor efectividad mediante la participación activa en las instituciones ocupacionales de la sociedad.

Enajenación

La enajenación es un síndrome que consiste en actitudes de egocentrismo, desconfianza, pesimismo, ansiedad, falta de significado, impotencia y excepción a la norma. Es un estado de extrañamiento entre el sí mismo y el mundo objetivo, o entre diferentes partes de la personalidad. Representa el rompimiento del sentido individual de vínculo con la sociedad. La persona enajenada se siente sola, aislada, despreciada, no

amada y no valorada. La adaptación social y las actitudes sociales así como las actitudes de sí mismo, son un reflejo de la integración, o de la carencia de ésta por parte del individuo con los papeles y las costumbres de la sociedad.

La enajenación es un estado inevitable y necesario durante la adolescencia, que en la mayoría de los casos puede resolverse tan pronto como se alcance la edad adulta. Se entiende como un proceso mental mediante el cual se obtiene una distancia psíquica y física esencial hacia los padres. El adolescente utiliza la enajenación en este sentido como una defensa de las relaciones del pasado que ya no son propias en el mundo que concibe ahora. Por lo tanto, a medida que un niño atraviesa la adolescencia, necesita establecer un nuevo orden de cosas al abandonar sus relaciones infantiles con sus padres y la sociedad.

La enajenación es el resultado de la época en que vivimos, el adolescente representa algunas de las desilusiones y frustraciones esenciales que sus padres y otros adultos experimentan en sus intentos por acoplarse a la cultura. La enajenación adolescente de la sociedad, los coetáneos y sus propios afectos es resultado de un gran déficit en valores familiares, un déficit que tan solo refleja los valores más generales de la sociedad. El déficit adopta la forma de prácticas de crianza infantil que carecen de énfasis en las relaciones personales estrechas con los padres u otros niños en una relación de persona a persona.

Normalidad y desviación

Los científicos sociales basan su interpretación del adolescente moderno en dos enclaves conspicuos pero atípicos de la adolescencia, sacados de extremos opuestos de la escala de la clase social, y que representan soluciones excepcionales para la crisis adolescente. Se cree que la mayoría de los adolescentes tienen un estatus más benigno y que no encaja en ninguno de estos dos extremos. A uno de los extremos se le denomina el de la víctima visionaria y es aquel que se distingue por una pureza de visión moral que le permite percibir o estipular la sencillez moral que oculta la complicación adulta, mientras que al mismo tiempo es una víctima de la corrupción adulta, rechazado, explotado y traicionado por los adultos que están demasiados ocupados para preocuparse por él. Al antitipo en el otro extremo se le denomina el victimario y se conceptualiza como aquél que es cruel, siniestro y amoral. Estos dos extremos han aparecido porque el adolescente ha

venido a ocupar un lugar particularmente especial en el pensamiento y en la sensibilidad de nuestra sociedad.

El joven no recurre a la conducta problemática inadaptada, a la delincuencia, la vida bohemia la enajenación o algún otro extremo tan sólo porque tenga un problema o encuentre dificultades para enfrentarse al mundo y a sí mismo. Algunos adolescentes han aprendido a resistir o a sublimar, otros se acoplan y funcionan con efectividad dentro de ciertos parámetros, algunos obran con disimulo, y otros incluso han abrazado la cultura ansiosamente y se han sentido a tono con sus objetivos. Por supuesto, algunos jóvenes se las han arreglado para evitar la conducta problemática manifiesta interiorizando sus tensiones y de hecho se han alimentado emocionalmente de sí mismos. Esta internalización puede dar lugar tarde o temprano a la aparición de síntomas neuróticos o psicóticos, este tipo de niños pueden tener una mayor necesidad de ayuda que los niños agresivos.

Casi todos los jóvenes que se enfrentan y pasan por el periodo de la adolescencia muestran de vez en cuando inquietud, impaciencia, tensión o conductas inapropiadas. Muchos muestran diversos niveles de dificultad al acoplarse con el medio, pero tienen mucho que aprender de sí mismos y del mundo, y el aprendizaje no es fácil.

A las causas de la tensión adolescente se les ha descrito en el sentido de que consisten en una falta de comprensión entre los adolescentes y sus padres, énfasis excesivo sobre el rendimiento, falta de realismo en los adolescentes, la ambigüedad de sus estatus, la corrupción y falta de claridad de la sociedad y los problemas que plantea un mundo técnico agobiado por la crisis. Pero encima de todo, la dificultad fundamental parece ser un conflicto entre las generaciones. Los puntos principales de este conflicto incluyen los cambios de las épocas, las diferencias físicas intrínsecas, los conceptos adultos de los que deberá hacerse, las prácticas educativas, la envidia que les tienen los adultos a los jóvenes y el plagio que hacen del estilo de vida de estos últimos, así como la construcción y dirección que llevan a cabo los adultos de un mundo que los adolescentes sienten que no es el suyo y que a menudo consideran mal dirigido. Los estereotipos adultos gobiernan una gran parte de la interacción entre el adulto y el adolescente, y como la mayoría de los estereotipos no son por completo verdaderos, este resultado no mejora las relaciones intergeneracionales (Horrocks, 1990).

Expectativas culturales

Al considerar la afiliación de camaradería y la supremacía del grupo de coetáneos, es necesario reconocer la importancia de la afiliación de grupo y del, ajuste interpersonal en la cultura. Los padres se preocupan si los niños no muestran la participación y el ajuste social, y las escuelas se interesan por la participación y aceptación de grupo hasta el grado de mencionarlo en las tarjetas de calificaciones. Tal acondicionamiento para creer en la importancia de las relaciones sociales convence a la mayoría de los adolescentes y jóvenes de la necesidad real de estar a tono con el grupo de coetáneos, y muchos de ellos van mas lejos a fin de afirmar el valor de sus relaciones sociales.

Por lo tanto, la actitud de los adultos fomenta los sentimientos adolescentes respecto a que el grupo de coetáneos es importante, pero igualmente importante es el hecho de que los adultos también han identificado y expresado la idea de que el grupo de coetáneos constituye una identidad separada y potente en la cultura. Nuestra cultura les confiere una gran atención a la existencia corporativa de los jóvenes. En los periódicos incluso hay secciones sobre que piensan los adolescentes. Todo esto tiende a identificar al adolescente, ante sí mismo y ante los adultos, como miembro de una clase especial, y a colocarlo como algo distinto que merece atención especial como clase. No obstante, este reconocimiento, aunque concibe a los adolescentes como algo distinto de los niños, tampoco los considera como miembros cabales de la comunidad adulta. En realidad, les brinda una causa y ofrece al grupo de coetáneos como un punto central de solidaridad para la expresión y el refuerzo mutuo de ellos mismos como entidad, con la consecuente formación de una subcultura adolescente.

El adolescente se ve apartado del resto de la sociedad, impulsado hacia su propia edad. Con sus compañeros llega a constituir una pequeña sociedad, en la cual la mayor parte de las interacciones importantes ocurren dentro de ella misma, y sólo mantiene unas pocas conexiones con la sociedad externa. Esa pertenencia a un grupo y la referencia subcultural provocan que el adolescente busque metas dentro de la subcultura de sus coetáneos, incluso bajo el peligro de rechazo social por parte de los adultos. La cultura juvenil es una subcultura genuinamente independiente que les proporciona a los adolescentes su propia visión del mundo, estilos de vida y estándares morales. Para

entender a la subcultura adolescente es necesario comenzar por preguntar que significado tienen las normas de grupos de coetáneos para los adolescentes.

No importa a qué grupo pertenezca un adolescente (o incluso si es un "solitario") siempre tiende a identificarse más con otro de su misma edad sin tener en cuenta el origen o los intereses, que con otras personas mayores o menores que él. Se ven como parte de un grupo; piensan que dicho grupo es mejor que cualquier otro y lo definen estrictamente por la edad, tomando en serio la frase que dice: "No confíes en nadie que pase de los treinta".

Los adolescentes piensan que la edad es el criterio más importante para la unión. Tienden a identificarse con otros de su misma edad, más que con personas de su misma raza, religión, comunidad o sexo. Esto puede deberse al hecho de que creen que la mayoría de los otros adolescentes de su país comparten sus valores personales y que los mayores no. Puesto que están convencidos de que sus valores son superiores, ellos mismos se han encargado de levantar un muro entre las generaciones. Al compararse con personas entre los cuarenta y los sesenta años de edad, los adolescentes tienden a considerarse más idealistas, menos materialistas, más sanos en sexualidad y más capaces de comprender la amistad y las cosas importantes de la vida. Tal vez la gente joven siempre ha pensado así, pero en otros países u otras épocas, cuando la sociedad veneraba la sabiduría de la vejez, los jóvenes seguían tácitamente a sus mayores, con la opinión de que sólo al llegar a la edad adulta se lograba tener una verdadera comprensión de la vida. En nuestros días, cuando es a la juventud a quien se venera en nuestra sociedad, muchos jóvenes tienden a pensar que, tienen que aprender poco de sus mayores. Lo que sus iguales puedan enseñarles parece tener mucho más valor y, por este motivo, pasan gran parte del tiempo con personas de su misma edad.

2.2 LA ESTRUCTURA DE LAS CLASES Y LA SOCIALIZACIÓN

Aunque nuestra sociedad funciona dentro de un marco de referencia democrático basado en un concepto de igualdad para todos, no se puede negar la presencia de una estructura social de clases. Las diferencias entre los diferentes grupos, que por lo general son definidos como niveles socioeconómicos, son apreciables. Las descripciones de clases sociales varían de un investigador a otro. Algunos han establecido una escala de categorías

de nueve puntos, que va desde la clase baja-baja hasta la clase alta-alta. Para nuestros propósitos usaremos solamente una categoría de tres puntos, alta, media y baja, basada principalmente en el nivel socioeconómico de los individuos de grupo. Veremos que la conducta social esta relacionada funcionalmente a la posición dentro de la estructura social estratificada.

La conciencia de pertenencia de clase en los adolescentes se acerca mucho a la de los adultos, tanto en distribución como con relación a la estratificación ocupacional. En general, la identificación de los jóvenes con las clases, tiende a ser desplazada más hacia la clase media alta que a la de los adultos. Los adolescentes mayores se conforman más íntimamente a los adultos, identificándose con las clases trabajadora y baja, que indica una relación importante entre la madurez y la conciencia de clase. El conocimiento acerca de la clase social se transmite de generación en generación con sorprendente conciencia. La manera de ver el sistema estratificado está relacionado con las aspiraciones de los adolescentes hacia un mejor status social.

La afiliación en grupos organizados y la función de varios individuos dentro de esos grupos son influidos por el hecho de pertenecer a diferentes clases sociales. Esta diferencia de clases tiene efecto sobre los patrones sociales en el desarrollo de los adolescentes. Los que provienen de familias “bien”, por lo general encuentran más fácil ajustarse con éxito a la sociedad, que los de familias “del otro lado de las vías”. Es más fácil empezar desde arriba del patrón social que buscar el ascenso. Al ampliar su gama de experiencias ambientales y al tratar de integrarse más a la sociedad total, el adolescente cobra mayor conciencia de estas diferencias.

El adolescente se encuentra, casi por sorpresa, con una auténtica avalancha de prohibiciones, de presiones variadas, de sanciones amenazadoras. Antes no existían porque las demandas y apetencias actuales no estaban planteadas. La actitud de la sociedad no hace mucho por aclararle su situación en el marco social ni las funciones que debe cumplir.

Siempre que se está preparando algún cambio social, el joven se da cuenta que la generación adulta le ofrece pocas soluciones definidas aceptables para la forma de lograr el cambio. Mientras el período adolescente sea una larga etapa entre la niñez y la edad adulta, con procedimientos confusos e insatisfactorios para progresar hacia la condición y responsabilidad adultas, seguirá constituyendo un dilema para el individuo.

Muchos autores remarcan la falta, en nuestra sociedad, de un período de aprendizaje que, en otras sociedades, viene dado por los ritos de iniciación. Estos, sin duda, otorgan al adolescente una seguridad de status, dato importante para neutralizar las múltiples agitaciones de un período nuevo. Pero cuanto más crece la cultura, más largo habrá de ser el período de adaptación. De ahí el carácter psicológico de la adolescencia y de ahí también su complejidad, tan inevitable como la cultura misma. Los cambios que, en todos los órdenes, experimenta, hacen al adolescente objetivarse, considerarse a sí mismo como problema. De ahí el proceso de interioridad tan característico. Es precisamente esta situación un aspecto central de la adolescencia: la necesidad de asumir la propia identidad, sentirse uno mismo, distinto de los demás.

Entre un mundo que desaparece y un mundo que no es aún, él está ahí, y no sabe ya ni quién es, ni dónde se halla. Se siente diferente tanto del que ha sido como de los que le rodean, cuya incompreensión le empuja a replegarse en sí mismo. En la lucha por su reaprobación personal adquieren primordial importancia dos polos entre los que se debate el adolescente: dependencia y emancipación. Naturalmente, la marcha hacia la autonomía se halla seriamente trabado por múltiples obstáculos: unos basados en la propia realidad objetiva del joven –dependencia económica, normas sociales-; otros derivados de la confusión en que está sumido.

En nuestra cultura los adolescentes deben cubrir, al menos, tres etapas: a) liberarse de la dependencia de la autoridad y protección paternas, aprendiendo a pensar y razonar como seres adultos y racionales; b) efectuar la transición de los intereses de grupo a una adaptación heterosexual equilibrada; y c) ajustarse a sus propias aptitudes y limitaciones (Secadas, 1984)

Sabemos a ciencia cierta que el grado de emancipación que el joven logre durante la adolescencia, tendrá una influencia decisiva en la que logre de adulto. Si no obtiene ninguna independencia a este nivel, puede quedarse dependiendo de su ambiente hogareño durante la mayor parte de su vida.

El adolescente necesita un nuevo marco social, en el que vivir y al que referirse. El grupo será el instrumento adecuado.

2.3 LA CONDUCTA SOCIAL DEL ADOLESCENTE EN LA SOCIEDAD ADULTA

Por lo normal un adolescente tiende a atribuirles una gran importancia a las actitudes y opiniones de otras personas, en especial a las que tienen su propia edad. La adolescencia es una época de interés creciente y urgente por las personas del sexo opuesto, como personas y como organismo biológico. Es una época en la que se buscan un papel social apropiado y relaciones sociales satisfactorias que concuerden con los conceptos de sí mismo. Por encima de todo, es una época en que el ajuste personal, presente y futuro, se relaciona estrechamente con el éxito social y con la habilidad para desempeñar el papel social que el individuo desea.

Las complicaciones a las que se enfrenta el adolescente en su vida social son diversas. Ha pasado recientemente por etapas de desarrollo social durante las cuales su papel personal aceptado y el papel que otros esperan de él eran muy diferentes del papel que debe desempeñar ahora. Es un individuo sin experiencia, de hecho todavía un niño, que se encuentra a sí mismo en lo que le parece un mundo adulto de rápida expansión. Siente que tiene nuevos impulsos físicos, un nuevo crecimiento físico, nuevos intereses y valores, y nuevos conceptos de sí mismo. Descubre, de forma inconsciente, que les ha dado la espalda a muchas cosas que solían tener importancia para él. El proceso de crecimiento es extraño y difícil, en especial por las relaciones que provoca con otras personas, contemporáneos o adultos. El adolescente debe emerger al final de sus exploraciones sociales, en particular de aquellas en que sus coetáneos están implicados, con actitudes, estándares y habilidades sociales maduras y adecuadas para que logre obtener un grado de ajuste social como adulto (Argyle, 1994).

La ampliación de las relaciones sociales

Los adolescentes entre ellos mismos, por lo menos, aunque no por necesidad en sus relaciones con otros, son más sensibles, más discernidores, y más involucrados personalmente con la otra persona; de hecho, son más tiernos en sus relaciones interpersonales. Tres o tal vez cuatro cosas parecen haber sucedido en su transición a la

adolescencia. En primer lugar está el advenimiento de la pubertad y la diferencia emocional que trae consigo la interpolación de la motivación sexual, no tan sólo en las relaciones con el mismo sexo sino también en las intersexuales. En segundo lugar se cuenta una nueva habilidad para contemplar al mundo en términos más teóricos e hipotéticos a medida que los jóvenes llegan a la etapa del razonamiento formal. En tercer lugar, si en la preadolescencia el niño aprendía las reglas del juego del intercambio social con poca referencia a sí mismo, en la adolescencia mira hacia su interior; comienza a considerarse a sí mismo como una persona con un interés correspondiente por otras que lo impelen a ver lo que son como personas. Y en cuarto lugar, se han adquirido las reglas básicas de la conducta y la manipulación interpersonal, y uno puede desempeñar el juego social en forma automática sin tener que referirse constantemente a las reglas básicas o aprenderlas. Por supuesto, queda por alcanzar la sutileza. Pero todo esto no implica que las relaciones sociales del adolescente se asemejen a un tipo de jardín del edén.

La jungla aún esta allí (la competencia, la denigración de otras personas, la crueldad ocasional o la desatención), pero hay una diferencia, aunque no esté presente en forma constante. Tal vez la jungla se ha vuelto más humana, más caritativa, y el hombre comienza a ocupar su lugar como criatura social, para apreciar a los otros miembros de su especie y ser apreciado por ellos.

Cuando llega la pubertad parece que los amigos íntimos representan el nuevo interés por otras personas como seres humanos, a medida que el adolescente inicia el esfuerzo de interesarse analíticamente por sí mismo como persona, y conforme trata de definirse a sí mismo. Los amigos le brindan una oportunidad para tratar y llegar a conocer bien a una persona de su propia edad y sexo que se convierte, de hecho, en un laboratorio en el que puede contemplar a los otros y ensayar en él o en ella.

Los cambios en el papel durante el desarrollo

Uno de los aspectos más difíciles en la expansión del funcionamiento social de los niños radica en la aparente inconsistencia a la que se enfrentan conforme se espera una nueva conducta de ellos y las antiguas normas conductuales resultan ya inaceptables. No es sólo una cuestión sobre cómo se comporta el niño, sino que incluye el cambio en las

actitudes de otras personas hacia él. Cuando esas actitudes adultas son inconsistentes de una ocasión a otra, las dificultades de ajuste del adolescente se vuelven todavía más pronunciadas. El desarrollo social es todavía más que una cuestión de acrecentar habilidades sociales y ampliar contactos sociales; se ocupa de la participación de grupo y de la arrogación de nuevos papeles al asociarse con nuevos grupos. Uno de los cambios más difíciles en la adolescencia estriba en la necesidad de intercambiar un papel pasivo por uno activo. Para un niño, la presencia física del individuo solía ser suficiente a fin de asegurar la inclusión, en un grupo de juego, un grupo escolar, o algunas otras reuniones, de niños. Todo el asunto de la participación de grupo era transitorio en el mejor de los casos, ya que la mayoría de los grupos de niños se reúnen sin mucha premeditación, a no ser que ésta esté a cargo de un adulto supervisor; los grupos están estrechamente unidos sin alianzas intragrupalas duraderas.

Por otra parte, si el adolescente desea ser incluido en un grupo, debe hacer algo para que continúe su aceptación. En un sentido social el grupo de niños es natural y no crítico. Acepta lo que está allí. El grupo de adolescentes tiende a ser hipercrítico, esnobista y muy artificial. La presencia física no equivale a la aceptación. Con mucha razón el adolescente ha de preocuparse por lo que piensan otros. Aquel que desee ser aceptado está bajo examen y debe probarse, a menudo adoptando un papel o una actitud extraña a sus inclinaciones. Su deseo de asumir ese papel para obtener la aceptación prueba la importancia de la buena voluntad del grupo de coetáneos, mientras que para el niño más pequeño la opinión de sus compañeros tiene menos importancia. Siente que el vale lo suficiente y espera que los otros lo acepten como tal. En cualquier caso, el niño pequeño se representa a sí mismo en sus relaciones con los compañeros, mientras que su hermano o hermana mayor disimulan.

A medida que los niños crecen, sus papeles sociales se vuelven más diferenciados, algunos de ellos se dividen en categorías e incluso se vuelven mutuamente excluyentes, en particular cuando los contactos se amplían. En el grupo de juego del niño, un individuo puede adoptar muchos papeles de forma intercambiable; los niños pequeños no suelen especializarse en ningún papel. Pero con el advenimiento de grupos de interés especial relativamente cortos y de juegos organizados con formalidad, en especial de los deportes en la segunda enseñanza, los papeles se vuelven bastante diferenciados y se hace hincapié público en ciertas cualidades de cada participante. Cuando las características producen

admiración y aprobación social, esa especialización puede ser sustentadora del ego, pero cuando la característica es menos atractiva, el adolescente puede encontrarse a sí mismo entregado a un papel desagradable, con implicaciones para un concepto adverso de sí mismo. Los niños más pequeños suelen encontrar gran satisfacción en grupos grandes, relativamente formales y centralizados, como los muchachos o muchachas exploradoras, pero a medida que avanza la adolescencia, pierden atractivo y son remplazados por grupos más pequeños de interés específico y naturaleza más homogénea.

La conciencia del sexo también se convierte en un tema importante en el desarrollo social de un niño y a menudo adopta la forma de antagonismo en los años que anteceden a la adolescencia, pero tienen gran interés y atractivo a medida que avanza la adolescencia. La conducta en relación con otras personas se convierte en un tema importante. Deben aprenderse y adoptarse nuevos códigos de conducta adulta o casi adulta. Las relaciones con otras personas y la conducta hacia ellas, en particular con las del sexo opuesto, deben volver a formularse y cambiarse de acuerdo con las nuevas actitudes y valores que han surgido.

Conforme un adolescente se acerca a la edad adulta, a menudo se ve obligado a comportarse como adulto de que sepa con exactitud cómo hacerlo. Ha desarrollado un sentido de valores que tienden a recalcar demasiado la importancia social de ciertos aspectos de la conducta o apariencia, y pueden tener una reacción desmedida si no logra cumplir con los estándares establecidos por sí mismo o por su grupo, ya sea debido a limitaciones físicas o monetarias. Una adolescente que se prepara para ir a un baile formal refleja la importancia excesiva que se les confiere a las fruslerías, que a menudo carecen de importancia y no son percibidas por las otras personas. Al adolescente se le ha definido como un niño inexperto en una situación adulta.

Otro factor problemático para algunos niños reside en la movilidad social acelerada que tiene lugar en la actualidad, existe una desproporción de experiencias de aislamiento y tensión social a las que se enfrentan los jóvenes de movilidad ascendente, conforme tratan de adoptar el papel, en el grupo de coetáneos, que exige el estatus al que aspiran ellos o sus padres.

Esos problemas de definición y diferenciación de papel pueden provocar ansiedad, y muchos adolescentes presentan un cuadro de ansiedad más o menos generalizada. Existe un

estado de ansiedad transitoria que ocurre en el individuo durante los periodos de transición psicológica. Se considera que esto es resultado de las amenazas a la autoestimación inherentes cuando una persona pasa de un estado conocido a otro en el que se busca un nuevo estado de equilibrio. La transición puede describirse como una situación de aspiración para algo que aun no se ha logrado.

La adolescencia con su impulso de emancipación y definición de papel, es sin lugar a dudas ejemplo de un periodo de transición donde el individuo se caracteriza por tener un status inferior a sus aspiraciones. Esto amenaza la autoestimación y conduce, por tanto, a la ansiedad y a la frustración que dan lugar a la conducta defensiva. Para la mayoría de los adolescentes la conducta defensiva es relativamente benigna y representa un esfuerzo por acoplarse dentro de una estructura aprobada socialmente. No obstante, el intento por utilizar las reacciones defensivas-agresivas y el escape, en lugar del compromiso, constituyen un modo de ajuste a la frustración.

El concepto que tiene el adolescente de su papel

En la sociedad del grupo de coetáneos la cantidad y la calidad de las relaciones sociales de un individuo están condicionadas por su concepto de sí mismo. El concepto de sí mismo de un adolescente puede recibir la influencia de las actitudes y las actividades de grupo en cuanto lo afecten directamente. El conocimiento que tenga un individuo sobre las opiniones que otros guardan de él afectaría su visión de sí mismo como se manifiesta en su autoevaluación. La participación con grupos de coetáneos conduce a una mayor confianza en sí mismo y aun concepto de sí mismo más favorable. También se señala que los grupos creativos de adolescentes son más sociables y tienen mas confianza en las relaciones interpersonales que los grupos menos creativos.

Un individuo en cualquier grupo puede tener dos papeles, el que desempeña en realidad y su concepción de él mismo. Un ejemplo es él medico que realiza sus visitas diarias, examina pacientes en su oficina y desempeña las numerosas actividades propias del medico general. Ese es su papel real, pero puede ser muy diferente del papel como lo interpreta él. Así sucede con el adolescente, pede verse a sí mismo en un papel muy distinto del verdadero y siempre que no se enfrente con demasiada frecuencia a una realidad

desagradable, puede ajustarse con bastante comodidad. Si la realidad se vuelve demasiado difícil, puede refugiarse en la fantasía, en la cual es posible cualquier papel. A medida que obtenga cada vez más satisfacción en la fantasía y menos en la realidad puede recurrir frecuentemente a los sueños e ilusiones y huir todo lo posible de la participación social. Las fantasías adolescentes no son malas por necesidad; de hecho son bastante normales y cabe esperárselas. Pero cuando comienzan a afectar la vida de un individuo hasta el grado de que éste las use como una retirada continua y habitual de la realidad se convertirán en síntoma de un serio desajuste interno. Los adolescentes que encuentran gran satisfacción en las fantasías pueden encontrar poca satisfacción en los contactos sociales de la vida real. Incluso se pueden volver reacios a buscar experiencias sociales, aun cuando podrían tener éxito si lo intentaran; fantasear es mucho más fácil (Colleman 1987).

El papel que un individuo adopta en verdad depende de su actitud hacia este o de una serie de circunstancias que le imponen un papel a la persona y hacen que continúe con este, incluso en contra de su voluntad. Hay muchos papeles para desempeñar en cualquier grupo, algunos deseables, otro muy indeseables. Entre ellos se incluyen los de líder, bufón, sonriente seguidor, el creador de problemas, el esclavo, el que tiene las respuestas, el presumido, el chismoso, el buen muchacho y muchos otros.

Diversas clases de factores influyen en la asignación del papel personal, que a veces el grupo le impone al adolescente, y que en ocasiones el individuo mismo adopta y promueve voluntariamente. Uno de esos factores, dotación física y mental, produce al pendenciero, al atleta, al muchacho con anteojos, al gordo, al de razonamiento lento o a la persona talentosa con un plan. Las posesiones personales pueden dar status entre los ejemplos se cuenta el muchacho que posee un automóvil, un equipo o instalaciones de juego deseables, una hermana o hermano muy bien parecidos. Otro factor puede ser el de una relación personal que exista entre el individuo y un miembro de elevado status del grupo: esta en el amigo ordinario de una muchacha popular o el hermano pequeño de la persona con conexiones útiles para el grupo.

Sin embargo la naturaleza del papel y su valor de status depende del tipo de grupo y de los objetivos del mismo. Un papel que proporcione status bajo en un grupo de coetáneos podría proporcionar status alto en otro. Así mismo el individuo desempeña su parte. Hacer el ridículo en un grupo puede provocar una vida de vergüenza y status bajo, mientras que

otra persona en el mismo grupo puede utilizar con talento los atributos que llevan al ridículo a otra persona con el fin de conseguir aprobación social para sí mismo. Cualquier papel que un individuo desempeñe en un grupo, para él es de primerísima importancia, aun cuando el observador adulto pueda considerar que el papel y sus consecuencias sean triviales y sin importancia. El status que ha ganado un niño es aquel que ha provenido de su propio mundo y que forma la base de su aceptación entre sus coetáneos un papel que un adulto le podría parecer subordinado o inconsecuente puede ser en verdad una gran fuente de satisfacción para quien lo desempeña al interpretarlo en la situación de aprobación de grupo.

El concepto de sí mismo que tenga un adolescente es algo débil y cambiante, pero al igual que los conceptos de sí mismos que tiene la mayoría de la gente, satisface una necesidad específica para reforzar el ego. A fin de obtener seguridad para el ego el joven adopta algún papel que pueda lograr la aprobación social. Si la aprobación no se produce, debe encontrar un nuevo papel o una excusa para el papel desaprobado que se ve forzado a desempeñar. En consecuencia es sumamente importante que el adulto le proporcione al adolescente todas las oportunidades razonables para reforzar su ego. Esto puede lograrse en parte ayudándolo a adoptar papeles aprobados socialmente que refuercen al ego. Es un error desenmascararlo o hacerlo sentirse avergonzado o insuficiente debido a su edad o a su status.

Muchas personas que trabajan con jóvenes caen en el error de asumir que una anomalía física o algún otro atributo indeseable pueda provocar la desaprobación social en el grupo de coetáneos adolescentes. Por su puesto, puede suceder así pero no es inevitable. Deberá tenerse cuidado de evitar presuponer la existencia de problemas donde no hay ninguno o lo que es peor crearlos. La persona que trabaje con jóvenes a de diagnosticar o predecir la dificultad o el desajuste y entonces emprender alguna acción, pero deberá ser cuidadoso, manejar el asunto con circunspección y no intentar solucionar un problema que no existe o tiene probabilidades de existir en un individuo determinado.

Muchas de las personas que trabajan con adolescentes tienen dificultades para decidir lo que deben decir cuando se conozca la existencia de un problema personal. No deberán decir nada hasta que estén seguros que el adolescente está psicológicamente listo para recibir la información y que la persona que la imparte sea capaz de sugerir algunos

medios positivos para resolver la dificultad. Si el adolescente no está listo psicológicamente para recibir información personal sobre sí mismo, la persona que trabaje con él, después de asegurarse que el tema es importante, deberá ayudarlo a llegar a un punto donde esté listo y sea capaz de saber lo que debe hacer para su mejor desarrollo (Bee, 1984).

Los adolescentes tienden constantemente a cuestionar sus papeles sociales y con frecuencia buscan información que les permita desempeñar papeles más efectivos. Pero el joven no comienza las relaciones sociales de la adolescencia sin historial, trae consigo el total de sus experiencias pasadas. Muchas cosas de su pasado lo ayudan en la resolución de sus nuevos problemas, y entre ellas se cuentan varias habilidades como el baile, la destreza en los juegos, el conocimiento de las reglas sociales. Por otra parte, puede descubrir que alguna de las actitudes y habilidades que le sirvieron en la infancia se vuelven contra él en la adolescencia. El análisis de los problemas sociales de interés para los adolescentes revela que los muchachos y muchachas tienen problemas un tanto distintos, hay diferencias socioeconómicas, urbanas y rurales. Algunos problemas son comunes a la mayoría de los adolescentes.

Cuando el adolescente discute problemas personales de interés inmediato, a menudo surge el tema de las relaciones heterosexuales. Esto es de esperarse en los adolescentes de menor edad, ya que las relaciones entre los sexos son nuevas para ellos; se enfrentan a nuevas experiencias y tienen muchas preguntas. Los padres y otras personas que trabajan con jóvenes se preocupan mucho por la fuente de sus respuestas a estas preguntas.

¿A quienes recurrirán los adolescentes? Algunos no admitirán la falta de conocimientos e intentarán explorar por su cuenta. Algunos se sienten avergonzados y se niegan a colocarse en situaciones en las que no sepan como comportarse o que decir. Algunos adquieren una información más o menos exacta al comparar notas con sus amigos durante las largas sesiones de discusión que constantemente se llevan a cabo entre los adolescentes. Parece ser que muy pocos obtienen una cantidad apreciable de información de sus padres, y son más escasos los que reciben datos de los programas de estudios establecidos de las escuelas. Aquí hay una área que significa un reto para los adultos que deseen ayudar a los adolescentes con sus problemas de ajuste.

Con frecuencia, en su deseo de apoyo el adolescente se ve impulsado a relacionarse con un individuo a quien idealiza y sigue. Por lo general esa persona, si tiene casi la misma

edad que la del adolescente, se encuentra el grupo de coetáneos al que pertenece el joven a veces no sucede así, y en tal caso el joven que escoge a un extraño como su ideal puede tener dificultades con su grupo. Un adolescente puede asirse de algún aspecto aislado de la vida de un adulto admirado y mal interpretado cuando intente imitar el modelo en su conducta (Horrocks, 1990).

2.4 LAS PERCEPCIONES DE LOS ADOLESCENTES DE LA ACEPTACIÓN SOCIAL

Con frecuencia se considera que los adolescentes son bastante poco realistas en sus percepciones sociales de sí mismos, especialmente en su habilidad para evaluar sus respuestas de los otros hacia ellos. Los que son bien aceptados por sus iguales parecen menospreciar su grado de aceptación, mientras que los que no son muy bien aceptados o los que incluso son rechazados, tienden a sobreestimarse. Los adolescentes tienden a suponer que se parecen mucho al grupo en el grado de aceptación que les dan a sus compañeros miembros del grupo.

A menudo, los adolescentes, al igual que muchos adultos, se esfuerzan por desarrollar una conducta social abierta, que no está basada en sus sentimientos. Para ser aceptados por el grupo de iguales, pueden tratar de comportarse como él piensa que el grupo espera que se comporte. En cierto sentido, desarrolla una fachada, tras la cual esconde sus verdaderos sentimientos, desarrolla una fachada, tras la cual esconde sus verdaderos sentimientos. Sus verdaderos valores y actitudes están subordinados a los del grupo, aunque en la adolescencia tardía éstos pueden surgir, sin importar que no sean compatibles con los del grupo.

El adolescente no necesariamente esconde sus sentimientos íntimos sólo para ser aceptado por el grupo. En muchos casos, no sabe cuales son sus verdaderos valores, quizá porque todavía no han cristalizado. Sin embargo, entre los adultos es más probable que este encubrimiento sea a propósito. Con frecuencia, el adolescente es bien consciente de sus intentos de encubrir sus sentimientos y hasta puede llegar a verbalizar estos sentimientos a algún adulto que lo escuche dispuesto.

Las acciones de los jóvenes son siempre, en parte y por necesidad, reacciones a los estereotipos sostenidos frente a ellos por sus mayores. Comprender esto se vuelve especialmente importante en nuestro tiempo, cuando los llamados medios de comunicación, lejos de simplemente mediar, se interponen entre las generaciones como fabricantes de estereotipos, a menudo forzando a la juventud a vivir las caricaturas de las imágenes que al principio había proyectado de forma experimental. Mucho dependerá de lo que hagamos respecto de esto. A pesar de nuestras pretensiones de estar capacitados para entender a la juventud de hoy con los ojos de naturalistas objetivos, estamos ayudando a hacer de la juventud del mañana aquello que será.

Los adolescentes de hoy y de mañana están luchando por definir nuevos tipos de conducta que sean aplicables a sus vidas. Los jóvenes de inclinación inquisitiva han hecho esto siempre. Pero más que ninguna generación joven anterior y con menor seguridad en una elección significativa de imágenes tradicionales del mundo, la juventud de hoy se ve forzada a preguntar que es universalmente aplicable en la vida humana dentro de esta era tecnológica, en este cruce de la historia. Incluso algo de la preocupación más superficial neurótica y delictiva con respecto a sus vidas es un síntoma de este hecho.

Los jóvenes no tienen otra elección que experimentar con lo que queda del mundo ilustrado, analizado y estandarizado que les hemos dado por herencia. Sin embargo, su búsqueda no es de la permisibilidad de todo, sino de nuevos límites lógicos y éticos. Ahora tan solo la experiencia directa puede proporcionar correctivos, que nuestra tradicional mezcla de ilustración radical y moralismo clase media ha dejado de proporcionar (Erikson, 1993).

CAPÍTULO III

EL ADOLESCENTE Y EL MUNDO SOCIAL: EL SER Y LAS RELACIONES CON LOS DEMAS

La adolescencia es un fenómeno suficientemente complejo como para que se resista a ser descrito de manera resumida y siguiendo unas grandes líneas. A pesar de lo que hemos estado viendo en los dos capítulos anteriores podemos darnos cuenta de que la cantidad de factores que intervienen y las intrincadas relaciones que mantienen entre ellos hace arriesgado realizar afirmaciones tajantes y válidas en todos los casos, sin que vayan acompañadas de numerosas precisiones. Por ello existe el riesgo inevitable de tener que contentarse con ofrecer un panorama impresionista, siempre necesitado de matizaciones y muy de sentido común. En las páginas que siguen vamos a tratar de realizar una síntesis de algunos aspectos de la adolescencia en relación con el mundo social que nos parecen plausibles.

Lo que parece fuera de duda es que la adolescencia es un fenómeno determinado en buena medida por la sociedad en la que se produce y que por ello puede adoptar diversas formas, según la interacción que se produzca entre los cambios físicos y psicológicos, por un lado y las resistencias sociales, por el otro.

El hecho desencadenante es que se inician cambios físicos y psicológicos que proporcionan al joven las capacidades y las posibilidades que tienen los individuos maduros, pero lo que le falta es la experiencia y poder sacar partido de las posibilidades que sus nuevas capacidades le ofrecen. El sujeto se tiene que insertar en la sociedad adulta y hacerse un hueco en ella. Pero el que posea las posibilidades de los adultos no le garantiza un puesto igualitario en la sociedad de los mayores. Además, como esos puestos no están determinados de antemano y los hombres, como todos los mamíferos sociales, viven en una

sociedad jerárquica, hay que lograr un lugar compitiendo con los otros.

Los hechos fundamentales se pueden resumir en los siguientes:

Los jóvenes experimentan cambios físicos a los que tienen que habituarse, lo que resulta difícil por la rapidez con la que se producen. Tienen que construir un autoconcepto y una identidad nuevos, que incluyan cómo se ven a sí mismos y cómo los ven los demás. Los jóvenes tienen que hacerse un hueco en la sociedad adulta, para lo que encuentran resistencias de los adultos, que pueden sentirse amenazados por ellos. En su búsqueda de independencia se cambian los lazos con la familia y muchas veces se produce un rechazo hacia los padres, pero los jóvenes siguen siendo muy dependientes, no solo material, sino también afectivamente.

La ruptura de la identificación con los padres se ve compensada por la admiración hacia figuras alejadas que adquieren una dimensión simbólica, o incluso mediante la identificación con creencias o ideales de vida más abstractos. Pero esa modificación en los lazos familiares se ve facilitada por el establecimiento de nuevas relaciones afectivas con los amigos y la amistad adquiere una importancia que no tenía antes. También se produce el descubrimiento del amor y, eventualmente, de las relaciones sexuales. Como consecuencia de todo ello, y muy determinado por la respuesta social, a veces se producen desajustes y trastornos, que generalmente no son graves, pero pueden serlo en algunos casos y que se manifiestan en el consumo de drogas, en la huida de la casa familiar, en embarazos no deseados, o incluso en el suicidio o en la muerte en accidente.

El carácter más determinante de la adolescencia y al que pueden reducirse los demás es la entrada y la inserción en el mundo de los adultos. El final del crecimiento físico es la condición biológica que hace esto posible y en ese sentido actúa como precondition. Esa entrada en el mundo adulto está condicionada también por la adquisición de la capacidad reproductiva, lo cual muestra el entronque profundo con las determinaciones biológicas. Desde el punto de vista psicológico, los rasgos esenciales son que el niño deja de ser niño, porque ya ha crecido y tiene las características físicas de los adultos, y tiene que obtener un lugar en el mundo de éstos. Eso supone simultáneamente intentar ser como éstos y, al mismo tiempo, oponerse ellos, tratando de ocupar su puesto. Recíprocamente, el adolescente encuentra una oposición de los adultos que le consideran todavía como inmaduro y falta de experiencia. Esta ambivalencia respecto al mundo de los adultos, al que

se quiere pertenecer y que se niega al mismo tiempo, es un rasgo muy importante del comportamiento del adolescente.

Un aspecto sobre el que conviene llamar la atención es la importancia de lo social, no equiparable con la que tenía en otras edades anteriores. En todas las edades el medio social tiene una influencia notable, pero el papel que tiene en la adolescencia es distinto, porque antes el sujeto estaba influido por y determinado por él y tenía que someterse, pero sin ser consciente de ello, pues la sociedad era un hecho del que el niño no había tomado conciencia. En todo caso no podía cambiar mucho las cosas y ni siquiera se lo planteaba. Ahora se da cuenta de la existencia de la presión social y además comienza a considerarse como actor. Por un lado toma conciencia de la existencia de la sociedad y además comprende que tiene que actuar en esa función, y se pregunta que hace allí y por qué le toca hacer ese papel en una obra que no ha elegido. Eso puede provocar inadaptación y rechazo pues los jóvenes tienen confianza en sus propias posibilidades pero no son muy sensibles a sus limitaciones, algo que comprenderán como efecto de las resistencias que van a encontrar (Shaffer, 2000).

La adolescencia no es un período unitario, puede dividirse en varias fases que están determinadas por el tipo de sociedad. Puede distinguirse un período inicial, en el que tienen lugar los rápidos cambios físicos, que apenas dan tiempo para que el joven se habitúe a ellos, donde empieza a verse distanciado de sus padres y de su condición anterior de niño. En la adolescencia tardía, se ha producido ya la asimilación de esos cambios y empiezan a hacerse planes respecto a la vida futura, el adolescente se hace más independiente de la vida familiar, pasa mucho tiempo fuera de la casa, con los amigos, y saca partido de los cambios referentes a la vida social y al pensamiento. Algunos autores prefieren hablar de tres etapas y distinguir un período temprano, uno intermedio y uno tardío (Delval, 1994).

3.1 EL CONFLICTO INTERGENERACIONAL

De un adolescente puede decirse lo siguiente: “es un miembro típico de su generación”, o “tiene las mismas actitudes que el resto de los integrantes de su generación”. Pero ¿Qué es una generación? ¿Quiénes son sus miembros y quiénes están excluidos? ¿Qué significa ser miembro de una generación? Una generación es un conjunto de individuos que

han sido socializados de la misma forma como resultado de la exposición común a los sucesos de un período particular de la historia. Por lo tanto una generación consiste en las personas que nacieron y crecieron durante casi el mismo período de tiempo histórico. Tales personas se caracterizan por una tendencia a evaluar o interpretar basados, por lo menos parcialmente, en las experiencias que tuvieron mientras crecían. La unidad de la generación parte de la similitud de ubicación de un número de individuos dentro de un conjunto social, así como una tendencia hacia ciertas formas definitivas de conducta, sentimientos, y raciocinio. El pertenecer a una generación implica tener un sentido de identidad con sus miembros en su exposición y reacción comunes a los sucesos sociales e intelectuales.

Muchos adolescentes definirían una generación en términos de la edad cronológica o, en ocasiones, en términos de la función interpersonal del niño y el adulto. En lo que concierne a la identidad de sentimientos, un adolescente podría percibirse a sí mismo como miembro de una generación que no fuera la representada por sus propios coetáneos, aunque tal identificación sería relativamente rara. En términos de identificación generacional, la mayoría de los adolescentes están centrados en sus compañeros de la misma edad.

Es obvio que las relaciones intergeneracionales entrañan dificultades, pero no todas las relaciones son por fuerzas conflictivas, aunque las semillas del conflicto estén presentes en verdad. El punto crucial parece ser la forma como las generaciones se interpretan una a la otra, así como las condiciones sociales y económicas que matizan a esas interpretaciones.

Los adultos, al observar a un adolescente, se sienten justificados al adoptar el papel de un juez que aprueba o desaprueba a alguien como bueno, malo o aceptable con base en sus propios criterios. Tal vez sea más grave que en muchas de estas evaluaciones no se formule ninguna pregunta sobre los criterios que el adolescente aplique. Una dificultad consiste en que la cultura no es estática; cambia y evoluciona, y cuando se considera la evolución en el transcurso de diversas generaciones, sorprende la intensidad de los cambios. A veces éstos son lentos y casi imperceptibles; y en otras ocasiones, súbitos y dramáticos. Pero lentos y repentinos, los cambios ocurren, y cada generación es diferente de la anterior. Cuando los cambios son lentos, en un período de relativa estabilidad, le resulta más fácil a una generación enfrentarse con la siguiente; pero cuando los cambios son repentinos, el vacío entre ellas se agranda y la comunicación, si no se rompe por completo, se vuelve cada vez más difícil. En la actualidad la cultura se encuentra en un

estado de ebullición en casi todos los aspectos de su estructura y valores. Nunca en la historia del ser humano han ocurrido tan rápido los cambios de primera importancia y jamás han llegado a afectar a tantas áreas de la vida. Una generación moderna tiene dificultades para entender los cambios dentro de su propia generación, sin mencionar sus intentos por entender las diferencias intergeneracionales.

Sin embargo, cuando la generación antigua reconoce el cambio e incluso cuando lo acepta, hay una mejor posibilidad de la comunicación al menos en una dirección, ya que la generación antigua tiene alguna base para entender a los jóvenes. Por desgracia, la comunicación no es, ni siquiera entonces, de dos direcciones, ya que la generación más joven está demasiado ocupada en comprenderse a sí misma como para interesarse y ser capaz de entablar un diálogo con sus mayores y llegar a entenderlos. Y en realidad ¿por qué debería hacerlo? Su mundo es el presente, y el futuro les pertenece, al menos hasta que ellos encuentren a su vez a una nueva generación, una eventualidad que no está en la mente de la mayoría de los adolescentes (Berryman, 1994).

Fuentes de conflicto

Hay muchas fuentes potenciales de conflicto entre el adolescente y adulto, aunque ninguna de ellas conduzca inevitablemente a la disensión en todos los casos. A medida que avanza por la adolescencia, el joven se enfrenta a varias tareas del desarrollo que debe cumplir, y algunas lo colocan en conflicto directo con sus mayores. Puede decirse incluso que el cumplimiento exitoso de las tareas de desarrollo establece una situación que fomenta el conflicto intergeneracional. Es muy posible que el adolescente que evite o que no cumpla exitosamente con las tareas del desarrollo sea menos capaz de percibir un vacío generacional, aunque pueda encontrarse aislado de sus compañeros que han cumplido con éxito esas tareas del desarrollo.

Otra causa de diferencias entre las generaciones consiste en las percepciones relativas y a veces incorrectas que cada una tiene de la otra. Las expectativas que tiene cada generación sobre la interacción generacional están arraigadas en los intereses del desarrollo que cada uno tiene de la otra. Para la generación media, el telón de fondo para percibir las relaciones generacionales se refiere al establecimiento y mantenimiento de la continuidad

en el transcurso del tiempo. El conflicto experimentado surge de su pronóstico de que la emergencia juvenil, a no ser que se le guíe y controle, creará una discontinuidad perturbadora. La generación más joven, preocupada por la individuación, el cambio y el surgimiento, teme que la influencia de la generación media inhiba su desarrollo.

Un problema causal del vacío generacional, puede ser la falta de intereses comunes entre los adultos y los adolescentes. El desarrollo mental de los jóvenes no es completo en la segunda década de la vida. Los jóvenes no piensan como lo hacen los adultos. Aparte de la cultura hay diferencias intrínsecas de edad que presentan obstáculos para las relaciones entre el adolescente y el adulto. Se debe considerar el punto de vista del adolescente en cuanto a sus pensamientos y contactos con los padres y los adultos en general, y en cuanto a esto, también se podría considerar el punto de vista de cualquier persona cuando tenga que tratar con individuos de mucha mayor edad que la suya.

En esencia, y a excepción de ciertos individuos especiales, el ser humano se interesa más por los miembros de su propia generación y suele encontrarse más cómodo entre ellos y más en consonancia con sus hábitos y aptitudes. Esto es aplicable en gran parte a la persona madura que considera a un anciano, y al adolescente en relación con la primera. Las generaciones pueden coexistir, se superponen hasta cierto grado, pero no son iguales, y las diferencias, pequeñas como a veces pueden aparecer, tienden a sobrepasar a las congruencias. Para el adolescente, la persona mayor es la proveedora de hábitos y costumbres que lo restringen. Los adultos representan una actitud hacia la vida y una posición filosófica contra las cuales el joven se rebela.

El adolescente tiende a ser, según lo ve él, más romántico y al mismo tiempo más realista en términos del presente. El hecho de que su filosofía y aptitudes puedan parecer algún día convencionales, tontas y pasadas de moda a una nueva generación, como sucede ahora entre él y la generación antigua, es algo que difícilmente podrá aceptar por convicción. Los jóvenes son más vigorosos que las personas de edad y resisten más a largo plazo, están dispuestos físicamente a vivir deprisa, algo que la mayoría de los adultos ya no pueden hacer. Los jóvenes son más espontáneos que las personas de edad (Argyle, 1994).

La fricción entre los jóvenes y los mayores ocurre algunas veces cuando los primeros perciben que la generación más antigua ha intentado construir un mundo diferente del de ellos, y los ha asignado a una empresa con la cual no desean identificarse. Los

jóvenes son antihistóricos, y toda esta dedicación constituye un vínculo con el pasado histórico: la creación de un mundo cuyos valores y actividades no son considerados por los jóvenes modernos como suyos y que para ellos carecen de significado. Esto se convierte en un punto central de disensión cuando los jóvenes piensan que la generación antigua ha hecho mal el trabajo y ha violado la fidelidad que es tan importante para la juventud.

Diferencias y similitudes entre las generaciones

Característicamente hay muchas diferencias de opinión y puntos de vista entre la generación adolescente y la adulta. Muchas de esas diferencias originan algunos conflictos serios, aunque muchas de ellas pueden causar malos entendidos e irritaciones menores. Sin embargo, en algunos casos las diferencias se convierten en un gran problema y originan una gran separación generacional. El que una diferencia se convierta en un gran problema depende de los individuos implicados y de la historia de sus relaciones. Es improbable que la mayoría de las diferencias aisladas de opinión o actitud conduzcan a una disensión muy grande o prolongada, pero es verdad que el efecto de las diferencias menores puede ser acumulativo y dar lugar a grandes conflictos.

Existe un vacío intergeneracional y posee intensas afinidades con otros conceptos, como los de crisis de identidad, o de “tormenta y tensión”. Los que creen en el vacío consideran al joven en rebelión contra la autoridad parental, situado en el extremo opuesto a los padres en cuestiones relativas al comportamiento sexual y al uso de drogas. Sin embargo la noción de rebelión carece de una base real. Puede suponerse que, durante la adolescencia, los padres ejercen mayor control e imponen más restricciones a sus hijos, pero a pesar de ello los jóvenes buscan mayor confianza y al mismo tiempo independencia.

La autonomía del adolescente parece plantear más problemas a los padres que a los propios adolescentes; muchos padres, por ejemplo, añoran la compañía que han perdido. Es indiscutible que los adolescentes aspiran a ser independientes. Esta claro que algunos adolescentes, al menos de manera provisional, entran en conflicto con sus padres o adoptan una actitud crítica respecto a ellos. No cabe duda, por otra parte, que algunos padres se vuelven restrictivos e intentan frenar o reprimir el ritmo del cambio.

Los sentimientos de conflicto por parte de los adolescentes aumentan en función de la

edad, pero alcanzan un máximo a distintas edades para los muchachos y para las muchachas. Tales sentimientos entran a formar parte, en gran medida, del clima social actual. Los adultos son, por lo general positivos, en sus actitudes respecto a sus hijos adolescentes, pero existe confusión al momento de representarlo, lo que da pie a la creación de mitos en función a la relación intergeneracional (Reymond, 1986).

3.2 ACTITUDES SOCIALES Y RELACIONES FAMILIARES

La función psicológica del hogar

El punto principal del papel que se le exige al adolescente se encuentra en su hogar y en su familia, le proporciona al niño un sistema socializante en el que se enfrenta a un moldeamiento de conductas disciplinarias y afectivas. No puede haber ninguna duda de que las experiencias que tiene un niño en sus relaciones familiares son de gran importancia durante el desarrollo de su personalidad. La familia proporciona una estructura dentro de la cual el niño puede encontrar raíces, continuidad, y un sentido de pertenencia. La adolescencia es una recapitulación de las actitudes de los padres hacia la infancia. Si el niño fue capaz de aprender a tener confianza, armonía y un sentido de identidad, cabe esperar que la transición a la edad adulta sea fácil. Pero si los padres se han resistido a la búsqueda de la autonomía del niño, puede esperarse que el adolescente recurra a métodos rebeldes cuando emprenda la transición a la edad adulta. Hay relaciones consistentes entre diferentes normas de conducta familiar y el estilo manifiesto de expresión de problemas que muestran a los hijos adolescentes. El desequilibrio emocional de los niños se relaciona con la composición y el funcionamiento familiar.

Cuando un niño llega a la adolescencia, el hogar ya no es la única influencia como sucedía en la infancia, pero todavía es el apoyo indispensable para su desarrollo emocional. Mientras esté en contacto con su familia, el adolescente está muy influenciado por ésta, y se convierte en un importante factor determinante en su espacio psicológico personal. El papel de los padres es continuo como personas de referencia incluso en la última etapa de la adolescencia.

Los contactos escolares y comunitarios son tan sólo prolongaciones de la situación

hogareña, que el adolescente siempre tiene frente a él. En todo caso, el lugar representa el repositorio último y definitivo de la autoridad adulta en lo que concierne al joven. La importancia del hogar como factor principal en el desarrollo de un individuo ha sido reconocida desde hace mucho tiempo por los psicólogos, trabajadores sociales, sociólogos y otras personas que tratan con jóvenes y con sus padres.

Entre las principales funciones de la familia, una de las menos apreciadas es su función como agenda educativa para la cultura en la que existe. Los padres no solo tienen la oportunidad, sino también el deber de ofrecerles a sus hijos el aprendizaje y las experiencias que les permitan adaptarse al medio.

Así lo deseen o no, los niños tienden a imitar a sus padres y a integrar dentro de su propia estructura de la personalidad y sus mecanismos de defensa y formas de enfrentarse con el mundo, las conductas y actitudes que han contemplado con sus padres. La negación se relaciona con una disciplina paterna severa, una escasez de recompensas y exigencias paternas inexplicadas y mal entendidas.

Hay dos importantes factores de la vida familiar y social en el hogar que afectan el desarrollo de la personalidad de los niños: las normas hogareñas de discordia y afecto, y la camaradería de aceptación. Los niños que provienen de hogares caracterizados por patrones buenos, en contraste con los malos de vida familiar, están mejor ajustados y tienen una vida hogareña más recompensante. El hogar tiene gran importancia en el desarrollo de la personalidad de los niños. Representa la fuente infantil de refugio y de apoyo, la agencia que define al niño como individuo y que tiene la mejor disposición para facilitar su desarrollo hacia una completa madurez (López, 1999).

Por lo tanto, puede considerarse que el hogar desempeña dos papeles: el de una agencia que define el estatus y el de una agencia que define la experiencia. En el primer caso, el hogar identifica el estatus del niño en la sociedad y el papel que debe desempeñar para mantener ese estatus o tal vez para evitarlo, ya que es la familia la que se lo impone.

La familia podría educar en las costumbres ideales de la sociedad y de su propio lugar en ésta ya sea hablando acerca de los ideales, mostrando las posiciones familiares que representen al tipo de familia, relatando anécdotas familiares o satisfaciendo y reforzando relaciones con los parientes. En todo esto se incluye al niño, y después al adolescente, como miembro de una unidad familiar continua. Su pertenencia familiar le proporciona un motivo

de orgullo personal en una empresa en marcha de la cual forma parte. Esto conduce al niño a un sentimiento de pertenencia, aceptación y seguridad. Tiende a percibir su familia como una unidad valiosa y coherente.

Al inculcarle al niño una cierta idea de los principios de la conducta correcta, una dificultad a la que se enfrenta la familia radica en que la conducta correcta en una situación o periodo de la vida puede no ser correcta en otra. Los niños tienen dificultades para reconocer y aceptar eso. En cada sociedad se fomenta en el niño un modo de asegurar la conformidad, y entonces es alentada o frustrada en la experiencia adulta posterior. También esta el problema de las agencias conflictivas que construyen a veces tipos mutuamente excluyentes de conformidad.

El buen ajuste marital en el hogar fomenta la aceptación paterna de los niños, mientras que el mal ajuste conyugal de los padres provoca sentimientos de inseguridad en los niños y les niega a estos el ambiente hogareño, psicológicamente firme que necesitan para su óptimo ajuste social y emocional, tanto en el presente como en el futuro. El adolescente que encuentra discordia paterna dentro del hogar tiende, debido a su reacción conductual a la situación, a hacer las cosas más difíciles en el hogar para sus padres y para él mismo, también suele llevar las tensiones al exterior. El adolescente representa entre sus relaciones extrafamiliares los conflictos y ansiedades de su familia, en particular los desequilibrios existentes en las relaciones de su padre y su madre.

En los aspectos de la vida de un adolescente, caracterizados por el conflicto con la autoridad adulta, el hogar y la escuela se convierten en agentes restrictivos o policíacos, a pesar de sus intenciones en sentido contrario. Pero esto no quiere decir que el hogar o la escuela deban abstenerse de cualquier tipo de actividad restrictiva. Después de todo el adolescente necesita orientación y ayuda, y la escuela y el hogar no solo desempeñan una función de orientación sino que también protegen. El meollo del asunto aquí es la manera y el método, y también la razón, que un lugar determinado utiliza y acepta para proteger y guiar. Un buen hogar y una buena escuela reconocen la necesidad del adolescente para obtener su independencia, así como sus esfuerzos para buscar la emancipación, por lo que lo ayudan y alientan cuando es posible. Le brindan oportunidades y medios para avanzar hacia un estatus más independiente y lo alientan a recibir responsabilidades, tomar decisiones, planear su futuro y aceptar el estatus adulto tan pronto como pueda. Esta

arrogación del estatus adulto no ocurre repentinamente; es el producto de años de ampliación gradual de la independencia y la confianza en sí mismo. La familia planea brindarle a su miembro adolescente el máximo de autonomía e independencia en cuanto es capaz de aceptarlas, actúa de la mejor manera para asegurar la madurez de concepto y suavizar las dificultades del periodo de la adolescencia.

Aun cuando un adolescente en su búsqueda de independencia adopte la apariencia de un adulto, conviene recordar que todavía es un niño, aunque a menudo, será un gran insulto decirlo. Como niño, es importante que para lograr un desarrollo apropiado, tenga un sentido de seguridad, de pertenencia y de ser querido. Su hogar y sus padres están allí si necesitan ayuda; están detrás de él y le ofrecen apoyo, seguridad y protección cuando así lo requiera. Esa es la importante función psicológica del hogar. Pero al brindar ese apoyo, los padres deberán tener cuidado de ofrecerlo con sutileza y oportunidad. Con frecuencia el papel del padre es de espera.

El adolescente deberá sentirse libre para explorar el mundo adulto, tener la seguridad de que en caso de necesidad tiene alguien a quien recurrir. Así, el hogar de un adolescente le proporciona una clave para comprender la etapa de su desarrollo hacia la edad adulta y de hecho para entender cabalmente al adolescente mismo. Pero la naturaleza de un hogar está en función directa de las actividades y actitudes de los padres y otros que habitan en él. Por lo tanto, la persona que trabaje con jóvenes y que desee entender la psicología de un adolescente deberá estar consciente de la psicología de los adultos que viven con él, incluidos su padre y su madre, y cualquier otro adulto que habite en la misma casa.

Los progenitores cumplen múltiples y diferentes funciones respecto al adolescente en vías de desarrollo y una de éstas es la de proporcionar lo que se conoce como modelos de papel. Aquí los progenitores representan ejemplos de los modos en que se puede interpretar actitudes como papeles sexuales y laborales, proporcionando prototipos con los que la persona joven evaluará otras interpretaciones de dichos papeles. Desde luego es cierto que los niños dependen de sus padres para un conocimiento primario de tal comportamiento de papeles pero, evidentemente, estos modelos resultan esenciales durante la adolescencia, ya que en este periodo es cuando el joven comienza a establecer sus propias elecciones de papel.

El cambio de papel constituye un rasgo principal dentro del desarrollo del adolescente y por tanto es evidente que los modelos de papel de que dispone el joven en este estadio de la vida serán de gran importancia para él (Horrocks, 1990).

Las razones de la actitud dominante de los padres son numerosas, pero con frecuencia el resultado final es el mismo. Típicamente, el adolescente tiende a resentir la dominación, y su combate en contra de ésta se convierte a menudo en una lucha por el predominio entre él y sus padres. Muchos factores intervienen en esta lucha, entre ellos se cuentan el aislamiento del joven de las influencias externas, el grado de independencia a que ha estado acostumbrado en el pasado, la consistencia de la dominación y si la actitud de dominación viene o no de uno o ambos padres.

Cuando la dominación paterna es estricta, fuera de lo común, o irregular, es posible que el adolescente muestre reacciones graves. Este suele ser el caso en particular cuando la actitud de los padres es demasiado protectora o de excesivo rechazo.

La aparición de la pubertad desencadena más o menos infaliblemente una crisis de oposición, más o menos violenta, más o menos abierta, contra el medio adulto. Se trata de un periodo de confusión necesario para la evolución de la personalidad y el carácter. Para abandonar al niño que ya no es y afirmarse como una persona autónoma, el adolescente empieza por quemar lo que ha adorado, rebelándose contra la autoridad de sus padres y rechazando los modelos ofrecidos por éstos. Defiende gustosamente lo contrario de lo que piensan, aman y creen sus padres, mostrando por lo demás con esto mismo hasta que punto queda dependiente de ellos. Unas veces se alza con violencia contra sus opiniones, su moral, sus tradiciones; otras veces los considera despectivamente desde lo alto de su superioridad (una superioridad más aparente que real y que enmascara una incertidumbre profunda): los padres por definición son seres que no comprenden nada de nada y sobre todo al genio no apreciado que tienen frente a ellos.

El niño ha colocado a sus padres y al adulto en general en un pedestal. Llega ciertamente un momento en que deja de creer en su omnipotencia y en su omnisciencia para considerarles con más realismo. Pero su admiración y su respeto hacia ellos no quedan lastimados y no ponen en duda ni un momento sus prerrogativas y su autoridad. Cuando se muestra desobediente y se resiste a tal o cual de sus exigencias, no es nunca para protestar contra su situación de niño y reivindicar su derecho a la independencia.

Todo cambia en la adolescencia. En vez de ser sobreestimados, los padres son criticados ahora, juzgados por un muchacho o por una chica que echan sobre ellos una mirada sin indulgencia, incluso hostil. Sus debilidades, sus defectos, pequeños y grandes son pasados por el matiz. Su ternura se vuelve sentimentalismo importuno, su solicitud, su intrusión, su firmeza, vejación deliberada. Es el momento en el cual uno puede avergonzarse de sus padres, sobre todo ante los compañeros, ya sea que se descubra entonces que su comportamiento es realmente criticable o normal, ya sea, y éste es el caso más frecuente, por razones absolutamente fútiles y desprovistas de la objetividad. Es una madre poco elegante o distinguida para el gusto de su hijo; un padre que habla demasiado alto en público o se obstina para la mayor desesperación de su hijo, en conducir un coche pasado de moda. Algunos sufrirán por las condiciones modestas en las cuales vive su familia y tratarán de ocultar esta situación a sus compañeros (no llevándolos nunca a su casa); otros por lo contrario se avergonzarán del lujo que les rodea.

En el fondo muchos jóvenes tienden a ver a sus padres por los ojos de los demás, no de cualquiera, sino del grupo de sus iguales o alguien a quien admiran o se fuerzan por imitar. Las desviaciones de sus padres respecto a estos modelos o a los valores del grupo puede humillarles entonces en su amor propio. Tenemos aquí movimientos contradictorios del alma juvenil y de las dificultades que acarrea la necesidad de dar la espalda al pasado y de rechazar las imágenes parentales; por una parte el adolescente que, frente a su medio, presume de originalidad y de independencia, es preso de un nuevo conformismo: el del grupo, hasta tal punto que no soporta que sus padres puedan apartarse de éste; por otra parte y sobre todo, el sentimiento de su propio valor continúa dependiendo de la persona de sus padres frente a los cuales pretende tomar sus distancias.

Emancipación y dependencia

Son aspectos comunes y naturales del periodo de la adolescencia un deseo y a menudo una búsqueda activa de independencia y emancipación. El adolescente desea emanciparse de los controles adultos con el propósito de ocupar lo que considera su lugar correcto y apropiado en el mundo. Al proceso de volverse independiente de los controles de los padres y otros adultos a favor de una autodependencia y automantenimiento, se le conoce

como independencia psicológica y se le puede considerar como un atributo y también como un problema.

Sin duda, los padres inculcan a sus hijos la necesidad de dependencia que durante un lapso pueden volverse tan exigentes que el niño, incluso cuando llega a la edad adulta, muestra una dependencia tan excesiva que interfiere con su efectividad como persona. Por otra parte, un padre puede inculcarle a sus hijos sentimientos de independencia que los conviertan en personas efectivas, responsables y autosuficientes. Pero la conducta paterna también puede formular impulsos de independencia exagerados que constituyan en realidad un rechazo de los niños hacia sus padres y una revuelta en contra de ellos hasta el grado de propiciar inadaptación e incluso independencia. Al igual que en otros muchos aspectos de la vida, la moderación parece ser la situación óptima. La conducta paterna habrá de inculcar la autosuficiencia independiente y la confianza en sí mismo que no contrarresten simultáneamente la razonable dependencia de los padres en determinadas áreas y la aceptación de relaciones saludables entre padres e hijos.

Los padres deben tomar algunas decisiones difíciles sobre la forma como manejarán el deseo de emancipación del adolescente. Existen por lo menos seis áreas que no pueden evitarse con los adolescentes modernos: 1) control o libertad familiar firme para el adolescente, 2) responsabilidad conferida a los adolescentes o a los adultos, 3) hincapié relativo en las actividades sociales y logros académicos, 4) movilidad o estabilidad para la familia y el adolescente, 5) comunicación libre o respeto, y 6) dedicación a los valores que abracan más allá del presente y a causas más importantes que la confusión de identidad o de sí mismo (Garaigordobil, 2000).

Para tomar sus decisiones, los padres deben comprender que ellos y sus familias existen en un mundo en transformación y que debido a esto han de ajustar apropiadamente sus valores y costumbres para satisfacer las demandas del cambio de los tiempos. Los padres deben comprender que lo que una vez se consideraba verdadero y apropiado puede que ya no sea así. El adolescente es un producto de su época y como tal el enfoque familiar puede facilitar o desequilibrar su ajuste. También existen los problemas de los diferentes sexos, las muchachas expresan más problemas centrados en el hogar que los muchachos por las diferencias en protección y presencia.

Por otra parte el logro de la emancipación constituye un problema cuya importancia

va más allá de la adolescencia. Sus efectos perduran toda la vida adulta de una persona. El destete psicológico no ocurre por necesidad. Es probable que un adolescente desee ser independiente y que se esfuerce por alcanzar ese objetivo sin lograrlo. Cuando la independencia se niega y se retrasa demasiado, tal vez el adolescente termine por aceptar su estatus inmaduro y a la larga llegue incluso a preferirlo. En tales casos, no es extraño que un individuo rechace vigorosamente la independencia y, cuando algo les suceda a sus padres, descubra que ha aceptado la dominación paterna durante tanto tiempo, que se siente incapaz de ajustarse al mundo sin ella. Se cuentan numerosos casos en los que uno de los miembros de un matrimonio insiste en vivir con sus padres o en la misma calle, o al menos, en la misma ciudad que ellos. Acaso esto dé lugar a una relación matrimonial desgraciada, ya que engendra una situación en la cual un individuo, que presumiblemente vive como adulto maduro, no quiere o no puede renunciar al papel de dependencia infantil de los padres. Quizás ocurra una interferencia paterna en la vida del matrimonio, y nada se hace para amortiguar la dominación ubicua de los padres.

A algunos padres les resulta muy difícil permitirles a sus niños que sean o que se consideren a sí mismos, maduros e independientes. Se esfuerzan por continuar su relación de dependencia paterna. Si después de un largo tiempo los padres son capaces de esquivar la resistencia de un adolescente y de crear en él hábitos de protesta invariable a la dominación paterna, el adolescente, encontrara en el transcurso de los años que se le dificulta cada vez más aceptar la necesidad de enfrentarse a un mundo competitivo sin ayuda ni protección. Más adelante, un individuo descubre que aunque es maduro en años, no tiene la experiencia ni la habilidad para entrar a tal competición, y su estatus protegido se le hace todavía más necesario. Si el adolescente combate la situación, puede verse enfrentado a inestabilidades, inseguridades, conflictos entre jóvenes y adultos, y problemas que son serios en proporción con la gravedad de los bloqueos e inconsistencias que existen en su ambiente (Papalia, 1985).

Tarde o temprano el niño dependiente se topa con la frustración de sus necesidades de dependencia. Los muchachos dependientes están sujetos a sentimientos de inferioridad, temores anormales, ansiedades sexuales, tendencias sádicas y en la edad adulta son más propensos a experimentar desajustes psicóticos.

Las diferencias sexuales desempeñan un papel importante en la conducta de

dependencia. Parece ser que la conducta de dependencia viola los estándares del papel sexual para los varones y que los muchachos, a medida que crecen, reciben presiones para inhibir la expresión abierta de sus sentimientos de dependencia. Por otra parte, la sociedad no presiona tanto a las muchachas para parecer independientes, aunque las tendencias actuales sobre el papel de la mujer en el mundo pueden recompensar su inhibición de conducta de dependencia.

Una dificultad con la búsqueda de independencia en lo que toca al adolescente, radica en la inconsistencia del proceso global. Aunque el adolescente se siente persona mayor y quiere que se le trate así, todavía tiene hábitos infantiles. Por otro lado, sus padres pueden sentir que el muchacho está madurando y que debería actuar casi como los mayores; sin embargo, debido a la fuerza del hábito no dejan de tratarlo como a un niño. Un adolescente desarrolla a menudo toda una serie de quejas en contra de sus padres.

Entonces, ¿cuál será la mejor manera como los padres pueden promover la emancipación del adolescente sin ir demasiado lejos muy pronto? Hay varias posibilidades. Al adolescente se le debe entender y aceptar como persona. Se le debe permitir tanta independencia como pueda aceptar sin prejuicio, y en su hogar debe encontrar aceptación y estabilidad emocional. Los padres serán efectivos para guiar y desarrollar el potencial de un adolescente como miembro participativo de la sociedad hasta el grado de que facilite la independencia, en una atmósfera de aceptación y estabilidad emocional. Un hogar caracterizado por enfermedades frecuentes, fatiga, impaciencia, conflictos o nerviosismo, provoca tensión y conduce a un mal ajuste emocional y a la conducta no cooperativa. Por otra parte, un hogar tranquilo y feliz tiende a producir un buen ajuste emocional y conducta cooperativa.

Para que un padre pueda cambiar las actitudes y las normas de la conducta, no es suficiente conocer el problema, debe reconocerlas cuando ocurran y entender que el cambio es difícil de efectuar. Aquí, el maestro y otras personas que trabajen con jóvenes, se enfrentan a una tarea muy importante al colaborar con un padre para conseguir el mejor ajuste del niño. Para ser efectivos, los trabajadores profesionales deben reconocer los síntomas del desajuste y saber lo suficiente sobre la psicología de la conducta, para trabajar con los adolescentes y con sus padres; ya que el éxito depende de la cooperación de todas las personas interesadas.

De nueva cuenta es necesario hacerle una advertencia a los padres: los extremos pueden ser sumamente peligrosos. La emancipación no se logra de la noche a la mañana y el padre inteligente la llevará como un proceso gradual en el tiempo, con el fin de que el adolescente no pierda su sentido de seguridad ni tergiversar los motivos de sus padres.

Rechazo

En términos de la respuesta de la agresión o de huida que provoca en el adolescente, uno de los tipos más serios de actitud paterna es el rechazo. Obviamente, hay varios grados de rechazo paterno, que van desde el suave hasta el severo y el rechazo severo o absoluto se encuentra con menos frecuencia que las formas más suaves. El rechazo ordinario es indirecto y a menudo aparece como regaño insistente y críticas excesivas, impaciencia o mal humor, comparaciones denigrantes, inconsistencia o suspicacia. El padre que rechaza activamente tiende a mostrar hostilidad, amenazar, a negarle al niño cosas que desea o en algunos casos, a ser indiferente y no prestar atención. Una característica del padre rechazante es que no lo admite incluso ante sí mismo y cuando se le hace ver el rechazo, suele negarse a admitir o reconocer sus propios sentimientos. Por desgracia, el hecho, aunque no la razón del rechazo, es muy notorio para el niño afectado.

Se han propuesto muchas hipótesis distintas para explicar el rechazo paterno, la mayoría de ellas establecidas con firmeza sobre una base muy emocional. Una razón fundamental consiste en el hecho de que muchos niños han nacido sin que sus padres lo desearan o planearan. Quizás haya muchos niños mayores cuyos padres los discriminan a favor de sus hermanos mayores. El niño no deseado puede ser blanco de una disciplina demasiado severa. También ha de aceptar las ropas usadas y los juguetes de sus hermanos mayores sin que se le permita tener algo nuevo y de su propiedad.

Como ya se ha indicado, el niño en tal situación suele estar muy consciente de ella, e intenta usar todos los medios a su alcance para obtener el afecto y la seguridad que le faltan. Cuando sus esfuerzos no dan resultados, puede caer en el resentimiento, la amargura y el descontento, no solo dentro de su hogar sino también fuera de éste. Su respuesta manifiesta puede adoptar la forma de huida o agresión, pero en ambos casos es probable que tenga problemas para ajustarse a las exigencias que la sociedad le impondrá a la larga,

como adolescente y como adulto. En su intento por lograr la aceptación paterna, puede que siga actuando como un niño mucho después de que haya pasado esa etapa. Por desgracia, es posible que generalice de sus padres a sus maestros, sus jefes, y otros adultos, y los considere a éstos como padres sustitutos, para comportarse con ellos de la misma forma infantil a fin de ganar su aceptación. Es muy difícil tratar con una persona así; y salvo que sus motivos se reconozcan y se entiendan, recibirá poca simpatía de sus maestros o de otras personas que trabajen con jóvenes.

El rechazo puede surgir cuando el adolescente se convierte en una causa de conflicto entre marido y mujer. Uno de los padres puede tener resentimiento hacia el niño porque sienta que lo embaucaron para tenerlo. Puede que el niño tenga atributos indeseables o que sea del sexo opuesto al que se quería. Si los padres son particularmente egoístas e inmaduros, el niño representará un sacrificio económico demasiado grande. Tal vez se vea forzado a vivir con parientes que lo consideren una carga; vivir con los abuelos mientras hay problemas es un ejemplo. Por último, la conducta del adolescente puede crear conflictos con sus padres.

Entre las situaciones que originan conflictos entre los padres y sus hijos se cuenta una edad básica o diferenciada del ciclo de nacimiento entre el padre y el niño y la tasa en desaceleración de la socialización con el avance de la edad. Las personas más jóvenes tienden a ser vigorosas y ruidosas, les gusta la compañía y la actividad constante. Una persona mayor tiende a hacer disminuir la cantidad y el alcance de sus actividades físicas y sociales a medida que envejece. Por lo común necesita menos a los grupos de personas y prefiere de vez en cuando un periodo de paz y tranquilidad. Al buscar esto, a menudo se encontrará en contra de sus hijos, los cuales desean invitar a sus amigos a la casa y hacer algo.

También está el problema del cambio de las costumbres. Algunas de las cosas que en la actualidad se aceptan por completo, antes eran un tabú, el tabaco por ejemplo. Hay muchas familias cuyos valores y puntos de referencia corresponden aún a las generaciones pasadas. De estas familias puede esperarse muy poco en términos de simpatía o aceptación de los valores modernos, costumbres y desaparición de los tabúes y prejuicios del pasado. Las situaciones que generan conflictos entre padres e hijos pueden ser mucho más graves en algunas sociedades que en otras, lo cual depende, en gran parte, de la organización

social. Las variables, en cualquier sociedad dada, que acrecienta los conflictos entre padres e hijos son la tasa del cambio social, la complejidad de la estructura social, el grado de la integración cultural, la velocidad del movimiento dentro de la estructura social y la relación de esta movilidad con los valores culturales.

Las consecuencias de los conflictos y del rechazo entre padres e hijos incluyen muchos más elementos que el tratamiento duro o la falta de atención. Pueden abarcar desde el abandono físico total hasta el hecho de colocar al niño en alguna institución (internado, escuela militar, etc.), hasta varios actos de omisión deliberada como no proporcionar ropas adecuadas, permiso u oportunidad educativa. Sin embargo, a pesar de la naturaleza obvia de estos actos extremos, las autoridades afirman casi unánimemente que las repercusiones son mucho más graves al retirar la aceptación emocional que al retirar las cosas materiales.

Los efectos del rechazo pueden adoptar diversas formas. El niño o adolescente rechazado tiende a presentar un cuadro clínico de inseguridad y siempre trata de provocar evidencias de aceptación de afecto de sus padres y otros adultos. El niño rechazado trata de llamar la atención y a veces recurre a los extremos para lograrlo, incluso procura que sus padres se molesten con él.

La vida moderna en casas y departamentos pequeños provoca que la carga del niño rechazado pese más, ya que éste no puede encontrar el aislamiento que ofrecían antes las familias y las casas grandes. La resiente movilidad familiar también incrementa sus dificultades.

Esta exposición sobre el rechazo se ha confinado al de los padres, pero también existe el problema del autorechazo que hace el niño en relación con el rechazo que recibe de sus padres. Se ha argumentado que los desequilibrios de la imagen corporal son indicios de autorechazo y hasta cierto grado, de neurosis y ansiedad que dan lugar a menudo a problemas conductuales. Los padres que utilizan a sus hijos para resolver sus propios problemas y ansiedades, también suelen generar una progenie que tiene dificultades en la autoaceptación.

Indulgencia exagerada

Las reacciones paternas extremosas tienden a provocar efectos desafortunados sobre

la conducta y el desarrollo del adolescente. Un cierto grado de indulgencia hace mucho más fácil el ajuste de un adolescente y le proporciona un sentido real de seguridad, al crear una atmósfera tolerante en la cual puede avanzar hacia la independencia personal y la emancipación gradual. Pero también la indulgencia se exagera, o cuando aparece la protección excesiva, las consecuencias suelen ser desafortunadas.

El adolescente con historial hogareño de protección e indulgencia excesiva, experimenta más dificultades de lo normal para adaptarse al mundo exterior. La exagerada atención de sus padres le crea el hábito de esperar ayuda y atención de otras personas. En un sentido real, ese individuo nunca abandona el egocentrismo de una primera infancia cuando concibe que el mundo y todas las cosas que hay en él han sido creadas especialmente para su beneficio y explotación. Durante toda su vida se acostumbra a recibir atención y piensa que esa atención es su derecho. Fuera de casa se esfuerza por hacer de sí mismo el centro mimado de cualquier situación en la que interviene. Naturalmente, no siempre recibe la atención que desea, y su reacción, agresiva en un principio, puede cambiar a la huida si la agresión no funciona. Estos individuos buscan la ayuda de otros en cada etapa de su desarrollo. En la escuela esperan que el maestro adopte el papel de un padre indulgente y que actúe, de hecho, como un padre sustituto. Al salir de la escuela y conseguir un empleo, ese adolescente a menudo se convierte en una molestia, al intentar establecer el mismo tipo de relación con su jefe. Con frecuencia tratará de asignarles un papel cuasipaterno a los muchachos y muchachas mayores, y por último, en el matrimonio, esperará que su cónyuge se comporte casi como un padre.

El adolescente que ha recibido demasiada indulgencia encuentra grandes dificultades para separarse de sus padres. Muchas muchachas recién casadas no quieren que sus maridos consigan empleo fuera de la ciudad donde viven sus padres. Tal vez insistan en vivir en la misma calle o incluso en la misma casa de sus padres de modo que puedan continuar dependiendo de ellos, buscar consejos y en general perpetuar la relación confortable entre padres e hijos. Los inquilinos bastantes desafortunados por tener que compartir una línea telefónica pueden testificar sobre las largas horas que madre e hija pasan en el teléfono discutiendo las minucias de las actividades diarias de cada cual. La hija recibe consejos sobre la forma exacta como deberá manejar el trabajo doméstico del día, a su marido, y a muchos otros asuntos. En ocasiones en que un adolescente intenta romper

esas relaciones, el padre suele resistirse y el adolescente tiene sentimientos de culpa (Myer, 1983).

Las razones para una actitud de solicitud excesiva, en uno o en ambos padres son diversas. En esencia las necesidades emocionales de los mismos padres son una de las causas determinantes más poderosas de su actitud hacia los niños. Algunos padres tan sólo desean ser amorosos y proteger a sus niños de las dificultades. Otros intentan ocultar el rechazo o ganar una reputación de buen padre. Con frecuencia la protección excesiva proviene de un padre que ha tenido una infancia infeliz y está determinado a proteger al niño de la infelicidad y frustración similar que surja en el matrimonio. La solicitud puede adoptar diversas formas. A menudo un adolescente se convierte en la víctima de un conflicto entre sus padres. En tal conflicto un padre puede intentar, por lo común inconscientemente, ganarse el apoyo y el afecto del niño al convertirse en su defensor. En los casos más extremos es posible que incluso intente alentar al niño a que se resista a la autoridad a fin de molestar a su cónyuge. El resultado normal es la conducta problema en el adolescente.

Una relación familiar enferma también puede surgir entre un niño y un padre cuando este último utiliza de modo egoísta al niño como un sustituto emocional para la decepción en las realidades del matrimonio. Puede ocurrir el mismo tipo de cosas en un hogar destrozado por la muerte o el divorcio: el padre que sobreviva puede recurrir al niño en busca de compañía y seguridad emocional. Ese vínculo puede hacerse patológico en su intensidad, en particular si el niño está tan identificado con el padre muerto que se convierta, en efecto, en un sustituto de éste. El niño está demasiado protegido y sus esfuerzos para romper con eso suelen toparse con una resistencia tan vigorosa que éste sucumbe o su rebelión va acompañada de intensos sentimientos de culpa. Con frecuencia el adolescente en tal situación es cada vez menos capaz de asociarse satisfactoriamente con otras personas, en particular con las del sexo opuesto y se encuentra aislado e incapaz de tratar de modo satisfactorio con las realidades de la vida adulta (Horrocks, 1990).

Una de las razones más egoístas y perniciosas para la solicitud materna excesiva, prolongada fuera de lo razonable, es el temor que siente la madre de perder su papel como protectora. Éste es el caso en especial de mujeres mayores cuyos hogares se han convertido en el centro de su universo y la única fuente de satisfacción real en la vida. Muchas

personas, después del matrimonio, se entregan por completo a sus hogares y a sus hijos. En el transcurso de los años, es probable que la madre renuncie a todas las actividades externas hasta que no le quede nada más que el hogar. Entonces, alrededor de los cuarenta años, descubrirá que sus hijos ya son adultos y están a punto de abandonar la casa y defenderse por su cuenta. Como su partida dejará a la madre sin ninguna cosa que hacer y eliminará de hecho su único interés real y razón para vivir, ella puede tender a fortalecer los vínculos, usar la simpatía, inspirar sentimientos de culpa y en general resistirse al proceso de emancipación. Su resistencia será incluso mayor si sus relaciones maritales han sido insatisfactorias y su devoción a los hijos ha tomado el lugar de la devoción a su marido. Esa reacción se comprende, pero tiene un efecto desafortunado sobre el adolescente que debe experimentarlo. Bajo tales circunstancias algunos adolescentes harán esfuerzos reales para escaparse y muchos tienen éxito, pero usualmente a cambio de sentimientos de culpa reales, en particular si recuerdan todas las cosas que su madre ha hecho por ellos.

La posición ordinal del niño también puede convertirse en un factor de la excesiva indulgencia paterna. Es probable que al primogénito o que al último en nacer se le trate con la mayor indulgencia. Estos adoptan una actitud tolerante poco realista hacia él, satisfacen todos sus deseos y le permiten desempeñar el papel de un tirano en el escenario familiar.

El clima psicológico en el hogar

Se encuentran diferencias individuales entre los hogares y los padres así como entre los mismos adolescentes. El hogar típico no existe, pero los hogares pueden clasificarse de acuerdo con varias normas de actitud paterna y es factible estudiar el efecto probable de algunas de esas normas sobre la conducta y el desarrollo de la personalidad del adolescente. Los hogares, al igual que los mismos adolescentes, muestran una variación considerable. Algunos parecen lugares particularmente adecuados para criar niños, mientras que otros pueden ser desde indiferentes hasta muy desafortunados. Como el adolescente está estrechamente vinculado con su historial hogareño y como el hogar ejerce gran influencia sobre su conducta inmediata, así como sobre el curso y la naturaleza de su desarrollo general físico y psicológico, es indispensable que quien estudie la adolescencia tenga algo más que un conocimiento superficial de diversos tipos de hogares y de los efectos que estos

tienen sobre los niños creados en ellos.

Un primer paso para entender al adolescente y trabajar en forma efectiva con él, consiste en conocer con exactitud qué constituye un buen hogar en comparación con uno malo y la parte que cada uno desempeña en la norma conductual de un adolescente. En muchos casos se puede conceptualizar en términos de hogares problema con la misma validez con que se habla de niños problema.

Por desgracia, cualquier intento de categorizar a los hogares o a los padres en tipos o clases es muy difícil debido a las numerosas variables implicadas. Se han hecho varios intentos para describir y clasificar los climas o aspectos psicológicos interpersonales del hogar. Tales clasificaciones suelen consistir en descripciones del papel paterno en su trato con los niños. Entre los sistemas propuestos se cuentan los siguientes: a) democrático contra autoritario; b) tolerante y estricto; c) amor y hostilidad contra control y autonomía; d) desarrollo tradicional; e) disciplina contra autoridad; f) instrumental (orientada a la tarea) contra expresivo (orientado a lo social emocional); g) afectuoso frío y posesivo independiente; y h) dominante posesivo-ignorante. De las clasificaciones básicas para un entendimiento de la dinámica de la relación entre niño y padre, dos escalas, dominio-sumisión y aceptación-rechazo, han probado ser de gran utilidad.

El padre rechazante es aquel que, en sus relaciones con su hijo e hija, es consistentemente hostil, poco afectuoso, desaprobador y emocionalmente distante. Al padre rechazante le resulta imposible en términos psicológicos mostrarse solícito, democrático o comprensivo de una forma genuina. Al hogar rechazante se le describe como desajustado, caracterizado por sus conflictos, peleas y resentimiento entre los padres y los niños y con una carencia notable de relaciones sociales afectuosas ya sea entre los miembros de la familia o entre ésta y el mundo exterior. El adolescente con una situación familiar así, descubre que sus intereses y deseos tienden a ser ignorados o a que se les consideren sin importancia y cuando se esfuerza por presentarlos a la atención de sus padres, o cuando se trata de afirmarse a sí mismo, se topa con negaciones arbitrarias, coerción e incluso castigo físico. La actitud del padre es de resentimiento y hostilidad general hacia el niño que queda de manifiesto en expresiones de desaprobación y crítica constante. El padre no comprende ni simpatiza con el niño, ni realiza algún intento en ese sentido. En lo fundamental el niño no es deseado en el hogar y se le hace sentir esto en forma constante. Los padres tal vez no

se den cuenta del grado de su rechazo, o de la razón para éste. Suelen ser irritables en sus tratos con el niño, con lo cual pueden volverse demasiado duros cuando el niño se torna muy molesto.

La forma real de rechazo que adoptan los padres puede ser de dos categorías: el activo y manifiesto, y el indiferente. El padre indiferente ignora a sus niños y se relaciona con ellos lo menos que pueda. Si el bienestar del niño interfiere con el suyo, el niño debe sufrir. Típicamente el adolescente criado en una familia así recibe una cantidad extraordinaria de independencia siempre y cuando no intervenga en las actividades de los padres ni los estorbe.

Las familias con buenos medios económicos a menudo mandan a sus niños a internados y respiran con alivio cuando están fuera de su vista. Son felices al hacer que su hijo pase sus vacaciones en la casa de un amigo.

En las familias de menos ingresos el adolescente suele pasar más tiempo fuera de casa y por lo común pasa las primeras horas de la noche y satisface su necesidad de seguridad y aceptación uniéndose a un grupo que a menudo incluye muchachos mayores que él. Esta norma de estar fuera de casa también aparece entre las muchachas y con frecuencia va acompañada de un historial de creciente delincuencia sexual. Por desgracia los niños no siempre pueden ignorar a sus padres. Deben recurrir a ellos por ayuda, a veces para buscar consejo o permiso y en ocasiones porque necesitan afecto y desean que sus padres los quieran y hagan cosas para ellos. Cuando esto sucede, el padre tiende a sentir que se le perturba y se interfiere con su bienestar. En consecuencia se molesta y reacciona con exageración. Tales padres suelen adoptar medidas cuya severidad refleja su irritación por ser molestados y su determinación para resolver el problema de una vez y para siempre.

Sin embargo, hay algunos padres cuyo rechazo es activo desde el comienzo. No sienten simpatía por sus niños o no los quieren, pero parecen incapaces de dejarlos solos. Establecen reglas, insisten en la observancia y obediencia estrictas, y parecen ejercer cualquier medida a su alcance para hacer que sus niños se sientan incómodos y que ellos mismos sean irrazonables. Utilizan la prescripción como un medio de evitar situaciones que los harían sentirse incómodos o los obligaría a prestarle gran atención a su hijo. Es más fácil poseer una regla que elaborar una explicación. Las reglas del padre rechazante activo son a menudo innecesariamente restrictivas y a veces parece que se han establecido sin

ninguna razón aparente más que el deseo de ser frustrantes.

El que un ambiente hogareño así produzca a un niño inadaptado es casi una conclusión evidente. Lo único sorprendente es el número de adolescentes que parecen encontrar afecto y seguridad en otra parte y que pueden convertirse en adultos ajustados a pesar de sus padres. En el hogar rechazante indiferente o en el rechazante activo, el adolescente suele estar ansioso de marcharse a la primera oportunidad y a menudo adoptará medidas extremas en sus esfuerzos por lograrlo, éstas van desde escapar para contraer matrimonios prematuros o poco aconsejables basados en la convicción de que casi cualquier hogar será mejor que el que tienen.

Si quien estudia la adolescencia recuerda que los jóvenes desean ser independientes, podría suponer erróneamente que un hogar rechazante habría de acelerar la emancipación y que de esa forma realizaría una función útil. El error en este razonamiento se hará evidente si uno recuerda que aunque es deseable facilitar la emancipación, el hogar bueno también tiene la función de crear un clima psicológico de seguridad y aceptación. Un hogar así proporciona ayuda de buen grado cuando se necesita y siempre es un refugio al que el adolescente puede regresar en busca de ayuda y bienestar.

Otra categoría de conducta paterna es la de aceptación. Este patrón puede clasificarse a su vez como democrático e indulgente. El hogar democrático es aquel en el que ocurre un buen ajuste sin que al niño se le dé una atención desmedida. Se valora la libertad, la democracia y el respeto que tienen los padres por la individualidad del niño los lleva a usar comentarios valorativos de vez en cuando, en ocasiones hasta el punto de parecer no insinuantes, acrílicos y apartados. Cuando se hacen comentarios valorativos, tienden a ser de aprobación. El padre democrático suministra información a fin de que el niño pueda tomar sus propias decisiones consciente de las consecuencias y alternativas. En el hogar democrático el niño obtiene libertad, elección e información, pero relativamente poca orientación o evaluación de la conducta pasada.

Un adolescente que viva en un hogar así tiene más facilidades para lograr su emancipación y tiende a sentirse menos restringido por su papel de preadulto. Tiene independencia para formular preguntas y entra a la edad adulta con gran experiencia para tomar sus propias decisiones y valerse por sí mismo. Por desgracia, puede que haya tenido poco entrenamiento para tomar sus decisiones con sensatez.

El hogar indulgente se caracteriza por estar centrado en el niño y por una gran cantidad de interacción entre padre e hijo. El apoyo tiende a ser bueno y el clima es de aprobación general. Los padres son ansiosos y dedicados, pero su afecto no se caracteriza por ningún nivel elevado de comprensión. La actitud paterna general es de emoción alta aunque afectuosa.

Otra categoría de conducta paterna es la del padre causal. Este es aquel cuya conducta no parece ajustarse ni a las normas de aceptación ni a las de rechazo, aunque no ocupa una posición intermedia entre ambas. El padre causal tiende a ser consistentemente suave y casual en sus relaciones emocionales con sus niños. Tiende a evitar los extremos autocráticos que el padre rechazante practica con frecuencia, aunque su enfoque de control es más emocional que racional. Los padres autocráticos casuales como autócratas no son fríos ni eficientemente autocráticos. No logran resolver problemas de una forma exacta y emocional y tienden a avanzar a tropezones de una crisis a otra, a fin de llegar a soluciones provisionales. Estos padres sienten que su autoridad es superior al niño en todos los casos, pero su conducta tiende a ser de dos tipos. Un grupo, de política autocrática, usa la disciplina antigua y afirma su autoridad en cualquier ocasión posible. El otro grupo suele alardear de usar métodos "modernos" para la crianza de los niños. Se esfuerzan por ser simpáticos y por entender el punto de vista del hijo, pero aunque no caen en la autocracia, sí recurren a órdenes dictatoriales cuando surge un tema importante. Entre ambos grupos hay un contraste entre una política deliberada de disciplina pasada de época y otra de conveniencia al azar (Coleman, 1987).

El padre indulgente-casual presenta un cuadro generalmente suave. En común con el padre autocrático casual, el indulgente casual parece carecer de un enfoque persistente en torno al cual construir sus reacciones para cada situación. Tiende a reaccionar según su estado de ánimo, pero la reacción por lo general es de un tipo indulgente amable que da lugar a un servicio fortuito de los deseos del niño. No se hace ningún intento para satisfacer todos los deseos del hijo, ni tampoco se intenta hacer una virtud del hecho de ser un buen padre. Por otra parte, al niño no se le escatima tiempo ni atención. Estos padres son prácticos y son indulgentes sólo porque les suele parecer más fácil ceder que negarse.

Los padres que conocen los efectos de varios tipos de climas familiares sobre la conducta de los niños se esfuerzan a menudo por hacer que sus ambientes familiares tengan

un clima teóricamente deseable. Pero el clima psicológico depende tanto de la personalidad y el estilo de conducta del padre que es dudoso el grado de éxito que pueda tener tal esfuerzo. Por otro lado, a menudo el padre mal interpreta lo que implica con exactitud un clima determinado en cuanto a la forma de conducta. Los padres y maestros pueden frustrar la transición de la adolescencia a la edad adulta al equiparar la democracia con la objetividad y a ésta con la indulgencia. El resultado es que lo que los padres consideran que un hogar democrático es en realidad un hogar caracterizado por la tolerancia, el cual, en sus efectos egocentristas, produce una conducta que es la antítesis de la democracia.

Los papeles relativos de la madre y el padre

Aunque ambos padres son necesarios idealmente para el adolescente en desarrollo, es interesante examinar la influencia relativa de la madre en comparación con la del padre y averiguar cuál de los dos tiende a ejercer mayor influencia sobre el niño. La opinión tradicional es que la madre ejerce mayor influencia; tal vez debido a la mayor cantidad de tiempo que pasa con el niño. Sin embargo, parece ser que la influencia del padre sobre sus hijos y el efecto de su influencia sobre la conducta y actitudes futuras de éstos son al menos tan grandes como las de la madre y algunas veces la influencia del padre es incluso más importante.

Puede ser conveniente interesarse a fondo por la influencia relativa de la madre y el padre. Idealmente, ambos padres están presentes y desempeñan papeles complementarios en la educación de sus niños (Coleman, 1987).

Percepciones intrafamiliares

Surgen dificultades y malos entendidos en las relaciones familiares cuando varios miembros de la familia no están de acuerdo entre sí. Un problema de la vida familiar estriba en que los padres y sus hijos muy a menudo perciben la misma situación de forma distinta. Esto se complica aún más en los tratos entre padres y adolescentes por el hecho de que un padre desarrolla ciertas ideas y expectativas basadas en el modo como se ha percibido al niño en el transcurso de los años.

Pero los niños cambian a medida que crecen. El niño más pequeño está centrado en

el hogar, y sus actividades se desarrollan cerca de éste. Sus compañeros de juegos, aun en el caso de que sus padres no los conozcan, por lo menos viven en el mismo barrio. Conforme el niño se hace mayor, sus contactos se amplían, conoce nuevas personas y traba nuevas amistades, muchas de ellas con desconocidos para sus padres. Sus necesidades e intereses cambian, y desea ser independiente. Por lo común, la primera persona en notar estos cambios es la madre, cuando descubre que los antiguos métodos de persuasión y disciplina ya no son efectivos.

Los investigadores han comparado a menudo las actitudes de los padres y los niños sobre varios temas, con la idea de que las similitudes y diferencias de opinión y actitud sobre temas cruciales pueden presentar al menos un cuadro parcial del tipo de relaciones obtenidas en una familia determinada. Otra razón para tales estudios es una más general que consiste en intentar conocer el grado con el que los padres tienden a influir en sus niños, o tal vez el grado como los niños influyen en sus padres.

Obviamente, las diferencias o similitudes de opinión o actitud sobre casi cualquier tema pueden carecer de importancia a no ser que revelen diferencias intergeneracionales, pero asimismo hay unos cuantos temas cruciales donde las diferencias de opinión podrían muy bien conducir a la disensión familiar. También cabría asumir, cuando un conjunto determinado de padres y de sus hijos están en desacuerdo sobre una gama muy amplia de temas, que el hogar ejerce una pequeña influencia ideológica o, tal vez, que las diferencias representan el esfuerzo real de los niños para descartar gran parte de lo que sus padres y sus hogares significan. Pero se deberá proceder con mucha cautela al generalizar a partir de cualquier estudio aislado en esa área y deberán buscarse tendencias que surjan del examen de cierto número de tales estudios.

Sin lugar a dudas, la percepción que tenga una persona de su familia es de gran importancia para el ajuste familiar. Cuando ambos padres poseen conceptos ideales acerca de su familia y tratan en verdad de llevarlos a la práctica, el ajuste de toda la familia tiende a ser bueno. Los problemas surgen cuando los padres perciben a su familia de forma distinta, y cuando por alguna razón su conducta en la familia difiere de sus sentimientos ideales. Probablemente los padres sienten alguna culpa en la percepción de su propia insuficiencia para ser los padres que idealmente les gustaría ser. Tales sentimientos se encuentran con frecuencia cuando los padres discuten sus relaciones con sus hijos e hijas

adolescentes.

La estructura dinámica esencial de la familia depende de la habilidad paterna para formar una coalición, mantener fronteras entre las generaciones y apegarse a los papeles apropiados vinculados al sexo. Esto es sin lugar a dudas algo complicado y no sorprende que muchos padres se sientan incapaces para la tarea.

3.3 DESARROLLO VOCACIONAL Y PROYECTOS DE VIDA

El problema

La moratoria de la juventud termina en la graduación de la segunda enseñanza. Hasta esa época, nadie espera que la mayoría de los adolescentes tengan una ocupación, a excepción de trabajos de medio tiempo, mientras asisten a la escuela. Pero a partir del día de la graduación el papel cambia, y se espera que el adolescente que no se presente voluntariamente al servicio militar, consiga un trabajo y avance hacia la autosuficiencia económica o continúe sus estudios en alguna institución de aprendizaje superior o técnico, de modo que a la larga pueda entrar al mercado laboral. Las muchachas, en particular aquellas cuyas familias tienen un estatus socioeconómico superior, no se enfrentan a la misma presión que los varones, pero para ambos, los días de la infancia han terminado definitivamente.

Los jóvenes no tienden a preocuparse tanto por su futuro vocacional como lo atestigua la naturaleza inmediata del problema en los últimos años de bachillerato, pero la sociedad comienza a reconocer que la nueva naturaleza de la fuerza laboral hace que la elección vocacional y la preparación sea un tema crucial.

La necesidad de una vocación

Aparte de las tareas ocasionales o de los trabajos de tiempo parcial para ganar dinero para los gastos personales, los niños están felizmente libres de la necesidad de ganar su propio sustento. Por supuesto, algunos se ven obligados a encontrar pequeños trabajos y a contribuir al presupuesto familiar, pero, en general, son muy pocos los niños que no

comprendan que en una emergencia pueden confiar en su familia o en las personas responsables de ellos. La sociedad tampoco espera que los niños tengan trabajos o que se mantengan a sí mismos es suficiente conque asistan a la escuela y encuentren medios aceptables de diversión.

Un adolescente está próximo al final de la infancia tarde o temprano comienza a entender que un día deberá ser responsable de su propio sustento. Además descubre que la indulgencia de la sociedad hacia él como niño sin vocación, ha sido reemplazada por la premisa de que como adulto deberá pasar una gran parte de su tiempo en algún trabajo remunerativo.

A medida que conoce a más personas descubre que, en su cultura, casi siempre la primera cosa que uno desea saber sobre una nueva amistad es su ocupación y lo bien que se desempeña en ella. El joven descubre que el éxito tiende a juzgarse más que nada con base en los ingresos, y que las personas están muy interesadas por conocer los ingresos de otras.

Los adolescentes del sexo masculino, en particular, pasan mucho tiempo preguntándose unos a otros por los planes que tienen para después de la graduación. Los consejeros vocacionales predicán la necesidad de pensar sobre la propia vida laboral, y en especial los padres tienen un interés vital por el futuro vocacional de sus hijos. No es extraño que los padres presionen a sus hijos e hijas adolescentes para que "tomen una decisión", o proclamen que el adolescente implicado va a entrar a un campo profesional que el padre ha seleccionado (Horrocks, 1990).

Como resultado de todas estas presiones el adolescente comienza a considerar las posibilidades laborales y a planear su futuro vocacional. A veces esta actividad de planeación surge de sus propios intereses, pero con la misma frecuencia es el resultado de un deseo de hacer lo aceptado y de conformarse a lo que se espera de él. Como se dijo antes el adolescente típico tiende a ser una persona conservadora que se conforma en alto grado a los patrones establecidos y respetados por los otros adolescentes que conoce. Si los demás piensan en su futuro vocacional, él suele hacer lo mismo, ya que si no se sentirá un tanto culpable y fuera de lugar.

Sin embargo, hay otros incentivos aparte de la presión adulta o la conformidad al grupo de coetáneos que empujan a un adolescente a considerar su futuro vocacional. Uno de los más importantes consiste en el deseo del adolescente de gozar libertad personal e

independencia económica. Como miembro de una familia el adolescente ocupa una posición inferior. Se espera que obedezca. Debe acatar ciertas restricciones, como el llegar a casa a una hora determinada, realizar tareas domésticas, acatar las reglas familiares, y obedecer los dictados paternos en su elección de amigos y actividades. Si desobedece puede ser castigado, se le prohibirán ciertas actividades, o se le someterá a un regaño humillante. Sus gastos monetarios están controlados, y por lo común debe recurrir a sus padres en busca ya sea de permiso para gastar el dinero que ha ahorrado o por incrementos a su estipendio, que con demasiada frecuencia se distribuye en intervalos irregulares o como caridad. Bajo tales circunstancias, y como la rebelión es imposible o poco aconsejable, espera con ansia el momento cuando pueda ganar su propio dinero. Como asalariado independiente podría gastar lo que quisiera y en cierta medida ser independiente financieramente de sus padres, y en consecuencia libre del control de éstos. Así, cree que podría hacer lo que deseara. Pero ganar dinero significa asegurarse un trabajo, lo cual significa a su vez seleccionar alguna ocupación. Por tanto, el incentivo adicional de la emancipación del control paterno sirve como factor motivador para que el adolescente comience a interesarse por su futuro vocacional.

Otro factor motivador radica en el matrimonio, que tal vez tenga mayor interés para las muchachas que para los varones durante los años de la adolescencia, aunque a finales de ésta los muchachos comienzan a interesarse cada vez más por el matrimonio. Hay una creciente tendencia en las personas, particularmente en los hombres, a contraer matrimonio a una edad más temprana que antes. El tema parece volverse importante para el adolescente mayor. Aun cuando no se case o no escoja a la muchacha con la que llegará a contraer matrimonio, puede decidir en distintas ocasiones que ha encontrado a la "muchacha adecuada" (o en el caso de las mujeres, al "muchacho adecuado"). Cada vez que sucede esto, el matrimonio y sus responsabilidades se toman en cuenta y pueden incluso ejercer una poderosa atracción. Pero casarse implica tomar una responsabilidad financiera, que de nueva cuenta es el resultado de un trabajo. Así, se agrega otro incentivo.

Para muchos adolescentes, en particular los que son un tanto inmaduros, el deseo de emancipación, de matrimonio, de un futuro ocupacional, o incluso de la conformidad a las costumbres de los coetáneos, adopta la forma menos constructiva de fantasía, delincuencia, o esfuerzos poco serios para considerar una elección profesional. Pero en general, el

enfoque más constructivo consiste en considerar el propio futuro o a la consecución de objetivos como la emancipación en términos vocacionales. Un individuo que pospone demasiado una decisión vocacional tan sólo incrementa la duración total de su propia inmadurez, ya que la dependencia de otras personas no disminuye hasta que se tomen algunas decisiones vocacionales, no necesariamente una decisión definitiva sobre el curso total y el propio futuro profesional, pero sí intentar asegurarse algún tipo de empleo al menos temporalmente. Es en verdad desafortunado el adolescente que pospone demasiado esta importante decisión.

El fracaso para tomar algún tipo de decisión vocacional también resulta costoso tanto en tiempo como en esfuerzo. El adolescente que no toma tal decisión puede optar por un programa de estudios equivocado y pasar mucho tiempo allí sólo para descubrir después que en gran parte ha sido un desperdicio. Casi todos los departamentos de personal de las empresas están familiarizados con el empleado que, antes de su elección de una vocación, llevó un curso de estudio que contribuyó muy poco o nada a su futuro profesional. Todos los asesores universitarios están familiarizados con el estudiante que, después de varios años de trabajo universitario, toma su decisión vocacional y descubre que debe comenzar de nuevo, a menudo con la pérdida de varios años.

En este punto es necesario hacerle una advertencia específica al asesor vocacional, padre, maestro u otra persona que sea responsable de ayudar a los jóvenes a tomar sus decisiones profesionales. A pesar de las presiones indudables sobre el adolescente para que seleccione su futura profesión, y a pesar de las posibilidades de tiempo y de esfuerzo perdidos por no tomar las decisiones vocacionales, la persona que trabaje con jóvenes cometerá un error si insiste demasiado a un adolescente para que tome una decisión antes de que esté listo y antes de que tenga la información suficiente para hacer una elección apropiada. También es erróneo presionar a un individuo hasta el punto en que se sienta culpable cuando no puede decidirse. El enfoque apropiado consiste en proporcionarle información servicios al adolescente y que intente encontrar una vocación, y abrirle posibilidades a uno que no haya considerado el problema. No se debe forzar una decisión, ni tampoco olvidar que en última instancia la decisión sólo le compete al adolescente, ya que tendrá que vivir con ella durante el resto de su vida. Es mejor que el adolescente postergue su decisión a que tome una prematuramente.

Aspiraciones

¿Hasta qué grado desean en verdad prosperar los jóvenes? Muchas personas han creído que el deseo de progresar está confinado a las clases media y alta, y que los niños de la clase baja, con excepción de unos cuantos, no tienen un deseo real de progresar, y que en ese grado no parecen compaginar con la tradición. Se ha comprobado que los niños de la clase baja "han limitado sus horizontes al horizonte de clase, y en el proceso se han colocado inconscientemente a sí mismos en posición de alcanzar los mismos niveles que sus padres". Sin embargo, hay incidencia de lo contrario conforme se brindan mayores oportunidades. Por ello consideramos que los niveles de aspiración son relativos.

Una dificultad para evaluar el nivel del deseo de progresar en cualquier adolescente individual radica en los diferentes sistemas de valores que poseen diversos subgrupos dentro de la cultura y las distintas interpretaciones que pueden hacer sobre lo que implica el progresar. La cuestión tal vez no sea una falta de deseo de progresar, sino más bien la de un valor relativo de los diversos resultados que impulsan a la persona a progresar.

Obviamente, la jerarquía de prestigio de las ocupaciones no es la misma para todos los estratos sociales. No todas las personas conciben las ocupaciones profesionales y administrativas como la mejor aspiración. Para los muchachos de clase baja un trabajo especializado o la propiedad de un pequeño negocio pueden representar un logro tan aceptable como lo es un trabajo profesional o administrativo para un joven de la clase media, o alta. Después de todo, el nivel absoluto del logro es sólo uno de los numerosos factores que contribuyen a ese aspecto tan individual, un sentimiento de éxito personal. El muchacho de la clase baja puede tener en realidad impulsos más poderosos para progresar que un joven de la clase alta. Se ha propuesto la idea de que cuanto más satisfactorio le parezca el presente a un individuo, más motivado estará para efectuar cambios en el futuro, y que la clase baja se caracteriza por un impulso "profundo, muy arraigado" de lograr un futuro superior al presente. Subsiste el problema de saber en que representa exactamente el mejoramiento. El niño de clase alta puede que tan sólo desee mantener su presente nivel familiar sin tener nunca alguna experiencia real de lo que evita al no bajar de ese nivel. Quizás el muchacho de clase baja considere que un avance en las condiciones por encima

de su nivel sea un mejoramiento tan bueno que se sienta muy satisfecho, aunque su nuevo nivel todavía sea inferior al del joven de clase alta.

Así, para una persona el éxito puede representar tan solo el mantenimiento del mismo nivel, y para otra el éxito sólo puede provenir de un cambio radical para lo mejor. Sería muy desafortunado si todos pudieran interpretar el éxito sólo como el estar por encima de los demás.

Por otra parte, el estatus socioeconómico no es el único determinante de la aspiración profesional. Hay muchas fuerzas que presionan a un niño durante su periodo de desarrollo, y aunque su amplitud y alcance pueden verse restringidos, o acrecentados por los factores ambientales como el estatus socioeconómico, deben considerarse las experiencias que proporcionan estas otras fuerzas. Una de ellas corresponde a las relaciones interpersonales que existen dentro de la familia.

Determinantes de la elección ocupacional

No es conveniente encuestar los intereses vocacionales adolescentes sin tomar en cuenta los factores que los sustentan y determinan. Desde un punto de un vista de largo alcance, es más conveniente saber por qué eligen los adolescentes sus vocaciones, y averiguar qué factores han influido en su elección, que saber cuáles elecciones se hacen en realidad. Las elecciones detalladas y específicas cambiarán con el tiempo y por otros factores ambientales, pero las causas básicas, necesidades, deseos e impulsos, permanecerán relativamente constantes. La curiosidad y el deseo de desempeñarse bien, de dominar el ambiente o de mejorar la propia condición, son aspectos bastante universales en nuestra cultura; pero la forma que adoptan estos aspectos en términos de intereses o elecciones vocacionales muestran una gran variación.

En general, los factores que determinan la elección vocacional son producidos por el ambiente. Una elección o interés vocacional representa el impacto ambiental sobre la organización de la personalidad de un adolescente y la estructura peculiar de sus intereses, necesidades y deseos. El consenso entre los numerosos estudios que han investigado los factores que sustentan la elección vocacional, parece ser que tanto el consejo o ejemplo paterno como el prestigio social, se cuentan entre los factores más importantes que intervienen en la elección vocacional de los adolescentes. Sin duda, la familia de un

adolescente desempeña un papel importante no sólo para determinar la naturaleza de sus elecciones ocupacionales sino también en los planes que formulará para realizarse.

Muy relacionado con la influencia paterna se encuentra el prestigio social, que suele desempeñar un papel importante en la elección vocacional. Las presiones económicas y los deseos y expectativas de los amigos y familias empujan al adolescente a seleccionar ocupaciones situadas en los primeros lugares de lista aprobada socialmente, ocupaciones que suelen conferir estatus social. La familia del adolescente es aquí un importante factor de fondo. Cuanto más elevado sea el estatus socioeconómico de la familia, más propenso será el adolescente en sus deseos de entrar a una ocupación con un nivel socioeconómico por lo menos tan alto como el de sus padres. Cuanto más elevado sea el estatus socioeconómico de un niño más alto será el estatus de su ocupación esperada.

Es raro encontrar a un adolescente que exprese interés por una ocupación de estatus social inferior al de sus padres. Por supuesto, el nivel socioeconómico particular deseado es una cuestión comparativa, ya que el hijo de un profesionista puede que desee entrar en la vida profesional, el comercio, o la vida militar, mientras que el hijo de un hombre en una posición socioeconómica inferior puede que desee establecerse en una ocupación que represente, para él y su familia, un considerable avance social en relación con sus padres.

El que la influencia paterna sea saludable o no motiva cierta controversia. Aunque puede asumirse que un adolescente que trata de hacer una elección vocacional necesita del apoyo y el estímulo de sus padres, comparativamente son muy pocos los padres que tienen el entrenamiento o la objetividad para proporcionarles a sus hijos un asesoramiento adecuado y correcto para sus carreras vocacionales. Los adolescentes que acatan los consejos y decisiones ocupacionales sobre su futuro ocupacional no suelen buscar consejo de los asesores y, si han aceptado el consejo familiar es poco probable que consideren otras alternativas ocupacionales. Es natural que los padres exageren la habilidad general o subestimen la existencia de una actitud especial y desalienten su desarrollo. Por otra parte, siempre existe la posibilidad de que un padre puede sobrevalorar una actitud o imaginar esperanzado la existencia de una aptitud que está por completo ausente.

Con mucha frecuencia un padre (aunque vez lo niegue con firmeza) está más interesado por sí mismo que por su hijo o hija cuando les proporciona consejos vocacionales. Puede estar demasiado interesado en cosas materiales hasta el punto de

excluir las propias necesidades del adolescente, sus intereses y habilidades, o puede que esté tan identificado con el futuro éxito de su hijo que le dé consejos a éste sobre lo que él haría, o lo que desearía haber hecho. De esta forma espera experimentar indirectamente a través del éxito de su hijo aquellas cosas que él no tuvo o en las que fracasó. En este caso, el punto de referencia para proporcionar consejo vocacional está equivocado: es el niño, no el padre, el que ha de vivir con la vocación seleccionada. Todos estamos familiarizados con el padre que quiere "darle a su hijo aquellas cosas que el no tuvo". "Aquellas cosas" pueden ser las últimas cosas en el mundo que un adolescente quiera o debería tener.

Sin embargo, algunos padres pueden dar buenos consejos, con base no sólo en su riqueza de experiencias, sino también en un conocimiento adecuado del niño. La tarea del adolescente consiste en reconocer los buenos y malos consejos y de aceptarlos o rechazarlos cuando haga su elección. Por desgracia, pocos adolescentes pueden hacer tal distinción: la subordinación exagerada a los mandatos paternos puede conducir a la aceptación sumisa del consejo de los padres, o una búsqueda de emancipación de la injerencia paterna puede causar el rechazo de casi cualquier consejo que puedan ofrecer. Por supuesto, el estado más deseable de cosas es que el consejo paterno esté disponible y se use con otros factores selectivos, siempre y cuando no se convierta en el factor determinante. Las tareas del consejero vocacional consisten en ayudar al adolescente a utilizar en su elección todos los factores asequibles, a protegerlo del énfasis exagerado y a auxiliario para que llegue a una decisión basada en los hechos y realidades de su situación (Horrocks, 1990).

La reacción paterna más peligrosa de todas es suplicar la compasión del adolescente. La idea de que uno debe perpetuar la tradición familiar en una actividad suele ser un incentivo poderoso que influye en las decisiones vocacionales muy equivocadas.

Hay evidencia de que la elección ocupacional es determinada, al menos en parte, por las características personales de la persona que hace la elección. Existe una correlación positiva entre las clasificaciones de preferencia ocupacional y las necesidades extrínsecas. La elección vocacional es una parte integral del desarrollo total de la personalidad y la madurez vocacional tiende a relacionarse con la madurez total. La independencia-dependencia de campo sirve para predecir el interés educativo y vocacional, hay una correlación positiva significativa entre la complejidad cognoscitiva y la elección

ocupacional. La autoestimación opera como moderador en el proceso de elección vocacional, en el sentido de que los individuos con autoestimación elevada son más propensos a buscar la autosatisfacción que los individuos de estimación baja. Las elecciones ocupacionales de los adolescentes se basan, en parte, en el grado de relación positiva entre sus descripciones de sí mismos y varios estereotipos ocupacionales.

El adolescente reflexiona sobre su propio pensamiento y construye teorías. El hecho de que estas teorías sean poco profundas, poco hábiles y sobre todo por lo general poco originales no es importante: desde el punto de vista funcional, estos sistemas presentan la significación esencial de permitirle al adolescente su inserción moral e intelectual dentro de la sociedad de los adultos, sin hablar aun de su programa de vida y de sus proyectos de reforma. En particular le son indispensables para asimilar las ideologías que caracterizan a la sociedad o a las clases sociales como cuerpos organizados en oposición a las simples relaciones interindividuales (Secadas, 1984)

3.4 EL ADOLESCENTE Y SU ACTIVIDAD COMO SER SOCIAL

Como hemos citado anteriormente los adolescentes de hoy y de mañana están luchando por definir nuevos tipos de conducta que sean aplicables a sus vidas. Por encima de todo, desean lograr algún poder efectivo sobre el mundo en que viven y al mismo tiempo permanecer fieles a sus valores e ideales.

La adolescencia es ese punto crítico de la vida humana en que las pasiones sexuales y morales fructifican y alcanzan su madurez. El individuo pasa entonces de la vida familiar a la existencia social.

La adolescencia es una etapa activa de deconstrucción, construcción y reconstrucción; un periodo en que el pasado, el presente y el futuro se vuelven a entretrejer y enhebrar con hilos de fantasías y deseos que no siguen necesariamente, las pautas de la cronología lineal. La fase adolescente de la vida no es mero espacio de tiempo que se interpone entre la infancia y la edad adulta, es un espacio pleno de historia y potencialidad.

No todo el proceso de la adolescencia depende del adolescente mismo, como una unidad aislada en un mundo que no existiera. No hay duda alguna de que la constelación familiar es la primera expresión de la sociedad que influye y determina gran parte de la

conducta de los adolescentes.

Sería sin duda una grave sobresimplificación del problema de la adolescencia, el atribuir todas las características del adolescente a su cambio psicobiológico, como si en realidad todo esto no estuviese corriendo en un ámbito social. Las primeras identificaciones son las que se hacen con las figuras parentales, pero no hay duda alguna de que el medio en que se vive determina nuevas posibilidades de identificación, futuras aceptaciones de identificaciones parciales e incorporación de una gran cantidad de pautas socioculturales y económicas que no es posible minimizar. La ulterior aceptación de la identidad está forzosamente determinada por un condicionamiento entre individuo y medio que es preciso reconocer.

La sociedad, sin importar su manejo o sus criterios socioeconómicos, impone restricciones a la vida del adolescente. El adolescente, con su pujanza, con su actividad, con la fuerza reestructuradora de su personalidad, trata de modificar la sociedad, que por otra parte, está viviendo constantemente modificaciones intensas. “Teniendo conciencia de la transposición es posible decir que se crea un malestar de tipo paranoide en el mundo adulto que se siente amenazado por los jóvenes que van a ocupar ese lugar y que, por lo tanto, son reactivamente desplazados”. El adulto proyecta en el joven su propia incapacidad por controlar lo que está ocurriendo sociopolíticamente a su alrededor y trata entonces de desubicar al adolescente. Vemos que muchas veces las oportunidades para los adolescentes capaces están muy restringidas y en no pocas oportunidades el adolescente tiene que adaptarse, sometiéndose a las necesidades que el mundo adulto impone (Aberastury y Knobel, 1988).

En la medida que el adolescente no encuentre el camino adecuado para su expresión vital y la aceptación de una posibilidad de realización, no podrá nunca ser un adulto satisfecho. La tecnificación de la sociedad, el dominio de un mundo adulto incomprensible y exigente, la burocratización de las posibilidades de empleo, las exigencias de una industrialización mal canalizada y una economía mal dirigida, crean una división de clases absurda e ilógica que el individuo trata de superar mediante crisis violentas. Muchas otras veces, frente a estas vicisitudes, la reacción de la adolescencia, aunque violenta, puede adoptar la forma de una reestructuración de sí mismo revolucionaria, conducente a una liberación de ese ser social cruel y limitante.

Para poder comprender algunos de estos cambios, en la adolescencia, debemos tener en cuenta las dinámicas psicológicas, que están determinadas no solamente por las realidades socioeconómicas del mundo en que se vive, sino también por las necesidades psicológicas de una adolescencia que se prolonga en lo que era antes una adultez serena y que hoy no puede ser sino una inquietud, una inestabilidad, una sensación de fracaso que debe tratar de superarse de cualquier manera y a cualquier precio.

La juventud revolucionaria del mundo y la nuestra en especial, tiene en sí el sentimiento místico de la necesidad del cambio social. Lo que puede explicarse como el manejo omnipotente del mundo que necesita lucubrar el adolescente como compensación, encuentra en la realidad social frustrante una imagen especular de sí mismo, cruel y restrictiva. Las partes sanas de su ser se ponen al servicio de un ideal que permite modificar estas estructuras sociales colectivas y surgen así grandes movimientos de contenido valedero y noble para el futuro de la humanidad (Myer, 1983).

Las actitudes reivindicatorias y de reforma social del adolescente pueden ser la cristalización en la acción de lo que ha ocurrido ya en el pensamiento. Las intelectualizaciones, fantasías conscientes, necesidades del sí mismo fluctuante que se refuerza en el grupo, hacen que se transformen en pensamiento activo, en verdadera acción social, política y cultural.

Frente al adolescente individual, es necesario no olvidar que gran parte de la oposición que se vive por parte de los padres, es trasladada al campo social. Además, gran parte de la frustración que significa hacer el duelo por los padres de la infancia, se proyecta en el mundo externo. De esta manera el adolescente siente que no es él quien cambia, quien abandona su cuerpo y rol infantil, sino que son sus padres y la sociedad los que se niegan a seguir funcionando como padres infantiles que tienen con él actitudes de cuidado y protección ilimitados. Descargan entonces contra ellos su odio y su envidia y desarrolla actitudes destructivas. Si puede elaborar bien los duelos correspondientes y reconocer la sensación de fracaso, podrá introducirse en el mundo de los adultos con ideas reconstructivas, modificadoras en un sentido positivo de la realidad social y tendientes a que cuando ejerza su identidad adulta pueda encontrarse en un mundo realmente mejor.

CONCLUSIONES

Ya hemos visto que un mismo adolescente varía de comportamiento en diferentes situaciones con diferentes reglas y convenciones. El comportamiento del adolescente también varía de acuerdo al sexo, la clase social, al cambiar las relaciones del rol e incluso por la edad. Algunos adolescentes se comportan de manera tan distinta hacia los hombres y hacia las mujeres que parecen sufrir un cambio de personalidad cuando pasan de un tipo de encuentro a otro. Tales diferencias se aprenden a lo largo de la relación con los padres y más tarde con los miembros masculinos y femeninos del grupo o de la sociedad.

Esta variación en su comportamiento obliga al adolescente a reajustar la imagen que tiene de sí mismo y de los demás. Se enfrenta, casi repentinamente no solo a un mundo social que le exige más, sino también a su propio cuerpo, que ha crecido vertiginosamente presentándosele como algo extraño; y ello, en un mundo de objetos que también ha adquirido un carácter nuevo. El problema surge al tomar el joven o la joven conciencia de la inadecuación entre sus aspiraciones y la realidad. Le preocupan sus diferencias. Estas pueden presentarse como algo fatal e inevitable o como algo transitorio. En la duda está a veces la inquietud

Es claro que el orden social no confiere todas las ventajas ni impone las mismas pruebas a todos los adolescentes en proceso de crecimiento hacia la edad adulta. Estas diferencias estarán condicionadas por la cultura e incluso por condicionantes históricos que inciden en su configuración psicosocial.

Por ello, los adolescentes emplean diferentes habilidades sociales frente a diferentes personalidades como una forma de adaptación y aceptación. Las exigencias sociales presentes en todos los espacios donde se desarrolla lo obligan a comportarse en consideración a los demás pero también con relación a sí mismo, lo que en algunas ocasiones puede provocar un choque de intereses y de actitudes.

Aunque sabemos que la socialización es consumada a partir de un proceso exterior, no podemos dejar a un lado la idea de que los hombres pueden ser instintivamente ingobernables y por ello el adolescente presenta un complicado sistema de adaptación, en donde la socialización puede ser resultado de su propia carencia y conciencia de que se

necesita ayuda de los demás para que la vida resulte cómoda; y lo que determina esta ayuda sea voluntaria y duradera son los intereses lucrativos que se van acumulando por los servicios prestados a otros.

Sin embargo, esta idea encuentra sentido en otra, debatiendo el hecho de que el ser humano (en particular el adolescente) es una especie con motivaciones complejas (egoístas, pero también altruistas) que tienen además recursos afectivos y mentales que pueden llevarle a interesarse por los demás, sin que necesariamente busque obtener en todos los actos beneficios propios. El ser humano es egoísta, pero también tiene recursos afectivos, racionales e históricos que le permiten ser cooperativo, solidario e incluso altruista.

La importancia del desarrollo social durante la adolescencia se ve reforzada por el hecho de que muchos de los problemas que confronta el adolescente, son sociales. El joven debe aprender a ajustarse a las normas sociales de su cultura y a enfrentarse a nuevas situaciones que son mucho más complejas a aquellas a las que se vio enfrentado en su niñez. El retraso de la madurez social en relación con la madurez física es la causa principal de las dificultades del adolescente para enfrentarse con éxito a los problemas de su edad. El ajuste es particularmente difícil en una civilización compleja en la que se espera que el individuo desempeñe diversos papeles sociales.

Queda claro que la adolescencia como período y como proceso es un fenómeno esencialmente marcado por la cultura y por la historia. La mayor parte de las descripciones de la adolescencia valen sólo para los adolescentes de ese tiempo y de esa sociedad. La adolescencia, más que otros períodos del ciclo vital, es un fenómeno evolutivo socialmente situado y cultural e históricamente determinado. Las descripciones de la personalidad de los adolescentes están sujetas a importantes restricciones del aquí y del ahora.

Al adquirir una aptitud cada vez mayor para pensar, se despierta en él un creciente interés por la actualidad y asuntos mundiales. Toma paso a paso conciencia de que, en breve plazo, no sólo deberá conocer el mundo sino actuar en el como persona independiente. La llegada al pensamiento formal tiene una vertiente interna; es el despertar a la vida interior, a la meditación; de este modo, la inteligencia juega un papel instrumental muy importante en la búsqueda de sí mismo. Sin embargo, la riqueza de la vida interior no depende sólo de aquélla sino de otras muchas variables: cultura, sensibilidad, experiencias individuales, familia, escuela, etc.

Además la adolescencia es el momento en el que la persona consolida sus competencias específicas y su competencia o capacidad general frente al mundo, a la realidad, al entorno social, estableciendo su adaptación y ajustes, si no definitivos, sí los más duraderos a lo largo del ciclo vital. Por una parte, consume el proceso de internalización de pautas de cultura (reglas o normas) y perfecciona el de adquisición de habilidades técnicas, comunicativas y, en general, sociales. Por otra, desarrolla y asegura la propia autonomía frente al medio, la eficiencia de las acciones instrumentales encaminadas a un fin. Por ello mismo, un particular balanceo y sutil equilibrio, a veces desequilibrio, de independencia y dependencia, de autonomía y heteronomía, seguridad e inseguridad en sí mismo, manifestados en relación tanto con la familia, la autoridad o la generación de los adultos cuanto con los iguales y grupo de compañeros, caracteriza al adolescente.

El objetivo de la investigación ha sido cubierto, al describir la influencia inevitable de la cultura, la historia y la sociedad en el desarrollo social y la formación de la identidad en el adolescente, hemos referido la importancia de conocer e identificar de manera clara sus características biológicas y psicológicas, así como el contexto en donde interactúan y logran la socialización. Se han planteado las transformaciones sociales y los efectos de la relación con los demás en la construcción de su personalidad. Se ha descrito la estructuración de clases y la conducta y percepción social que llega a formarse para la asimilación de su aceptación y adaptación, así como su actitud ante los demás (sociedad y familia), el conflicto intergeneracional, su desarrollo vocacional y sus proyectos de vida.

Se concluye que en la medida que el adolescente no encuentre el camino adecuado para su expresión vital y la aceptación de una posibilidad de realización, no podrá nunca ser un adulto satisfecho. La tecnificación de la sociedad, el dominio de un mundo adulto incomprensible y exigente, la burocratización de las posibilidades de empleo, las exigencias de una industrialización mal canalizada y una economía mal dirigida, crean una división de clases absurda e ilógica que el individuo trata de superar mediante crisis violentas. Muchas otras veces, frente a estas vicisitudes, la reacción de la adolescencia, aunque violenta, puede adoptar la forma de una reestructuración de sí mismo revolucionaria, conducente a una liberación de ese ser social cruel y limitante. Es entonces la parte sana de la sociedad la que se refugia en el baluarte de una adolescencia activa, que canaliza las lógicas reivindicaciones que la misma sociedad necesita para un futuro mejor.

La sociedad debe cuidar de sí misma, ya que los jóvenes absorben los valores de la cultura y reflejan en su conducta las actitudes culturales. Los adolescentes son un prototipo del mundo adulto en el que viven.

Es importante examinar los papeles actuales y cambiantes de la escuela, la familia, los centros juveniles, los medios, y el lugar de trabajo en el desarrollo de los adolescentes para convertirse en adultos jóvenes. Debido a los cambios en esas instituciones, a los adolescentes se les aparta de la responsabilidad, se les mantiene en un status dependiente, y se les aleja del trabajo productivo: todo lo cual provoca que su transición a la vida adulta sea un proceso difícil y problemático. Es necesario que se les proporcione a los adolescentes una variedad de capacidades, de modo que puedan hacer la transición a la edad adulta en forma más efectiva. Es recomendable que la escuela sólo se limite a la enseñanza de habilidades intelectuales, bajo la premisa de que las demás habilidades pueden aprenderse con mayor efectividad mediante la participación activa en las instituciones ocupacionales de la sociedad. Instituciones que deben ser conformadas con gran conciencia y responsabilidad, basadas siempre en la capacidad y conocimiento práctico en el uso de recursos y atención eficaz.

Sin una planeación adecuada de su formación. El adolescente seguirá encontrándose, casi por sorpresa, con una auténtica avalancha de prohibiciones, de presiones variadas, de sanciones amenazadoras. Antes no existían porque las demandas y apetencias actuales no estaban planteadas. La actitud de la sociedad no hace mucho por aclararle su situación en el marco social ni las funciones que debe cumplir. Siempre que se está preparando algún cambio social, el joven se da cuenta que la generación adulta le ofrece pocas soluciones definidas aceptables para la forma de lograr el cambio. Mientras el período adolescente sea una larga etapa entre la niñez y la edad adulta, con procedimientos confusos e insatisfactorios para progresar hacia la condición y responsabilidad adultas, seguirá constituyendo un dilema para el individuo.

Sin expectativas, atenciones y previsiones, los adultos seguirán en una lucha constante con los jóvenes, que desafortunadamente continuarán culminando su comportamiento en conductas de riesgo provocadas por actitudes sociales mal formadas o mal encauzadas.

Comprender esto se vuelve especialmente importante en nuestro tiempo, cuando los llamados medios de comunicación, lejos de simplemente mediar, se interponen entre las generaciones como fabricantes de estereotipos, a menudo forzando a la juventud a vivir las caricaturas de las imágenes que al principio había proyectado de forma experimental. Mucho dependerá de lo que hagamos respecto de esto. A pesar de nuestras pretensiones de estar capacitados para entender a la juventud de hoy con los ojos de naturalistas objetivos, estamos ayudando a hacer de la juventud del mañana aquello que será.

Los adolescentes de hoy y de mañana están luchando por definir nuevos tipos de conducta que sean aplicables a sus vidas. Los jóvenes de inclinación inquisitiva han hecho esto siempre. Pero más que ninguna generación joven anterior y con menor seguridad en una elección significativa de imágenes tradicionales del mundo, la juventud de hoy se ve forzada a preguntar que es universalmente aplicable en la vida humana dentro de esta era tecnológica, en este cruce de la historia. Incluso algo de la preocupación más superficial neurótica y delictiva con respecto a sus vidas es un síntoma de este hecho.

La respuesta está en el aire, y la solución a la incertidumbre creada en el adolescente por un efecto inevitable, de desinterés, autoritarismo o conveniencia, solo la encontraremos a través de la unión y comprensión de nuestra esencia como seres humanos y el periodo y papel que desempeñamos.

Podemos ver que los jóvenes no tienen otra elección que experimentar con lo que queda del mundo ilustrado, analizado y estandarizado que les hemos dado por herencia. Sin embargo, su búsqueda no es de la permisibilidad de todo, sino de nuevos límites lógicos y éticos. Ahora tan solo la experiencia directa puede proporcionar correctivos, que nuestra tradicional mezcla de ilustración radical y moralismo clase media ha dejado de proporcionar.

¿A quienes recurrirán los adolescentes? Es una pregunta que se plantea en este trabajo y necesita de la voluntad y capacidad de las personas e instituciones en donde el adolescente se desenvuelve, no es reconocer un problema, sino, entender el proceso de formación y las necesidades que surgen cuando se llega a este periodo marcado por cambios fundamentales y trascendentales, determinantes de la vida adulta y sus acciones, ya sean positivas o negativas, según los parámetros establecidos por una sociedad existente.

Debemos estar concientes de que algunos adolescentes no admitirán la falta de conocimientos e intentarán explorar por su cuenta. Algunos se sienten avergonzados y se niegan a colocarse en situaciones en las que no sepan como comportarse o que decir. Algunos adquieren una información mas o menos exacta al comparar notas con sus amigos durante las largas sesiones de discusión que constantemente se llevan acabo entre los adolescentes. Parece ser que muy pocos obtienen una cantidad apreciable de información de sus padres, y son más escasos los que reciben datos de los programas de estudios establecidos de las escuelas. Aquí hay una área que significa un reto para los adultos que deseen ayudar a los adolescentes con sus problemas de ajuste.

Es necesario crear en el adolescente una capacidad empática o tendencia a compartir los sentimientos de los demás y la tendencia a prestarles apoyo si lo necesitan; desarrollar la capacidad de razonamiento moral fundamentado en valores y por encima de los intereses individuales; mantener la capacidad de ofrecer a los demás ayuda desinteresada; y por último, ofrecer modelos y generar valores que puedan alentar formas relacionales más positivas.

REFERENCIAS

- Aberastury, Arminda; y Knobel, M. (1988). *La adolescencia normal*. Paidós, México.
- Argyle, M. (1994). *Psicología del comportamiento interpersonal*. Alianza, Madrid.
- Bee, L. (1984). *El desarrollo de las personas en todas las etapas de su vida*. Harla, México.
- Berryman, C. (1994). *Psicología del desarrollo*. El manual moderno, México.
- Conger, J. (1980). *Adolescencia: generación presionada*. Harper, México.
- Coleman, John. (1987). *Psicología de la adolescencia*. Morata, Madrid.
- Delval, J. (1994). *El desarrollo humano*. Siglo veintiuno, México.
- Erikson, E. (1980). *Identidad, juventud y crisis*. Taurus, Madrid.
- Erikson, Erik. (1993). *Sociedad y adolescencia*. Siglo veintiuno, México.
- Fierro, A. (1985). *Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia*. Alianza, Madrid.
- Garaigordobil, Maite (1993). *Un estudio correlacional de las vinculaciones entre la conducta social con otras variables socio-cognitivas y afectivas del desarrollo infantil*. Revista de psicología de la educación, 4 (11). Madrid.
- Garaigordobil, Maite. (2000). *Intervención psicológica con adolescentes*. Pirámide, Madrid.
- González, Almagro (1994). *Socialización del adolescente*. Boixareu, Barcelona.
- Handel, G. (1990). *Revising socialization theory*. American sociological review.
- Horrocks, E. (1990). *Psicología de la adolescencia*. Trillas, México.
- Hopkins, J. (1986). *Adolescencia: años de transición*. Pirámide, Madrid.
- López, F (1985). *El desarrollo de los vínculos afectivos*. MEC, Madrid.
- Michelson, L. (1987) *Las habilidades sociales en la infancia: Evaluación y tratamiento*. Martínez Roca, Barcelona.
- Myer, Glenn. (1983). *Como es el adolescente y como educarlo*. Paidós, Barcelona.
- Noller, P., y Callan, V. (1991). *El adolescente en la familia*. Routledge, Londres.
- Palacios, Jesús. (1990). *¿Qué es la adolescencia?* Alianza, Madrid.
- Papalia, E. (1985). *Psicología del desarrollo*. Mc. Graw-Hill, México.

- Powell, Marvin. (1985). *La psicología de la adolescencia*. Fondo de cultura económica, México.
- Reymond, R. (1986). *El desarrollo social del niño y del adolescente*. Herder, Barcelona.
- Riesgo, L., y Pablo, C. (1983). *Los padres ante la adolescencia de los hijos*. Narcea, Madrid.
- Rodríguez, M. (1994). *Psicología de la adolescencia*. Boixareu, Barcelona.
- Rubín, Z. (1981). *Amistades infantiles*. Morata, Madrid.
- Secadas, Francisco. (1985). *Psicología evolutiva: 14 años*. CEAC, Barcelona.
- Shaffer, R. (2000). *Desarrollo social*. Siglo veintiuno, México.
- Vigotsky, L. (1979). *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Grijalbo, Barcelona.